OSCAR AGUIRRE | CARLOS DE ELÍA



Abusado por Grassi

La hora de romper el silencio

Planeta

Abusado por Grassi

La hora de romper el silencio

OSCAR AGUIRRE
CON CARLOS DE ELÍA

Abusado por Grassi

La hora de romper el silencio

Planeta

Aguirre, Oscar
Abusado por Grassi / Oscar Aguirre ; Carlos D?Elía. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9735-1

1. Abuso Sexual. 2. Memorias. 3. Memoria Autobiográfica. I. D?Elía, Carlos II. Título
CDD 808.8035

© 2026, Oscar Aguirre y Carlos de Elía

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: abril de 2026

ISBN 978-950-49-9735-1
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

Prólogo, por Carlos de Elía

La historia de Oscar, por Oscar Aguirre

- 1. Los primeros años
- 2. La Fundación
- 3. Los abusos
- 4. La investigación
- 5. Testigo en peligro
- 6. El juicio y la condena

La trastienda de una investigación, por Carlos de Elía

Epílogo

Agradecimientos

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

A Tatita, Fina y Tuta.
Sin ellas, nada.

A los que dedican sus vidas
a cuidar a los chicos.

A esta hora exactamente,
hay un niño en la calle.
¡Hay un niño en la calle!

Armando Tejada Gómez.

Prólogo

POR CARLOS DE ELÍA

El 23 de octubre de 2002 a las once de la noche empezó la emisión del programa de investigación con más rating en la historia de la televisión argentina. Casi cuatro millones de personas —38,7 puntos de rating, con un pico de 40,4— en Capital y Gran Buenos Aires se sentaron frente a la tele esperando ver el trabajo de *Telenoche Investiga*.

Hasta ese día, hasta esa emisión, los avances que anunciaban el tema del programa solían aparecer en la pantalla de Canal 13 desde por lo menos cuatro o cinco días antes. Pero en aquella emisión salieron al aire apenas veinticuatro horas antes, y por primera y única vez cambiamos otra de las tradiciones del programa: los temas investigados en cada capítulo se anticipaban con una promoción incógnita que recién se develaba al inicio del programa. Tampoco usamos cámara oculta, recurso estrella habitual de *Telenoche Investiga*, que solía corroborar lo que el imaginario popular entendía por corrupción. Sabíamos que el abuso de menores por parte del cura más famoso del país era un tema de altísimo impacto por la popularidad de Julio César Grassi, y más allá de que coincidimos en el tiempo y de casualidad con la investigación de *The Boston Globe* sobre curas pedófilos, no queríamos quedar como especuladores por un punto más de rating o como promotores de una campaña contra la Iglesia.

Sin imaginar que después de la publicación esas serían las acusaciones más banales, titulé la investigación de manera muy directa: «Yo, Grassi (la investigación que más duele)». La frase entre paréntesis reflejaba el *shock* que nos había provocado el hallazgo, el

mismo que más tarde sufriría la audiencia. El trabajo que había encabezado Miriam Lewin con la productora Irene Bais fue presentado por los conductores históricos de *Telenoche Investiga*: María Laura Santillán y Juan Miceli.

Era el ciclo periodístico de mayor impacto y credibilidad de aquellos días. Con rigurosos trabajos y con mucho uso de la cámara oculta, cada programa que se emitía era tapa obligada de todos los diarios del día siguiente y tema de las incipientes webs, de radios y hasta de los otros canales de televisión.

El cura más mediático de la época —no superado hasta hoy— se había instalado como el más bueno de los buenos y había anudado una alianza con el poder, con empresarios, periodistas, figuras televisivas y obviamente con sectores de la Iglesia.

Grassi se hizo conocido cuando Carlos Menem —a través del superministro de economía Domingo Cavallo— le donó 65 hectáreas para que la Fundación Felices los Niños tuviera un predio de dimensiones récord, con el objetivo de atender a los chicos desposeídos y caídos del sistema. Luego le donaron dinero. Cuando Grassi fue denunciado, la Fundación Felices los Niños recibía del Estado 1 800 000 dólares anuales. El pico de popularidad de Grassi llegó cuando se enfrentó a Susana Giménez por dinero. En ese entonces el programa *Hola Susana* recibía llamados del público para concursos a través de líneas telefónicas que cobraban las llamadas: las primeras 0600. La ley exigía que un porcentaje de lo recaudado debía ir a una entidad benéfica. El programa de Susana puso como beneficiaria a la fundación de Grassi, quien a poco de recibir 400 000 dólares/pesos empezó a reclamar más dinero públicamente y a denunciar a la empresa Hard Communication, propiedad del novio de Susana, Jorge «Corcho» Rodríguez, y del exmontonero Rodolfo Galimberti. El conflicto estuvo en todos los medios y en *Telenoche* el cura aparecía casi a diario defendiendo su posición. Susana terminó sentando a Grassi en su living, donde le reprochó querer construir un Sheraton para los chicos. Arreglo mediante, la Justicia terminó sobreseyendo al trío Susana-Corcho-Galimberti, y Grassi terminó recolectando 1 400 000 dólares/pesos más para la fundación.

El juez de Morón Alfredo Meade sorprendió a todos los que hacíamos *Telenoche Investiga* librando una orden de detención de Grassi —que tardó en cumplirse— horas antes de la emisión del programa que presentaba la investigación. La orden del juez respondía a la denuncia hecha por «Gabriel» —usamos ese nombre para proteger su identidad— por abuso y corrupción de menores. El cura más bueno, el mediático, el protector de los chicos desamparados, el creador de la Fundación Felices los Niños, estaba acusado de atacar sexualmente al menos a uno de los chicos a los que debía proteger.

La conmoción y el impacto fueron dejando expuesta y al aire una cadena de protección y vínculos donde aparecían nombres que no dejaban de *shockearnos*. Arrancando por su amigo el conductor televisivo Raúl Portal y pasando por Carlos Menem y Domingo Cavallo —que cuando donaron los terrenos y entregaron subsidios se mostraron con él—, hasta llegar al empresario Alfredo Yabrán, que habría sido donante de la fundación y cuyo jefe de custodia —que asesinó al fotógrafo José Luis Cabezas— fue defendido por Jorge Sandro, abogado de Grassi. Luis Moreno Ocampo —exfiscal adjunto que alcanzó la gloria en el Juicio a las Juntas a la sombra de Julio César Strassera y exabogado de Cavallo— se sumó para sorpresa de muchos a la defensa del cura. Pero no se limitó a eso: su presencia en canales de TV se concentraba en el ataque a las víctimas de Grassi, comenzando así una debacle pública que terminó con cuentas en paraísos fiscales expuestas por los «Panamá Papers», la cesación de su asesoría en la OEA y la caída en la reelección por el puesto de fiscal jefe en la Corte Penal Internacional de La Haya. Seguían en esa fila los periodistas Mariano Grondona, Mauro Viale —que tuvo a Grassi en su programa en el momento que la policía lo buscaba para capturarlo y que permitió su fuga— y Julio Ramos, el dueño del diario *Ámbito Financiero*, que escribía todos los días denostando a las víctimas y exponiendo los nombres de los denunciantes que la Justicia había protegido. Ramos, además de donar dinero, solía mandar a sus hijos a la fundación para que conocieran la realidad de los que menos tenían.

En general, la defensa a Grassi fue ciega y salvaje, originada en algunos casos en la buena fe, en otros en el miedo a quedar asociados a un cura pedófilo y en algún otro caso en intereses económicos. Tampoco faltaron empresarios y periodistas que ofrecían pantalla a Grassi por motivos muy diferentes: por aquellos días de espanto social, la presencia de Grassi en un programa generaba rating, probablemente porque la sociedad en *shock* esperaba de él una respuesta que lo alejara del horror que se había revelado.

Con el paso de los días y los años, la lista de nombres de figuras relevantes, que incluía a buena parte del círculo rojo de aquellos días, se iba ampliando. Monseñor Justo Laguna, obispo de Morón, habitué del programa de Grondona y jefe natural de Grassi, mostraba un comportamiento contradictorio con el caso. Monseñor Jorge Bergoglio a medida que llegaba a la cima de la Iglesia apoyaba a Grassi desde las sombras y con miles de dólares para operar en la Justicia, aunque en público esquivaba el tema. Al dirigente piquetero Luis D'Elía, Grassi lo acusó de «querer quedarse con sus terrenos en un contubernio con el Grupo Clarín». Apareció también Estela de Carlotto, que animó al Comité Argentino de Seguimiento de la Convención por los Derechos del Niño para que participara de la causa defendiendo a los chicos con los abogados Juan Pablo Gallego y Jorge Calcagno. Más tarde fue el turno de Eduardo Valdés, también defensor de «Gabriel». Otro de los abogados de Grassi fue el mediático Miguel Ángel Pierri, quien terminó preso más de un mes acusado de prevaricato y de presionar a una de las víctimas.

La lista, casi interminable, se extendía gracias al propio cura. Grassi, en su derrotero mediático, seguía inventando teorías conspirativas que lo ponían siempre en el lugar de víctima de confabulaciones de toda clase. Así como arrancó con Luis D'Elía, después pasó por Héctor Magnetto y el Grupo Clarín: «Quieren hacer un negocio inmobiliario con los terrenos de la fundación», repetía. Luego, Raúl Portal dijo que la investigación había sido fogoneada por Corcho Rodríguez y Galimberti para vengarse de Grassi, y que se la habían dictado palabra por palabra a Miriam Lewin, que había sido montonera, lo único cierto de la teoría. De ahí,

sus defensores —con Moreno Ocampo a la cabeza— pasaron a afirmar que «Gabriel» había extorsionado al cura con denunciarlo por el abuso si no le daba dinero. Fue sin duda una de las acusaciones más bajas, además de casi risible: ¿quién extorsionaría a alguien con una mentira? Era más una confesión del accionar de Grassi que de la víctima. Los últimos argumentos se limitaron a la idea de que simplemente Lewin y la productora Irene Bais habían «comprado pescado podrido».

Recién en junio de 2009, casi siete años después de la denuncia, Grassi fue condenado a quince años de prisión por dos hechos de abuso sexual y corrupción agravada —por ser el adulto responsable — de menores en perjuicio de «Gabriel». Los únicos casos que aceptó la Justicia fueron, justamente, los sufridos por «Gabriel».

En septiembre de 2013, después de tres instancias judiciales previas, la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires confirmó la condena de Grassi. El cura mediático fue finalmente detenido y trasladado al penal de Campana. En ese momento, el obispado afirmó que se preparaba la apertura de un juicio canónico que al día de hoy se espera que comience.

La condena por abuso y corrupción de menores fue seguida por dos causas más. La primera por malversación de fondos de la fundación: Grassi pagaba el alquiler de una casaquinta ubicada frente al predio —donde se recluía a veces con chicos— con fondos de la propia fundación. Sumó con esa causa dos años a su condena por abuso y corrupción. La otra causa surgió de otro ciclo que hacíamos en Canal 13, el programa *PPT* de Jorge Lanata: allí se mostró en 2014 cómo se trasladaban en camiones, desde la fundación hasta el penal de Campana, las donaciones que habían llegado destinadas a los chicos y que terminaban como prebendas del cura para con el personal del penal. Eso, probablemente, le iba a permitir tener una habitación para él solo, una seudoficina con televisor, además de otros favores en la cárcel.

Aquella noche del 23 de octubre de 2002 no tuvo un final corriente para la investigación que salió al aire. Para muchos de los integrantes del equipo de *Telenoche Investiga*, de los demás noticieros de Canal 13 y de Todo Noticias, fue el principio de una

nueva era, en la que nos encontramos perdiendo el último vestigio de ingenuidad que nos quedaba y aprendiendo de manera acelerada y traumática a lidiar con una realidad que no sabíamos ni que existía.

Tres días después de la investigación me encontré rescatando a una de las víctimas de Grassi del hotel en el que estaba alojado para evitar el acoso de las cámaras de Canal 9, que quería a toda costa mostrar su cara —protegida por ley—, y de los adláteres de Grassi, que empezaron una verdadera cacería de denunciantes. Gabriel tuvo que salir del garaje del apart hotel de la avenida Corrientes acostado en el piso de mi auto por el pánico que tenía.

Los cosas que comentábamos entre los periodistas del equipo de *Telenoche Investiga* por celular luego aparecían en boca del cura o de otros periodistas. Aprendimos, como en las películas, que el espejo retrovisor del auto también es para saber si te siguen. Conocí la existencia del sistema de testigos protegidos y gestionamos el resguardo de Gabriel porque no sabíamos dónde podría estar seguro. Comprendí que el programa de protección no era infalible cuando en nombre de Grassi —mencionado por los delincuentes— le dejaron colgando de un hilo de piel la primera falange de un dedo de la mano. Y un día me encontré siguiendo a un auto con policías de civil para encontrarme en algún lugar incierto de la provincia de Buenos Aires con «Gabriel».

Me di cuenta de que hasta 2013, cuando Grassi fue preso a Campana, «Gabriel» había pasado muchos más días aislado y solo en el sistema de protección que su victimario.

Supe que si Grassi decía que Bergoglio era su confesor, ese no era un dato menor. Me costó creer que en 2010 —después de la primera condena— el arzobispo de Buenos Aires y después papa hubiera pagado 300 000 dólares al jurista Marcelo Sancinetti para que hiciera un dictamen escrito en cuatro tomos tamaño guía telefónica con encuadernación de lujo en los que se afirmaba tajantemente que Grassi era víctima de una conspiración y, por supuesto, inocente. Pero más todavía me costó creer que hubiera mandado a repartir esos tomos —que tuve en mis manos— a los

funcionarios judiciales y jueces en los que podía llegar a caer esa apelación, Corte Suprema de Justicia de la Nación incluida.

Descubrí que para algunas personas que había conocido, el prestigio personal puede valer mucho más que la verdad, incluso siendo periodistas.

Pero descubrí también que muchos periodistas y abogados eran capaces de arriesgar el prestigio buscando la verdad.

Entendí que de los 6 200 chicos que Grassi decía atender y cuidar, en realidad eran treinta o sesenta según las épocas, y que a esa cifra se llegaba si se contaban los alumnos de las escuelas provinciales que estaban dentro del predio y que solo recibían de la fundación el desayuno.

Recordé que los curitas generosos y sencillos que había conocido hasta ese momento no tenían dos vehículos y chofer a disposición ni andaban con dos celulares en los bolsillos.

A «Gabriel» lo conocí muy pocos días antes de la emisión de *Telenoche Investiga*. Me lo presentó Federico Cuervo —productor ejecutivo del programa— a instancias de Miriam Lewin. Bajito, muy rubio, tímido y temeroso, le agradecí su valentía por denunciar a Grassi en la Justicia y me despedí de él pensando que no volvería a verlo.

Pero a partir del programa y de todo lo que se generó, asumí de alguna manera una responsabilidad sobre él. Por aquellos días lo visité donde estaba aislado por el sistema de protección y luego nos vimos varias veces por año y mantuvimos contacto telefónico.

Nunca pidió nada a cambio —como dijeron el cura y algunos de sus defensores— que no fuera información sobre la causa. Nos juntábamos para que le contara qué decían los medios de él y cómo avanzaba esa causa que tuve que seguir de cerca durante tantos años.

Fue perseguido, amenazado y hasta un abogado de renombre intentó que cambiara su testimonio a cambio de dinero. Nunca la jerarquía de la Iglesia católica se preocupó por él. Nunca el papa Francisco respondió la carta que le envió.

Oculta su cara y a veces su nombre porque no quiere que lo vinculen ni con Grassi ni con el abuso. Pero no se esconde de la

verdad: declaró en el juicio ante la mirada de Grassi, sus defensores y parte de su escudo mediático.

Su testimonio fue el que llevó a la cárcel a Grassi.

Fue el único denunciante al que no pudieron quebrar.

Fue aprendiendo oficios y vive de su trabajo de pintor, haciendo también tareas de albañilería y de plomería. No tiene familia. Estuvo en pareja con una chica y conserva el vínculo con la hija de ella. Sigue viendo a su madrina, a quien conoció estando en la fundación. Sigue siendo amigo de Paula Bernini, a quien conoció cuando ella era productora de *Telenoche Investiga*.

Durante varios meses nos sentamos a grabar su historia. La historia de un chico que, abandonado a los seis años por su madre, terminó en la calle y pasó la infancia y preadolescencia de hogar en hogar, hasta terminar huyendo de la Fundación Felices los Niños después de haber sido abusado.

De deambular por los andenes de Constitución y fugarse de hogares a denunciar al cura más popular del país. De entregar estampitas en el subte a cambio de monedas a transformarse en el botín mediático más perseguido. De dormir en el asiento del fondo de colectivos de la línea 60 para evitar los abusos en Constitución a convivir con policías en casas que ni siquiera sabía dónde estaban, con el único objetivo de evitar los ataques de los que lo querían arrepentido o muerto.

Contra toda lógica, como el pequeño pastor David contra el gigante Goliat, la caída del megalómano perverso de Grassi tuvo lugar gracias a él.

Lo que sigue no es la vida de «Gabriel». Es la de Oscar Aguirre, cuyo nombre hoy se puede escribir.



Reclamo del francotirador de Washington

10 millones para dejar de matar

Página/12

Página/12

el país a diario

Ejemplar Atlántico, jueves 3 de octubre de 1996 - Año 1 - Nº 0014
Precio de venta de edición: $1,50 - Ejemplar venta interior: $2,50 - Ejemplar Uruguay: $2,00
Opcional Fiscal con $0 Nominal Incluido $8

Reportaje a Woody Allen

"Siempre que me dan un premio supongo que es por error"

Página/27



DIGNIDAD

"Yo no creo en esta Corte. Quiero saber qué es el poder del Estado cuando contraviene. Acá dijeron que no puede ser que el Estado condene a dieciocho años de prisión a alguien sin una sentencia firme", afirmó Enrique Sanz, uno de los abogados defensores de Víctor Hugo Alderete.

Independentistas chechenos tomaron 700 rehenes en un teatro de Moscú. Asaltan nuevamente el edificio

Una de terror en escena

Página/31/37

32 Regiones, por Juan Golmen

Reportaje a Alain Touraine

"Se terminó el período de la globalización"

Página/15

RECLAME CIUDAD ABIERTA



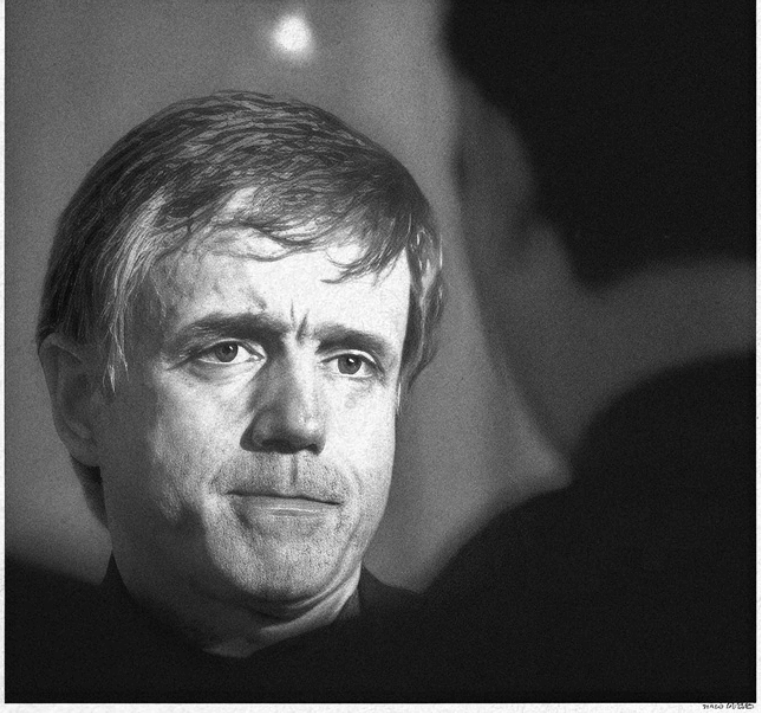
Gran Bretaña

Prohiben la aspirina a menores de 16

Página/75

La Justicia ordenó la captura del mediático cura Julio Grassi, acusado de abusos deshonestos a menores albergados en su fundación. Tiene una causa abierta hace dos años que se complicó por el testimonio de un joven que asegura que se vio compelido a tener relaciones sexuales con él Página/2

EN EL NOMBRE DEL PADRE



La historia de Oscar

por Oscar Aguirre

1

Los primeros años

Último recuerdo de mamá

El recuerdo más antiguo que tengo es el de mi llegada a Buenos Aires. Creo que tenía seis o siete años. Era muy bajito y lo fui hasta los doce, cuando entré en la Fundación Felices los Niños. Me veo con el delantal a cuadritos del jardín de infantes y recuerdo a dos maestras que cuestionaban a mi mamá porque yo ya no tenía edad para estar en jardín y le decían que tenía que ir a primer grado.

Estábamos en la puerta de un colegio en zona sur. En Quilmes. O Bosques. No estoy seguro. El problema eran los papeles: no tenía ninguna constancia de haber ido a algún colegio y tampoco tenía documentos. Mi mamá les decía a las maestras que mis papeles tenían que llegar de Misiones —no me acuerdo de qué ciudad—, donde habíamos vivido. Ella les discutía y les pedía que me aceptaran. Les rogaba.

Ese es el último recuerdo que tengo de mi mamá, la última vez que la vi. Tengo superpresente su pelo morocho y largo. Mucho pelo, ondulado, sobre los hombros. Pero por más que me esfuerce no me puedo acordar de su cara. Tengo la sensación, aunque no recuerdo las palabras, de que ella me dijo, cuando me dejó en un hogar, «quedate acá que ahora vengo». Pero no vino nunca más.

Mi mamá no me quería, ahora puedo decirlo. Ella tenía otros hijos que tampoco me querían. Eran mucho más grandes que yo. Y obviamente, de otro padre.

Entiendo que para otros pueda ser más sencillo recordar la infancia. Para mí es muy difícil, porque ya no sé diferenciar qué cosas son recuerdos y qué cosas me contaron.

Durante mucho tiempo dio vueltas en mi cabeza el tema de mi origen, porque siempre dije que era de Misiones. Pero no sé si soy misionero, porque me di cuenta de que no tengo ningún recuerdo de allá. De mi origen no sé casi nada. Son solo asociaciones. Por ejemplo, asocio que nací en Misiones por el recuerdo que tengo de mi mamá diciéndoles a las maestras en la escuela que le iban a mandar mis papeles desde esa provincia. Supongo que allá viví con mi mamá y mi papá, pero no tengo imágenes de mis hermanastros. En realidad, no recuerdo haber vivido con mi mamá en ningún momento ni en ningún lugar.

Iba a esa escuela de Quilmes o Bosques todos los días. Estaba a dos cuadras del hogar donde me había dejado mi mamá y donde me quedé por más de un año. Fue el mayor tiempo que pasé en un hogar. Debía de ser un hogar de tránsito. Al principio estaba solo con un matrimonio de personas mayores, después llegó un chico más.

Durante mucho tiempo, ya de más grande, volví a Quilmes y a Bosques a buscar esa escuela porque era la única posibilidad que tenía de encontrar algún papel, de saber cuál era mi verdadero apellido, de ver cómo estaba anotado. Era la oportunidad de conocer algo de mi historia. Pero si bien siempre tuve presente el portón de la entrada, las rejas, nunca pude encontrarla.

El primer hogar, la primera fuga

Siempre fui Oscar, pero del apellido nunca estuve seguro. Cuando terminé primer grado me dieron una especie de certificado. Y ahí apareció el apellido Galarza, que debía de ser el de mi mamá. Sin embargo, eso también era algo que me habían contado: nunca vi el documento de mi mamá. Y yo tampoco tenía documento.

Del primer hogar tengo recuerdos más claros. El matrimonio a cargo no funcionaba en el rol de «padres». Uno de los dos me llevaba y me traía de la escuela, me daban de comer y ya. Nada más. Estaba todo el día solo en la casa y no me llevaba muy bien con ellos. Yo estaba mal porque no entendía nada de lo que me había pasado. Años después supe que para ellos tener a alguien era un negocio, un trabajo: les entraba plata por tenerme ahí. No sé

quién pagaba, pero alguien pagaba. Debía de ser un hogar de tránsito o algo así.

El 25 de mayo de ese año —creo que fue el 90— fue clave para lo que vendría después. La escena que viví me marcó a fuego. Estaba en el acto del colegio y era el único que no tenía ni papá ni mamá. El matrimonio no había ido al acto. Y los chicos me empezaron a cargar. «¡No tiene papás! ¡No tiene papás!», me gritaban, y me empecé a pelear con varios hasta que las maestras me separaron. Busqué respuestas en el matrimonio, pero ellos mudos. «¿Dónde está mi mamá?», les gritaba furioso. «¿Por qué no tengo mamá si todos tienen? ¡Yo tenía una mamá!».

Aunque iban a pasar varios meses hasta que llegara la primera huida, ese día —a los siete— decidí que no quería estar más ahí.

Ya era casi fin de año. Habían terminado las clases y había completado mi primer grado. La señora me pidió que le hiciera un mandado. Era la primera vez que me dejaban salir solo de la casa, que me mandaban a comprar algo.

Me fui.

Y no volví más.

Sentía que era un lastre para todos, que estaba ahí pero que nadie me quería. Lo pasaba remal y no quería ir a la escuela. Lo pasaba mal en todos lados. No me querían en la casa y en la escuela tampoco. Siempre se burlaban de mí porque no tenía padre.

Entonces cuando me mandaron a comprar fiambre, me llevé la plata y me escapé. Decidí que la solución era buscar a mi mamá. Me vino la imagen de ella conmigo en una estación antes de tomar el tren, cuando me dejó en la escuela. Siempre supuse que esa estación era Constitución. Así que me fui para esa estación.

El tren no lo pagué. Fue la primera vez que me colé. Después fue como una costumbre. Durante muchos años fue una superaventura para mí. Eso de correr el tren por atrás, colgarme, escaparme del chancho. Sabía que no iba a pagar.

Ese día tenía la plata del fiambre en el bolsillo. Cuando llegué a Constitución fui a un kiosco y me compré una gaseosa. Me acuerdo de que fue como *¡wowww!* Una conmoción. Ese momento lo tengo bien presente: la primera vez que compré algo.

Me alegró estar en Constitución porque me volvía la imagen de mi mamá y de nuestra llegada. No sé por qué sentí que ella iba a ir a buscarme, que iba a aparecer en cualquier momento. Hasta que la que apareció fue la policía. Habré estado una media hora dando vueltas por la estación y me detuvo la policía. Eran dos policías. Me preguntaron con quién estaba. Era tan rubio y tan chiquito que llamaba mucho la atención. Apareció una señora con la policía y, señalándome, les dijo: «Es ese, el que está ahí». Me debe haber visto cara de perdido. Debía ser por la estatura más que nada. Bueno, tenía siete. Se preguntaban qué hacía un chico tan chiquito ahí. Entonces era lógico que alguien creyera que era un chico perdido. Esa primera vez con la policía me fue rebién. Me trataron excelente. Venían, me miraban y me traían algo. Y me llevaron a la casa de un policía, no a una comisaría. Tan bien me trataron que me acuerdo de todos los detalles.

Apenas entramos a su casa, el policía me explicó qué era un arma y que no la tenía que tocar, y la puso encima de un mueble, de una vitrina en la que había un montón de copas y copitas chiquititas. Tengo muy presentes aquellas imágenes de la casa de ese policía. Me trataron como nunca en mi vida me habían tratado. Eran una familia. Yo me quería quedar ahí, pero me dijeron que no, que al otro día tenía que ir a la comisaría, que alguien me iba a ir a buscar.

A la mañana siguiente, una mujer policía y el que me llevó a su casa me acompañaron a Constitución para ver si alguien me estaba buscando, porque yo les había dicho que me iban a ir a buscar ahí. Como no sabía en qué estación me había subido cuando me había escapado del hogar, no sabían dónde llevarme. Obviamente, nadie fue a buscarme. Estuvimos todo el día en el andén 1. El policía se quedó conmigo todo el tiempo. Cuando llegó la noche, me llevaron a la comisaría.

Ahí empezó una etapa muy dura en mi vida. Porque la comisaría tiene que informar al juez de turno que hay un chico perdido y eso significa que a partir de ese momento estás judicializado. Tu vida depende de ese juez, de lo que él decida para vos y tu futuro. Para él sos un número de expediente que tiene que sacarse de encima. Los jueces de menores son unos hijos de puta. Nunca los ves,

siempre tratás con la policía. La policía es la que te lleva a un hogar y hace todos los trámites. Esa noche terminaron llevándome a un hogar en Ezpeleta. Como yo les había dicho que vivía en zona sur, y que me había tomado el tren, ellos quisieron hacer el camino de vuelta conmigo en el tren para ver si reconocía de dónde había salido.

En ese viaje reconocí la estación del hogar de donde me había escapado, en la que me había subido al tren con dirección a Constitución. Pero no se los dije. Les dije que era más lejos, que faltaba. Sin embargo, ellos me dijeron que ahí terminaba el recorrido del tren. Por eso, supongo que se trataba de la estación Bosques, ya que uno de los ramales termina en esa localidad.

Se había hecho muy tarde y seguían sin saber a dónde llevarme. Me ilusioné pensando que me iba a ir de nuevo con el policía, pero me explicó que no iba a ser posible.

No sé con quién hablaron, pero esa misma noche terminé en un hogar en Ezpeleta.

En manos de un juez

Ya no era una casa de familia como de la que me había escapado, era un hogar, porque había un montón de chicos pero al mismo tiempo era una casa sin demasiada seguridad. No era un instituto, esos los conocería más adelante. La llegada fue buena porque estaban todos durmiendo, pero después empezaron los dramas. Esa primera noche me tiraron un colchón en la cocina porque no había camas disponibles. Me dijeron que al día siguiente verían dónde me ubicaban.

A la mañana me despertaron con mala onda, retándome porque estaba durmiendo en la cocina. Todos los chicos preguntaban quién era yo. Al rato un chico me pegó de la nada. No sé por qué me pegó. Ahí ya sentí que todo iba a ser un drama.

Cerca del mediodía dos personas me llevaron a una escuela para ir a buscar a otros pibes. A la vuelta empezaron a preguntarse por mis papeles y si iba a empezar la escuela. Yo no entendía nada. No sé cómo pasó, pero les pedí permiso para ir al baño, encaré para la

puerta y me fui. Me escapé. Estuve solamente la noche que dormí en la cocina.

Volví a Constitución. Creo que esa vez no volví ahí a buscar a mi mamá, sino al policía que me había llevado a su casa. Tampoco estaba.

Me paró otro policía, pero ya no fue como la primera vez, fue muy diferente. Terminé en la Comisaría 16ª, la que está debajo de la autopista.

En ese momento, empecé a sentir lo que era estar judicializado. Para la policía, en pocos días pasé de ser un chico perdido que no encuentra su casa a ser alguien que huye de un hogar. Me empezaban a tratar como a un prófugo, como a un delincuente. Terminé de nuevo en Ezpeleta, pero en otro hogar, uno muy distinto. No era ni como el primero ni como el segundo. Había rejas y había otros pibes. Apenas entrabas, apenas mirabas un poco alrededor, todo te daba a entender que de ahí no te escapabas. Había mucha más seguridad. No era un reformatorio, porque tiempo después terminé en uno y sé que es algo diferente.

No había un matrimonio ni una familia que viviera ahí, eran trabajadores, celadores. Para mí, ya eran como guardiacárceles. Me hizo extrañar un poco el primer lugar. Lo pasé muy mal ahí.

Yo era diferente a todos los demás chicos. Diferente en mil cosas. Empecé a entender cómo el color de mi pelo podía jugarme en contra —era el único rubio del lugar—. Algunos chicos me cuestionaban que me había escapado de mi casa, porque eso era lo que yo decía; no quería contar más que no tenía ni casa ni familia. Con el tiempo aprendí que eso no tenía que decirlo más. Después me enteré de que en las cárceles de adultos para entrar bien tenés que decir que tu delito fue grande, no una boludez.

Había chicos más grandes. Dormíamos en una sala enorme donde estaban las camas. También aprendés a pelear por tener tu propia cama. En ese lugar no me hice amigo de nadie. Creo que me odiaban, porque cuando llegué faltaba poco para que terminaran las clases, entonces yo no iba. Todos odiaban que yo me quedara y ellos tuvieran que ir a la escuela.

Estuve tres meses ahí. Pasé las fiestas, una Navidad y un fin de año. Fue horrible. Todos se fueron con sus familias y me quedé solo con una señora a la que nadie fue a visitar. La señora se fue a acostar temprano después de comer una de las bandejas de comida que nos habían traído —porque ahí no se cocinaba—. Me dejó otra para mí y me quedé mirando la tele. Me entristece cada vez que me acuerdo de esa noche.

Me había enganchado con que quería estar con la familia del policía que me había llevado todo el día a su casa. Me sentí tan bien tratado (aunque estuve menos de un día).

De este segundo hogar no recuerdo casi nada ni a nadie. Los buenos momentos eran cuando llevaban a los chicos a la escuela y yo me quedaba solo, pero muy tranquilo, en los pabellones. El odio o la envidia de los chicos porque no iba a la escuela me lo demostraban permanentemente. En cuanto estábamos sin vigilancia, si me podían pegar, me pegaban.

Yo era mucho más chico en edad que todos los demás, y ni hablar de tamaño. Sobre todo en tamaño, me jugaba muy en contra mi estatura. También les molestaba —y mucho— que fuera rubio. Y era superrubio en ese momento. No encajaba; ellos se preguntaban qué hacía este acá. Como que por ser rubio no podía estar ahí. Y se reían porque supuestamente había terminado ahí por haberme escapado de mi casa. Ellos no se habían escapado de la casa. Estaban judicializados por alguna cosa que había pasado con sus familias o por algún delito leve; pero ninguno se había escapado de la casa. Casi todos estaban judicializados por el artículo 10, que era por vagancia o por andar en la calle.

Después entendí que en un hogar lo más importante es cómo entrás, la historia que contás. De cuántos lugares te escapaste, de dónde te escapaste, qué hiciste en el medio. Si tenías una buena historia era diferente; un buen pasado te ponía arriba, era difícil que te jodieran. Igual lo mejor de todo es ganar una pelea. Pero eso es siempre después de entrar.

Así, a los ocho, empecé a conocer el lenguaje tumbero, aunque obviamente nadie hablaba de muertos ni nada. Cuando llevaba como

tres meses, llegó un pibe que tendría doce o trece años y que tampoco iba a la escuela.

Nunca me llevaron ni a la escuela ni a ningún otro lado. Nunca pude salir en esos tres meses. Solo salía al patio de cemento, no había nada más que eso. Era una cárcel: tenía una enorme necesidad de salir, de ver la calle.

Entonces llegó el día. El pibe nuevo me invitó a fugarme.

Una mañana aprovechamos que se habían ido todos a la escuela y solo quedaba la señora que se había quedado conmigo aquella noche de Navidad, una persona muy mayor. Salimos al patio y me dijo que había estudiado cómo salir, que me necesitaba a mí y que podíamos rajar los dos.

—Me tenés que ayudar a trepar.

Yo casi no lo conocía, pero sentí que tenía que confiar, que era la última oportunidad y que no me iba a cagar. Me decidí a hacerlo.

Pero apenas acepté, sentí que él no me iba a ayudar después de que yo le hiciera pie para que subiera. Para él era muy fácil si yo le hacía pie. Levantarme tampoco era difícil, porque yo no pesaba nada. Le hice pie, se trepó al paredón y se empezó a balancear boca abajo hasta que pude agarrarle la mano y me subió. No me traicionó. De ese paredón nos subimos al techo de chapas rojas que cubría todo el edificio del instituto. Después pasamos al techo de la construcción de al lado.

Había llegado de noche al hogar y no había salido en tres meses. No sabía bien cómo era, no lo había visto de afuera. Me di cuenta de que estábamos a mitad de cuadra. Me quedé mirando todo desde arriba, descubriendo la zona. Mi compañero me apuraba, me explicaba que teníamos que llegar hasta la otra casa para poder bajar hacia la calle. Necesitábamos salir rápido de la zona.

Empezamos a pasar de techo en techo, porque eran casas bajitas. Hasta que llegamos a una esquina en la que había un patio con una reja gigante que daba a la calle. Saltamos al patio, trepamos la reja y salimos a la calle. Corrimos rápido una cuadra. Hasta que él se paró, me miró y me señaló hacia una de las calles laterales:

—Bueno, ya está, vos andá para allá.

En algún momento había creído que seguiríamos juntos. Él quería vaguear por ahí y me dijo que no podíamos andar juntos. Se fue para una avenida y a mí me mandó para el otro lado.

Caminé un rato, poco tiempo, porque más o menos a las cinco cuadras apareció la policía. Debía de tener un don, porque la policía me paraba siempre. Siempre, desde siempre. Tenía un imán con la policía.

Me corrí la vida. Pero cuando no daba más, tuve que frenar. Tenía al patrullero encima. Seguramente no estaba vestido como un chico común, pero yo no me daba cuenta. Desde lejos sabían que me había escapado de algún lugar. Me subieron al patrullero y me esposaron. Fue la primera vez que terminé esposado. Tendría ocho, quizá nueve. Nunca me voy a olvidar. No les dije de dónde me había escapado. De todas maneras, tampoco sabía ubicarme bien, pero no les dije que era de un instituto. Terminé de nuevo en una comisaría, en Ezpeleta. Estuve en la cocina de la comisaría, ya me habían sacado las esposas después de que retaran al policía por haber esposado a un chico. Unas horas después me llevaron a otro hogar.

¿Y ahora, adónde me llevan?

Sabía que tenía que entrar de otra forma, pero un hecho casual me ayudó: me llevaba la policía. Y eso llamó la atención de los demás chicos. Porque ese era un hogar al que te llevaban los padres, no la policía. Por ese motivo me respetaron de entrada. Me di cuenta enseguida. No sé por qué, pero lo vi. Fue la primera vez en mi vida que me respetaron y todo porque había llegado con la policía. Eran todos chicos judicializados, pero los pibes me querían. Los que no me querían eran los que nos cuidaban.

Empecé a hacer quilombo para llamar la atención. Me creé una vida que no había tenido. De delitos, de hechos espectaculares, de exageraciones, cuentos que había escuchado de otros.

A pesar de que me querían y me respetaban, apenas llegué sentí y supe que no tenía que quedarme, que me tenía que ir de ahí. Ya se me habían pasado las ganas de volver a lo del policía que me había llevado a su casa. Después de que me esposaran, no quise

saber más nada con la policía. Me había dado cuenta de que yo estaba de un lado y la policía, del otro. Ese fue el momento en que empezó el odio a la policía.

En este tercer hogar no sé con precisión cuánto estuve, pero fue un buen tiempo. Meses, varios meses. Un tiempo largo.

Hasta que me escapé otra vez con uno más grande. El pibe la tenía muy clara, era un especialista en fugas. Organizó un grupito. Al principio éramos siete, pero a último momento dos se arrepintieron. Había una galería que tenía una reja; después otro pasillo y la puerta de salida con alguien de seguridad. Una especie de cárcel dentro del hogar, digamos. Uno de los chicos más grandes forzó la reja y pudo abrir una brecha por donde me pasaron a mí, el más chiquito de todos. Con dificultad y paciencia pasé primero la cabeza y después el cuerpo. Apenas pasar la reja estaban sobre un mostrador las llaves de esa misma reja y de la puerta de salida. El de seguridad no estaba. El líder de nuestro grupo lo había estudiado y sabía que se tomaba descansos largos. Abrí la reja y salieron todos. Con cuidado abrimos la puerta de calle. Cada uno de los cinco salió corriendo para un lado diferente.

No duré nada afuera.

Mi objetivo era llegar al tren, que quedaba muy lejos para mí en ese momento, en especial si la distancia la tenía que hacer corriendo. Eran unas veinte cuadras. Quería volver a Constitución. Como siempre. Pero no llegué ni a la estación. Otra vez me agarraron. En el hogar se dieron cuenta enseguida de la fuga y dieron aviso a la policía, que nos salió a buscar.

Apenas me agarraron, los policías me empezaron a amenazar con que iba a terminar detenido si me escapaba de vuelta, que iba a terminar en una cárcel.

Me llevaron de vuelta al mismo hogar. Me resultó extraño, porque nunca te devolvían al hogar del que te fugabas. Porque cambiás la energía del lugar. Les recordás todo el tiempo que el sitio es vulnerable, que los hiciste trabajar de más y a algunos hasta recibir castigos. Otro tema es que el resto de los chicos te idolatra. Aunque esa idolatría tampoco es total, porque en el fondo todos saben que te escapaste, pero también que te agarraron. Los chicos me

respetaban más que antes y todos esperaban que los sumara en el siguiente plan de fuga. Me hacían saber que podía contar con ellos. Los celadores me odiaban más que antes. Y me trataban peor.

A dormir a la calle

A las pocas semanas me mandaron a otro hogar. Casi no lo llegué a conocer, estuve muy muy poco tiempo. A las pocas horas de llegar, me fugué.

Me fui caminando —ya había aprendido que no había que correr — a la estación Quilmes y llegué a Constitución.

Fue el comienzo de un tiempo largo en la calle. Los primeros dos días no dormí. Tenía miedo de hacerlo. Estaba en Constitución, alerta a todo, para que nadie me hiciera daño, para que la policía no me agarrara de nuevo.

La gente me preguntaba de dónde era. Les decía —y lo seguí diciendo muchísimos años— que era de Quilmes. Un vendedor ambulante se acercó y me dijo que él me había visto todo el día anterior en la estación. Y que como él me había visto, en cualquier momento la policía se iba a dar cuenta. Me explicó que tenía que salir de la estación porque me iban a volver a agarrar. Le hice caso al toque. Salí y me puse a caminar. Y caminé. No sé cómo llegué caminando desde Constitución a Plaza Once. Allí descubrí que si alguien de nueve años pide, es muy probable que le den plata.

Arranqué preguntando si me podían ayudar con una moneda. Y me dieron. A los pocos días me di cuenta de que podía hacer un montón de plata. Quizá porque parecía muy chiquito y daba pena. Creo que también me aproveché del color de mi pelo. Ese fue otro descubrimiento. Porque también me di cuenta —porque me juntaba con algunos chicos de ahí— que a muchos no le daban nada y a mí siempre me daban.

Hasta ese momento me había jugado en contra ser rubio. En los hogares los chicos me miraban raro, era sapo de otro pozo. Pero en la estación y en los trenes claramente me ayudaba. Fue en la única circunstancia en la que me favoreció el color de pelo; después siempre me perjudicó. Hasta el día de hoy. No hay casi nadie en

situación de calle que sea rubio, y eso hacía que no pudiera encajar con los demás, me hacían sentir que no era del palo. En lo único que era copado era con el dinero: la gente te ayudaba y supongo que era por el pelo.

Durante uno de los primeros días en Once vino un señor y me dijo que no tenía que pedir. Para conseguir más, me aconsejó que diera algo a cambio. Me contó que en Once había santerías donde podía comprar estampitas. Descubrí que mucha gente en situación de calle las compraba ahí. A cambio de las estampitas, la gente te daba plata. Y a mí me daban mucha. Estuve dos o tres meses en la calle, zafando de estar en un hogar. Dormí muy poco en la calle. Otra enseñanza rápida: me di cuenta de que era vulnerable cuando dormía, todas las personas que duermen en la calle son vulnerables. No solo por la incomodidad y el peligro: casi siempre terminaba con la policía persiguiéndome.

En esos días no percibí algo que descubrí mucho más tarde: no había chicos como yo durmiendo solos en la calle. Estaban con algún mayor o en ranchada, se juntaban con varios chicos más. Yo estaba solo. No tenía amigos con los que juntarme.

Sabía ya cómo pasar más desapercibido, para que no me agarraran de vuelta.

Las noches las pasaba en un colectivo. Por lo general elegía el 60. Había un ramal que iba hasta el hotel del Tigre que tardaba como dos horas y algo, tres horas. Ya me conocía con algunos colectiveros. Iba y volvía.

Para que nadie me molestara, ni la policía ni los colectiveros, pagaba el pasaje con la plata que juntaba de las estampitas. Al pagar no llamaba la atención y no tenían nada que reclamarme. Así podía dormir seguro y tranquilo, al menos un rato.

El 60 se había convertido en mi única opción. Me iba al asiento del fondo, el asiento largo que tenían los colectivos en esa época. Obviamente no te podías dormir usándolo todo, la cosa era tratar de ocupar dos asientos, sentarte y apoyar todo tu cuerpo. Era de terror dormir así, pero era una forma segura.

A las seis de la mañana, cuando se empezaba a llenar de gente, me pedían que me corriera porque se querían sentar. Y yo volvía a

Constitución. Siempre.

Las estampitas son negocio

Las estampitas eran un excusa para que la gente te diera lo que quisiera. Hay gente que es católica y si vos llegás con algo así como que la impactás, se conmueven. Más si sos un chico. Era difícil que te rechazaran. Le tocabas el corazón a la persona para que te ayudara. Empecé a repartir en el tren. No todos te ayudan, porque no tienen un poder adquisitivo grande. Además éramos muchos pidiendo, aunque no tantos como ahora. Te ayudaban, pero con monedas, con moneditas, que tampoco eran gran cosa en ese momento.

Muchos me cuestionaban o me preguntaban dónde estaban mis papás, o me decían de mala manera: «¿Quién te manda a pedir?». Así me enteré de que muchos padres salían con los hijos y que los hijos eran los que pedían. Había gente que se preocupaba y querían buscar a la policía cuando les decía que estaba solo, que no estaba con mis padres. A los que estaban con sus padres tampoco les daban. Les decían: «Que venga tu papá a pedirme».

Apenas me hacían esas preguntas, me iba rápido de ese vagón y bajaba en la siguiente estación, porque podía terminar en la comisaría.

Hasta que alguien me dijo que estaba enfocando mal, que no era en el tren donde tenía que buscar. «La posta es el subte. Ahí tenés que viajar», me dijo. Y tuvo mucha razón.

Casi nunca había viajado en subte porque no conocía las líneas. Solo había viajado un par de veces, más que nada por miedo a no saber cómo volver a Constitución. Una vez me perdí, bajé en una estación, salí a la calle y caminé un montón desde Chacarita. Seguí una línea de colectivos que sabía que terminaba en Constitución.

Al principio no me animaba mucho con el tema del subte, hasta que encontré a unos pibes que estaban pidiendo en la línea A y se juntaban después con los padres en Plaza Once. Daban una vuelta, hacían el recorrido de una punta a la otra y volvían a Once para dejar la plata a los padres. Era una familia de cuatro chicos. Empecé

a copiarme de lo que hacían. Varias veces estuvimos juntos. Una vez me invitaron a la casa porque los padres querían que me juntara con los hijos, querían que les enseñara, porque vieron que a mí la gente me daba más plata. Pero el motivo no era que yo fuera más hábil.

Al principio pensaba que a lo mejor la gente me daba más porque era evidente que yo lo necesitaba más que ellos, o porque estaba solo. Pero no. Era, como decía, por ser rubio. Eso recién lo entendí de grande, en ese momento no lo sabía. Ahora salieron un montón de experimentos y es verdad: si va una persona de piel morocha con otro rubio y le dicen a alguien «disculpame, me robaron la billetera», hay más posibilidades de que ayuden al rubio. En aquel momento, sin entender por qué sucedía, lo supe aprovechar.

En la línea A empecé a descubrir cosas que fueron clave: qué horario era el mejor, qué horario no funcionaba, que cuando estaba muy lleno no servía porque la gente estaba en la suya. El horario pico no estaba bueno porque no te ayudaba nadie. Servía pasar a la mañana cuando la gente va al trabajo y a la vuelta cuando salen del trabajo, pero siempre antes de la hora pico. Aprendí que hay líneas de subte que te ayudan más que otras. La peor línea era la de Chacarita, la B, que ya tenía los vagones nuevos. En esa, nada de nada. Además había más policías en las estaciones que en otras líneas y te tenías que cuidar y quedarte sentado, porque si te veían caminando, se daban cuenta de que estabas pidiendo. Aprendí que al que estaba con traje lo tenía que evitar, ese no te iba a dar. Lo probé mil veces. Había que apuntar al trabajador que iba en el subte A, pero que no usara traje. El traje era clave. Es decir, observando, pensando en cómo me iban las cosas, buscando puntos en común entre los distintos días, desarrollé una especie de sistema, de oficio.

En esa época juntaba bastante plata por día. Eso cambió mucho mi vida. Terminaba a la noche, comía en Ugis —me compraba una pizza entera— y empecé a conocer la peatonal Lavalle. Todo me llevaba a la peatonal Lavalle. Y estaba toda la noche jugando en los videojuegos. En vez del colectivo, pasaba la noche ahí. Aunque a veces aparecía la policía y me tenía que ir. Entonces me tomaba el 60. Casi todas las noches me gastaba lo que había hecho en el día.

Tenía diez años y me gastaba todo en fichines, pizza de Ugis y mucha, mucha comida chatarra. No podía creer la plata que juntaba. Pero eso no duró mucho porque siempre terminaba detenido.

Siempre era lo mismo.

Viejos alzados

Cambié de Constitución a Once: al manejarme con la línea A, se transformó en mi parada fija. Dentro de la estación empecé a conocer otros riesgos antes de llegar al siguiente hogar.

Me acuerdo de que en Once estaban todos los viejos alzados, ahí sentados, mirándonos a los chicos. Capaz que no eran viejos, pero como yo era chico, para mí eran todos viejos. Una tarde, que estaba muerto porque había andado todo el día por los vagones, me senté a descansar al lado de otros pibes. Al rato un viejo empezó a dar vueltas cerca nuestro y después de mirarnos se me acercó con la mano en la bragueta y me preguntó: «¿Cuánto querés por ir al baño conmigo?». Me quedé helado y tardé en entender qué quería. Por suerte uno de los pibes le empezó a gritar: «Salí de acá viejo puto, tomatelas y no vengas más, andá a pedir pija a otro lado». Uno le tiró unas latas de Coca que tenía al lado y el viejo desapareció mientras los que pasaban caminando para tomar el tren lo miraban mal.

En ese momento entendí todo. Y también empecé a mirar mejor a esos pibes. Había un par que conocía por cruzarnos en los andenes; respetábamos los vagones de cada uno. No llegué a agradecerles porque no nos hablábamos, aunque a veces nos saludáramos. No éramos amigos. Yo no tenía amigos. Eso pasaría mucho tiempo después.

Desde ese día no entré más a los baños de Once. Trataba de ir a los bares de alrededor de la estación, en algunos me dejaban entrar.

En Constitución no se veían viejos buscando pendejos ni pendejas. Aunque ya empezaban a aparecer chicas solas en la estación. Si pasaba, yo no me daba cuenta. Nunca me ocurrió nada parecido ni con un viejo ni con nadie en toda la estación ni en los andenes. A lo mejor me salvó el primer policía que me detuvo, el

que me llevó a la casa. Él me dijo que nunca entrara a los baños de Constitución porque eran peligrosos y pasaba de todo. Cuando empecé a hablar con conocidos, los baños de la estación traían todos los días un cuento nuevo. Tipos que se encerraban, trababan las puertas y hacían cualquier cosa. El quilombo era siempre en el de hombres, en el de mujeres no pasaba nada. Por eso había uno de los chicos que siempre meaba en el de mujeres. A veces se escuchaba el grito de una mujer en el baño y nosotros nos cagábamos de risa porque sabíamos que era él.

En el subte me detuvieron una sola vez. Me trasladaron a Quilmes; primero a la comisaría y de ahí al juzgado. No había ocurrido ninguna situación que justificara mi detención. No había hecho nada malo, pero fue porque estaba en situación de calle. Eso se notaba por cómo estaba vestido. Porque si te vestías bien, no te detenían.

Era una situación difícil de resolver. Yo no me compraba ropa con lo que juntaba: si mejorabas tu apariencia, lo pasabas muy mal porque nadie te daba nada, parecía que no necesitabas. Había que parecer bien necesitado, no podías tener ropa nueva o linda. Si te comprabas algo, había que esperar hasta que la ropa se arruinara para que te volvieran a dar. Y yo a los diez lo único que sabía era pedir. Si estabas mal vestido, la policía se avivaba de que pedías y te detenían.

Por esos días yo trataba de alejarme de las personas porque como tenía plata muchos querían robarme. Me robaron muchas veces. Veían que gastaba en los fichines y venían y me robaban. Se aprovechaban de que era chico y de que estaba solo. Así como a veces me favorecía ser chiquitito y parecer más chico todavía, y ser rubio, otras me perjudicó. Ni con la policía ni en los hogares me favoreció.

En los hogares nunca lo pasé bien, aunque hubo algunos buenos, donde todo no era tan negativo. El problema era que yo ya tenía un vicio, se ve que me gustaba la calle porque ahí generaba plata.

Del juzgado de Quilmes me mandaron a un hogar de la zona. Creo que estuve en todos los de Quilmes. Este ni recuerdo cuál era.

Supongo porque me fugué rápido. Tampoco me acuerdo exactamente cómo me escapé.

Yo tenía un talento para hacerme el pobrecito. Y me creían. No sé si por rubio o por qué. Se ve que convencía a las personas. Pero eso también me jugó en contra, porque todos los demás, los chicos, en especial, me odiaban. Y de ahí a la calle como siempre. Hasta que otra vez la policía. Se repetía el mismo círculo una y otra vez. Siempre, siempre que me detenían era por el bendito artículo 10. Nunca entré por otra cosa.

Empezás así y terminás matando a alguien

Esa vez estuve detenido en la cárcel de Tribunales como tres días. Hasta que me llevaron ante el juez Cairo, una persona muy alta, con una presencia muy autoritaria. Yo tenía once años. Me miró de ahí arriba y me dijo: «Vas a ver que ahora no te escapás nunca más».

Me llevaron en un celular a un reformatorio. Era con rejas, otro nivel. Quedaba en La Plata.

Estuve un montón en ese instituto, como medio año.

No te podías escapar de ahí. O al menos parecía imposible. Estábamos en pabellones separados por edades. Hasta que una vez se empezaron a prender fuego colchones. Los más grandes, que nunca los veías porque el pabellón de ellos estaba lejos, prendieron fuego y se fue todo el humo para el sector nuestro. Un par aprovechamos para fugarnos.

Nos fuimos por un patio que tenía una puerta por la que estaban por entrar los bomberos. Ellos ingresaron y en la confusión nosotros salimos corriendo.

En la calle cada uno agarró por su lado, ya había aprendido que no tenía que escaparme con alguien más. Vos para allá y yo para acá: no hay que hacer grupo. No sirvió de nada. Al día siguiente me agarraron en Quilmes. Y terminé de nuevo en Tribunales frente al juez Cairo.

Me mostraron mi expediente; era la primera vez que veía un expediente y justo era el mío.

Había un número en la tapa. No decía el nombre. Decía NN y supuestamente estaban todas las denuncias por artículo 10. Me mandaron con una psicóloga o asistente social, no sé bien qué era. Me dijo que todos los chicos que estaban en hogares empezaban así, escapándose. «Empezás así y después terminás matando a alguien», me dijo. Y dijo también que el juez me había dado un montón de oportunidades —eso era cierto— y que la vida no me las iba a dar. Me puse a llorar, pero estaba llorando de verdad, porque entendí lo mal que lo había pasado en el instituto en el que había estado.

Tuve miedo porque de pronto entendí la parte sexual en el instituto: es todo sexual ahí, cada cosa que hablás, cada cosa que decís. Yo tenía once en ese momento y me habían puesto con chicos de hasta quince. Y los más grandes parecían calientes todo el día. En eso el color de pelo jugó muy en contra otra vez. Algunos me decían «la Rubia» y terminaba a las trompadas, mal, porque como ya conté, yo era muy chico de tamaño. No hubo toqueteos o cosas así, de esa zafé. Pero no zafé de que me tuvieran como alguien al que se le puede pegar en cualquier momento. Hasta ese momento no me sabía defender bien.

Creo que por el miedo me puse a llorar muy mal, casi sin control, y la psicóloga me dijo que me iba a dar una oportunidad de mandarme a otro hogar, no a un instituto.

Era en Ezpeleta. Una casa como la primera de todas. Era todavía más tranquila que aquella, porque todo el mundo me quería. Era una casa de familia pero sin familia. Me trataron muy bien. Había un celador y dos chicos más. Y te dejaban hacer todo. No había rejas ni te sentías preso como en el instituto.

En ese hogar fue la primera vez que tuve tele. Hasta ese momento yo veía tele en la calle, en las casas de electrodomésticos o desde la ventana de un bar. Pero no sabía lo que era sentarme a ver tele. Así que a los once vi dibujitos por primera vez y también vi cosas que nunca había visto porque te dejaban hacer lo que vos querías con la tele. Podías no dormir y quedarte mirando la televisión.

Faltaba poco para mi cumpleaños y la señora que cocinaba dijo que ese día me iba a llevar a su casa a festejar. Yo estaba muy ilusionado, aunque la fecha de mi cumple era un invento porque no tenía idea de cuándo había nacido. Pero como estaba judicializado, y por mis antecedentes, no me dejaron salir a la casa de la señora. Escuché que estaban hablando, le decían: «Él se escapó de un montón de lugares y si se te llega a escapar de tu casa vas a tener problemas». Gracias a esa señora me di cuenta de que había gente que me quería ayudar.

Recuerdo que ella y la otra mujer que trabajaba ahí me querían ayudar a encontrar a mis padres. Pero nadie sabía cómo, y yo tampoco. Me sentía muy protegido por ellas, y en ese momento empecé a tener mucho resentimiento hacia mi madre. Empecé a cuestionarme muchas cosas. Por empezar por qué me había abandonado, por qué me había tirado en un hogar.

Dijeron una cosa que me quedó grabada: «Vos eras muy vendible, no se entiende por qué no te vendió. Vos eras chiquito, rubio, lindo, podían haberte vendido a una familia que te diera un futuro». Creo que ahí la cagué también, porque empecé a tratar de olvidarla y ahora no me sale una sola imagen de ella. Solo su pelo morocho.

Después del cumpleaños inventado que no me dejaron festejar en lo de la señora, no tenía más ganas de estar ahí. Y como un boludo me escapé. Esa huida fue la más fácil. Sabía dónde guardaban la llave de la entrada. Estaba escondida, pero la saqué rápido. Había descubierto, por un folleto de una pizzería, dónde quedaba la estación de tren, porque estaba marcado dónde estaba la pizzería, las calles cercanas y lo demás. Abrí la puerta, puse una maceta para trabarla del todo porque hacía ruido. Y me fui. Caminando despacio. Y volví a Constitución.

Pedí algo de plata para poder comprar las estampitas en Once y todo empezó de nuevo. Pero esta vez me puse como objetivo juntar cien pesos por día. Nunca llegué a esa cifra, pero sí a unos sesenta o setenta. Con esa plata empecé a andar mucho por Lavalle y me juntaba con chicos más grandes.

Una vez me agarró una mina grande, que era la mamá de otro de los nenes que pedía ahí, y me quiso pegar, pero otra me defendió y no sé cómo terminé con ella y sus hijos comiendo pollo en Once. Me acuerdo de que el pollo lo pagué yo. Me dijo que fuera con su hijo a hacer la vuelta. Al nene ese le daban un montón de plata, porque era todavía más chico que yo. Y me convencieron de que, para que no me pase nada, lo que recaudara se lo diera a ellos. Empezaron a hacer ese juego de quién levanta más plata de los dos, y después con el otro hermano, y después con otro más.

En un momento me empezó a dar vergüenza el tema de las estampitas, sobre todo cuando los pasajeros eran chicos. Lo sentí en las vacaciones de invierno, porque además de que no te dan plata me daba mucha vergüenza pedirle a una chica o a un chico de mi edad.

Esas Navidades las pasé con esa familia. Me invitaron a Spegazzini, que era por donde vivían.

La mañana del 24 de diciembre de 1994 juntamos un montón de guita. Yo nunca había visto algo así. Como eran las fiestas no solo te daban todos, sino que además te daban mucho más que de costumbre. Esa mañana hicimos lo que normalmente se juntaba en tres días. Muchos billetes de dos pesos, que en esa época no te los daban ni a palos.

Con toda esa cantidad de plata hicieron una supercomida. Pasamos una noche increíble, y el 25 no fuimos a trabajar. Dormí esa noche con ellos. Querían que me quedara a vivir, pero yo no quería. Estaba muy desconfiado, aunque me ayudaron mucho y me animaron para que fuera a estudiar a un instituto donde estudiaban los hijos. La mamá insistía en que trabajara en el subte por la mañana, fuera al instituto después y a la noche a su casa. Pero yo tenía que entregar la plata que hacía cada día. Me acuerdo de que se lo conté a la maestra del instituto y no entendía eso de que yo tenía que entregarles la plata. Entonces me empezó a parecer raro. Traté de ir separándome de ellos hasta que caí de nuevo detenido.

Me dormí en el subte y me agarró el policía de estación Acoyte que todos decían que era un hijo de puta. Me sacó afuera y me metió en un patrullero.

Esposado a los once

Ese día, como ya no estaba cómodo con la familia, me tomé el subte a Constitución para tomarme el 60 y así dormir toda la noche en el colectivo. Pero me quedé dormido en el subte. Y terminé en la Comisaría 16ª.

A la 16 me vino a buscar un patrullero de provincia que me llevó a la 1ª de Quilmes. Me dejaron como tres días, porque hubo un feriado o un paro, no me acuerdo bien.

Estaba en un calabozo con varios presos. Tenía once años. Al principio estaba muerto de miedo. Pero todos me tiraron la mejor onda. Ahí empecé a fumar. En realidad ahí empecé a fumar de todo. Me trataban bien, me cuidaban, me daban de su comida. Hacía tiempo que no vivía eso. Al mediodía traían una vianda del Estado y a la noche traían la comida de los familiares, y como yo no tenía, me compartían. También empecé a hacerme como el que robaba. Me quisieron tatuar, pero me dieron mucho miedo las agujas.

Tres días después me llevaron a Tribunales. Fuimos en un celular. Me esposaron y me sentaron solo adelante, porque atrás había otro esposado, un adulto. Me vino a ver la misma asistente social, pero al parecer ya no me quería. Me dijo que por mi culpa habían echado a todos del hogar, que había dejado la puerta abierta, que corría peligro el trabajo de mucha gente y un montón de cosas más. Me preguntó dónde había estado. Le conté que había estado preso en la comisaría. Ella no lo podía creer, pensaba que había estado en la cocina de la comisaría. Cuando le dije que había estado con presos casi que salió corriendo. Me quedé solo. A cada rato distintas personas abrían la puerta de la oficina, me miraban, cerraban la puerta, abrían la puerta, me miraban y cerraban la puerta. Uno de los que entró se quedó mirándome más tiempo que el resto y antes de irse me dijo: «Te diría que ni cuentes eso, porque vos sos menor de edad, no tenías que estar ahí y menos que menos con una población de adultos que te podría haber violado, ¿entendés?».

Al rato vino el secretario del juez, al que no había visto nunca. Me preguntó dónde había estado. «En la peatonal de Quilmes», le dije. Me volvió a preguntar y respondí lo mismo. Y me dio una

palmada. Se dio cuenta de que había entendido el mensaje de no contar que había estado en un calabozo con adultos.

Después al juez Cairo —mi juez de siempre— le dije que primero estuve detenido en la comisaría. «Eso me contaron, pero después te trajeron acá que es lo que corresponde», respondió sin querer ahondar en la situación. Supongo que en el expediente seguiría figurando lo de la peatonal. Después de esa charla nunca más lo vi a Cairo.

Me llevaron al reformatorio de Almafuerte. Estuve casi un año. Fue lo más duro de todo. Un tiempo muy difícil. Creo que ahí perdí la poca inocencia que me quedaba. Porque no es que sentías que estabas preso: estabas preso. La mayoría eran chicos menores que yo. Tendrían diez u once. Todos los pibes estaban judicializados. Y de ahí no te podías escapar. Era imposible.

Te mandaban a Almafuerte con la idea de que te quedaras dos o tres meses, hasta que se te fueran las ganas de fugarte. Y si todo iba bien, y veían que habías cambiado, capaz que terminabas en un hogar o se hacían cargo tus viejos —si tenías— y te sacaban de verdad. Cuando entré, obviamente, era el más nuevo. Pero, al final, cuando me fui, era el más viejo: todos se habían ido antes que yo.

Cuando empecé a estudiar, charlaba mucho con una psicopedagoga del Almafuerte. El clic se produjo el día que me dijo: «Vos no servís para estar preso. Si seguís este camino, cuando vayas a una cárcel vas a terminar siendo la mujer de todos los presos».

En el reformatorio los castigos eran de diferentes tipos. Uno era dejarte sin comer. Era un castigo terrible, sobre todo para mí que comía mucho; si podía comerme la comida del otro, lo hacía. Otro castigo peor: mandarte al buzón. Un cuartito en el que te dejaban las veinticuatro horas, sin ventanas, con una luz muy fuerte para que no pudieras dormir.

Nunca me quedó claro si no intenté huir por lo que me dijo la psicopedagoga o porque me parecía imposible. Sabíamos que algunos mayores se habían fugado, pero no supimos cómo habían hecho. Pensábamos que había guita de por medio. Otra no quedaba. La única forma de irme de ahí era con buena conducta.

No sé si me porté tan bien, pero yo había entendido que no soportaba más estar ahí y volví a prometer que si me mandaban a un hogar no iba a volver a huir. Había entendido que estar detenido era terrible y prometí portarme bien. Yo no veía tan mal estar en un hogar.

Después no pude cumplir con eso.

Entre el reformatorio y la fundación estuve en dos o tres hogares más. Eran semicerrados. De todos me fugué.

Violencia en el reformatorio

Salí de Almafuerte hacia otro reformatorio, pero con un régimen más leve. Los reformatorios no son como los hogares, son lugares muy diferentes. A un hogar llegás por algún problema familiar, hasta que se resuelve un tema judicial o porque tu familia decide dejarte ahí. A un reformatorio siempre llegás por algo grave. En mi caso, por la reiterada fuga de hogares. Nunca me imputaron ningún otro delito.

El día en un reformatorio empieza a las seis y media cuando prenden todas las luces. Tenés unos pocos minutos de modorra en los que te acomodás y te despabilás. Antes de las siete menos diez ya hay que estar vestido, con la cama hecha y parado en la salida esperando que te den permiso para ir a desayunar.

Dormíamos en pabellones de acuerdo a las edades. Hay más cantidad de chicos de quince, dieciséis y diecisiete años. Ellos son los grandes y están separados de los más chicos. Yo, a punto de cumplir doce, estaba con los más chicos.

Durante el día la gran mayoría estudiaba en el mismo instituto. Venían los profesores, los alumnos no salían.

A mí me pusieron en un sector donde los chicos estaban estudiando. Me daban tareas puntuales de colegio, pero que no correspondían a ningún grado determinado. Los otros ya tenían grado. Yo seguía esperando mis papeles para ver en qué grado estaba. En un instituto no te creen lo que decís, podés jurar que estás en quinto, sexto grado, pero si no aparecen los papeles, es mentira. Te hacen una prueba, se fijan en los resultados y te dan tareas de acuerdo a lo que vos sabés.

Los chicos más grandes tenían talleres, los más chicos no. Estaba ahí como recluido, pero libre. El resto del día jugaba a las cartas o cosas así para pasar el tiempo. No lo pasaba tan mal, porque no estaba con los adolescentes.

Se escuchaba todo el día cómo se pegaban los adolescentes. Se escuchaban los golpes y los gritos. Era tremendo saber que estabas creciendo y que el paso del tiempo te iba a llevar a estar con ese grupo. Todos teníamos ese miedo. Calculo que estuve como unos siete meses ahí. Me avisaron de un día para el otro que me iba.

Varias veces habían venido a buscarme. Se trataba de gente que mandaba la Justicia para ver si yo podía dar más datos para poder encontrar a mis padres. Después fue con el tema del colegio, querían saber en qué grado estaba y dónde había estudiado. Y después fue para buscar el hogar en el que había estado antes, el último, para tratar de encontrar más datos míos.

No había una cronología de mi vida, de dónde venía o dónde había estado. No había nada de eso registrado judicialmente.

Al final, creo que simplemente decidieron que no tenía que estar más ahí. Me trasladaron para declarar. Me preguntaron cómo estaba ahí, si me llevaba bien con mis compañeros y todo lo demás. Nunca supe para qué.

Pasé por otros hogares por poco tiempo porque me volvía a escapar.

Volví a Lavalle y a jugar a los fichines. Así lo conocí a Gabriel Gersbach. Tendría veintitrés o veinticuatro años, vivía a la vuelta, en Esmeralda y Lavalle, en lo de su padre, y era un fanático del jueguito del tenis. No es que se quedaba muchas horas en los videojuegos, pero pasaba casi todos los días y se jugaba un par de fichas en el jueguito del tenis y se iba a su casa. Al parecer me veía muy chico y le preocupaba que anduviera en la calle. Así fuimos empezando a hablar y a conocernos. Siempre en los fichines. Una vez conocí a sus padres y fui a la tarde a tomar el té. No fui muchas veces a la casa, pero tanto Gabriel como sus padres eran muy buena onda conmigo. Gracias a que memoricé el número de teléfono fijo de la casa de Gabriel —todavía lo recuerdo—, un tiempo después lo volví a contactar en un momento muy difícil.

Una tarde me agarraron. De los fichines derechito a los Tribunales de Quilmes. En ese momento apareció el nombre de la Fundación Felices los Niños.

En un pasillo de tribunales me crucé al juez Cairo, que ya no era mi juez: «¿Otra vez vos? ¿Y? ¿Vas a ir a la fundación?», me preguntó. Me aclaró de nuevo que cuando cumplís doce años ya no sos más chico, y que eso significa una sola cosa: te meten con los adolescentes.

Era verdad. A los doce años cambia todo judicialmente. Si caés, vas a un reformatorio con los más grandes. Y recién tenés la salida a los dieciocho años. Seis años adentro.

En la fundación, de todas maneras, aunque no era un reformatorio, salías judicialmente a los dieciocho. Salvo que viniera algún familiar y se hiciera cargo. Pero si estás judicializado, no.

En el caso mío era el juez el que decidía sobre mi vida y él no me iba a llevar a su casa. Así que iba a estar hasta los dieciocho años dependiendo de él. El tema era cómo iba a estar y eso lo elegía yo. O eso creía.

En ese momento la fundación era como *el* lugar. La primera vez que la escuché nombrar fue en Tribunales. Nunca antes había escuchado hablar ni de la fundación ni del padre.

La psicopedagoga de Tribunales me hablaba de las oportunidades que tenía ahí, que había apicultura, decenas de actividades y que por lo que ella sabía de mí, iba a encontrar muchas cosas que me iban a gustar.

Te lo pintaban —todos— como un lugar de grandes oportunidades. Eso nos dijeron también los policías en el patrullero a los tres que nos llevaban a la fundación, en Hurlingham. Eran dos hermanos y yo. Ellos eran de la zona: el padre había querido matar a la madre y terminaron los dos judicializados. Uno de los hermanos era más grande, como de catorce, y el otro tenía nueve.

Esta vez íbamos en el patrullero sin estar esposados. Por la edad yo ya sabía que iba a ir con el de catorce. La policía nos iba contando más o menos cómo era el lugar y también nos decían que aprovecháramos la oportunidad de que fuera un lugar grande, tranquilo, con comodidades, que trataban bien a los chicos. Antes de

frenar el auto nos dijeron que esas oportunidades no se les presentaban a todos los chicos en situación de calle.

2

La Fundación

Bienvenido a la Fundación

Al llegar nos recibió Juan Domingo. Era el encargado general; después del padre Grassi venía él. Era su persona de confianza, su mano derecha.

Juan Domingo empezó a hablar. Yo me distraje mirando el terreno, que era enorme, con varias construcciones. Juan Domingo les explicó delante mío a los hermanos cómo iba a ser todo. Les aclaró que no iban a estar en el mismo edificio por la diferencia de edad. Pero que los dos iban a estar juntos en las actividades, en los momentos de juegos, que se iban a ver todo el tiempo.

Conmigo fue muy diferente. Conocía todas las fugas de hogares que tenía encima. Sabía todo. Y fue pura amenaza: «Acá está todo bien, pero a la primera que te mandás, yo hablo con el juez y terminás en un instituto». Automáticamente vi el poder que tenía sobre todo. Le creías de inmediato. Al lado estaba parado un celador, como si fuera testigo de la charla.

Nos subimos a una camioneta que recorrió la fundación para dejarnos a cada uno en nuestro lugar. Entramos todos a un edificio que estaba cerca de la entrada. Era el que se veía a lo lejos, calculo que a unos cien metros. Un edificio increíble, espectacular. Después supe que era donde se alojaba a los menores y el que visitaba la gente los fines de semana. Era el que después se terminó con la plata que le dieron del programa de Susana Giménez. Tenía un nivel muy superior, nada que ver con el resto. Remoderno y con detalles de lujo. Las ventanas y las puertas todas perfectas. Era lo que

siempre mostraban en la tele y en los diarios. Le presentaron al chico más chiquito a una señora y lo dejaron ahí.



De ahí seguimos hasta la casa donde iba a estar. Estaba a unos doscientos metros de la otra y el camino era por un bosquecito. Parecía que estábamos en el medio del campo, no en Hurlingham. Era una casa chiquita, no grande como las otras. En la parte de abajo había un gran comedor que también servía de salón, el cuarto de los chicos, el de los celadores y pegado a este, el de los adolescentes. Una escalera llevaba a la oficina del padre y pegado estaba su dormitorio.

Yo quise llegar como normalmente uno debe llegar a estos lugares para que te respeten, como había aprendido en esos años. Como no venía muy respetado en varias experiencias anteriores, ni bien llegué traté de adueñarme de una cama que no fuera la que me habían asignado.

La habitación era mucho más chica de lo que me imaginaba. Tanto me habían hablado de la fundación que yo esperaba otra cosa. Esperaba que todo fuera como el primer edificio. Enseguida busqué a alguno como para empezar una pelea, que era una forma de entrar diferente, pisando fuerte, porque todos me miraban raro al principio. Supongo que porque entramos en patrullero, algo que no era común. Ellos no sabían que para mí sí lo era. Le pegué a uno, se armó pelea y creo que le gané; pero vinieron los más grandes, que eran como cinco o seis, y uno me metió una piña y me sacó de ahí. Resultó ser un celador. «Mirá enano: acá no es así. Ahora cuando

venga el padre se va a enojar porque se va a enterar de estas cosas. Así que preparate», me dijo.

Pasaron un par de días hasta que conocí personalmente al padre Grassi.

Como llegamos a la fundación al atardecer, al toque se hizo de noche y había que cenar. El celador que me había separado me llevó al comedor. Me mandó a un rincón de la mesa que era extremadamente larga. Apenas terminamos de comer, me indicó dónde tenía que dormir. Me acosté y me dormí de inmediato. Dormí hasta el otro día. Hacía mucho tiempo que no agarraba una cama.

Recién a la mañana pude ver bien dónde estaba. Era como una galería de seis por cuatro, o un poco más, pero no era parte de algo. Era todo un gran ambiente. Había camas, no cuchetas. Era una casa pero sin cerraduras. Tampoco había rejas. Los adolescentes salían y entraban cuando querían, hasta los chicos a veces acompañaban a los adolescentes, mezclándose. Era superraro eso. Pero había celadores.

En ese lugar donde me destinaron dormíamos doce o quince chicos. En las habitaciones de los adolescentes, que podían tener hasta diecisiete años, dormían seis o siete, pero en cuchetas. Ellos tenían otro régimen, podían hacer cosas que a los chicos no nos dejaban. El resto estábamos en el salón grande, el que tenía nuestras camas.

La gran mayoría de los chicos eran los de mi grupo, los que teníamos entre once y catorce años. Había otro cuarto más que era para el celador que nos cuidaba de noche, para que se recostara mientras vigilaba. Supuestamente no debía dormir, pero mil veces lo vimos durmiendo.

Esa primera mañana, al despertar no había nadie. Estaba solo. No entendía nada. Había dormido un montón porque estaba muerto. Si me quisieron despertar, ni me enteré. Era muy raro que no hubiera nadie. Después supe que se habían ido todos a la escuela. Me levanté, pero ni sabía qué tenía que hacer. Al rato apareció un celador, me trajo ropa y me dijo que me tenía que duchar y cambiarme. Yo tenía una remera muy linda que me habían regalado que me encantaba; la entregué con muchas dudas porque no quería

perderla. Me dijeron que me quedara tranquilo, que la lavaban y me la devolvían. Pero no fue así. Lo más grave no fue haber perdido mi única remera, fue darme cuenta de algo peor: desde ese día supe que en la fundación no se podía tener nada propio.

En los demás hogares vos tenés que cuidar tu ropa, tus cosas, tus pertenencias, porque eso es tuyo, es muy importante aprender a cuidar lo que tenés. Si no llegás con nada y no tenés familia, te van dando cosas y tenés que cuidarlas. Acá no era así. Fue muy chocante para mí. Tus cosas no son tus cosas. No tenías nada tuyo: nadie tenía nada. Solamente los adolescentes tenían su *locker*, pero los chicos no podíamos tener ni siquiera fotos de alguien porque no había dónde ponerlas. Igual yo no tenía fotos de nadie.

También te cambiaban de cama según cómo te portabas. Tu cama tampoco era tu cama. Si te portabas mal, no podías estar en la zona del medio. Te ponían en la punta, cerca de las habitaciones de los adolescentes, para que el celador te escuche.

Los grandes, es decir, los adolescentes, tenían ropa propia y podían poner fotos de la familia. En realidad, eso suponíamos. No sabíamos bien qué podían y qué no podían hacer los grandes porque no nos dejaban entrar al cuarto de ellos.

Pero ellos sí podían entrar a nuestro cuarto. Y eran los únicos que te podían pegar sin que hubiera quilombo después. Porque si vos te peleabas con alguien de tu edad, ahí sí había consecuencias. Pero con ellos no, porque eran como superiores nuestros. Nos mandaban. Los celadores eran, obviamente, la última palabra. No eran especialmente malos. En general, era gente que no quería que le rompieran las pelotas. Era su trabajo. Y uno buscaba hacerse amigo del celador para tratar de pasarlo mejor, de evitar castigos.

Al que más recuerdo es a Chopper. Era uno grandote, medio *rolinga*, superautoritario y con el que no se jodía. Fue el que empezó a llamarme «Mayonesa» o «Mayo» por el color de mi pelo. Varias veces tuve problemas con él. Yo todavía no tenía una rutina como los demás.

Todos iban a la escuela y a talleres, yo seguía esperando que aparecieran mis papeles para ver en qué grado me ponían. Mientras tanto, no iba. No tenía nada para hacer. El segundo día me llevaron

a la escuela para hablar con el director. Creo que se llamaba Raúl. Me preguntó sobre mi pasado escolar y yo le hice un resumen de mi vida, que pasé por un montón de hogares, que venía de un instituto. Estaba sorprendido porque era muy raro para alguien de esa edad haber estado en un instituto. Me dijo que estaban esperando mis papeles, que mientras tanto me iban a tomar una prueba y el padre iba a decidir a qué grado iba a ir. Otra vez el que mandaba era el padre.

Con el director estaba una mujer que hasta ese momento no había dicho nada. Era Julia Pellegrini, que rápidamente se transformó en una mujer muy importante en mi vida. Ella me contó quién era el padre y me hizo un resumen de la fundación.

La escuela era provincial, pero estaba dentro del predio de la fundación. Yo veía que había chicos que salían y entraban; al principio pensé que eran de ahí y que los llevaban a otro lado porque siempre se movían en el colectivo de la fundación. Lo primero que pensé fue que yo en algún momento también podría subirme a ese colectivo y salir. Estuve tres días yendo de la casita a la escuela, pero me quedaba en la oficina de Julia porque no tenía grado asignado. Ella se tomó el tiempo de explicarme cosas que ningún adulto había tenido ganas de explicarme. Fue muy generosa. Siempre fue así. Me quedaba dibujando y acompañándola todo el día. Ella me contaba cosas, las cosas que hacía, y me preguntaba sobre mi vida. Cuando tenía que salir de la oficina para ir a alguna de las aulas, me pedía que la acompañara. Así fui conociendo toda la fundación con ella. Esos tres días fueron muy lindos. Ya no pensaba permanentemente en escaparme. Me sentía muy protegido con ella.

Al tercer día conocí al padre. Juan Domingo me llevó a hablar con él. Él era el único que le decía Julio: le encantaba mostrar esa exclusividad.

El padre dormía arriba, donde tenía su cuarto y su oficina. Abajo tenía como una oficinita pequeña, siempre cerrada cuando nosotros estábamos. No sabíamos qué había adentro. Estaba frente a un baño grandote, con las tres duchas donde nos bañábamos y cuatro inodoros. También había una cocinita para hacerse un té o algo así. Porque al padre no le cocinaban ahí. La comida se la traían de la

cocina grande que quedaba a unos cien metros. Cuando él quería un té o algo simple, se lo preparaban en ese lugar. Siempre tenía alguien que lo atendía. O llamaba y le traían cosas. Él no se hacía nada.

Con el paso del tiempo, ibas sintiendo que poder atenderlo o que él te eligiera para que lo atendieras era un privilegio.

Conociendo al padre

Estaba en la escuela cuando Juan Domingo me mandó a llamar para que fuera a la garita de seguridad, que estaba en la entrada del predio. «Vení, Mayonesa», me dijo, me hizo subir a una camioneta y me llevó de vuelta la cuadra y media que separaba la garita de nuestra casa, donde también estaba la oficina del padre. Aunque todo quedaba cerca, él siempre se movía en vehículo. La casa estaba vacía porque todos estaban en la escuela.

El padre se encontraba en la oficinita de abajo con uno de los adolescentes y nos dijo que subiéramos a su otra oficina. Subió detrás de nosotros y nos atendió arriba. Me saludó con un beso, me sonrió y comentó algo con Juan Domingo que no entendí; parecía como un código entre ellos. Supuse que era algo de lo judicial. Me dijo que me portara bien y que iban a tratar de ayudarme con el tema de los papeles para que pudiera ir a la escuela, que no podía no ir a clases. Sentí que el padre tenía mucho poder. Ya había escuchado de su poder por los demás pibes, pero cuando lo vi me di cuenta de que realmente era así.

Hasta ese momento yo había creído que el que tenía verdadero poder sobre mi persona era Juan Domingo. Pero en ese momento entendí por qué siempre te amenazaban con mandarte a hablar con el padre si te portabas mal. Para los que podían salir los fines de semana, era el padre el que definía si salían o se quedaban. Tenía tanto poder que era capaz de conseguirte los papeles en los juzgados, el registro de los hogares donde había estado, la lista de las escuelas en las que había cursado. Y, por supuesto, el poder de decidir cómo iba a ser mi vida ahí.

A medida que fue pasando el tiempo, me di cuenta de que por eso todos terminaban queriendo hacer cosas para el padre. No era porque te había caído bien, era porque cada uno buscaba su manera de pasarlo lo mejor posible ahí adentro.

Que no encontraran mis papeles no estaba nada mal porque me permitía estar en todos lados menos estudiando o en los talleres. Hasta comía cosas que no comían los demás, como las galletitas que traía Julia y me convidaba cuando me quedaba en su oficina.

El primer fin de semana fue medio extraño. Se fueron casi todos, habremos quedado cinco o seis, todos judicializados. Era raro estar en un lugar tan grande: eran 62 hectáreas que le había donado el ministro de Economía Cavallo, me había dicho el padre. Algunos decían que parecía un club, otros un campo. Estaba acostumbrado a que nadie me fuera a visitar o a buscar el fin de semana, lo raro era tener toda la casa para mí y todo ese espacio para andar. Fue un fin de semana bueno, conocí un montón de lugares ahí dentro.

En un momento hasta terminé ayudando en la lavandería, cosa que supuestamente hacían los grandes. Me resultó divertido.



El celador mirón de los baños

Nos bañábamos día por medio, salvo que transpiráramos demasiado, el olor se convirtiera en insoportable y fuera imprescindible una ducha. Si no, día por medio. Traían la ropa para todos y las prendas que te tocaban dependían de cómo te portabas.

Había tres duchas, una al lado de la otra, sin divisiones ni cortinas: cero privacidad. Nos bañábamos de a tres. Salía uno y el siguiente dejaba la ropa sucia en un canasto y entraba a bañarse en la ducha que el anterior había dejado. Mientras te secabas, el celador preparaba la ropa que a él le pintaba y te la daba. A los que no íbamos a ninguna actividad fuera de la fundación o no recibíamos visitas, nos tocaba la peor ropa. A veces ni en el talle se fijaban. Dependía de las ganas del celador o del estado de las cosas que llegaban de la lavandería.

Chopper, el celador, siempre me castigaba con la ropa. Me vestía como a un payaso y yo me tenía que hacer el boludo. Era un tipo raro, se hacía el roquero y el machito, pero todos estábamos superincómodos porque cuando nos bañábamos en vez de ponerse de espalda frente a las duchas como hacían los otros, se quedaba mirándonos —demasiado para mi gusto— y me decía: «Lavate bien el culo y lavate bien la pija, Mayonesa».

Él odiaba que yo tuviera actividades diferentes a los demás chicos porque todavía no llegaban los benditos papeles. Y creo que además me odiaba porque Julia Pellegrini, la vice de la escuela, me quería y me pasaba todo el día con ella.

Clima de terror

A la semana de haber llegado hice la prueba para saber a qué grado iba a entrar. Julia me pidió que no contara que en algunos hogares me había salteado grados o directamente no había ido a la escuela. Me explicó que eso me iba a complicar y que terminaría yendo con chicos muy chiquitos. Me prometió que si me esmeraba, ella me iba a regalar un libro.

Me tomaron una prueba de lengua y matemática, supongo que una cosa bastante básica. Ella me dijo que podía llegar a estar en quinto grado, y que mis compañeros no serían tan chiquitos. Era casi el grado que me correspondía. Confirmé que tenía buena onda conmigo, que era muy seria cuando me hablaba, pero siempre buscando cosas buenas para mí.

Como a los dos o tres días tuve una pelea en el salón con un pibe de afuera de la casa. Había pibes que iban a la escuela en la fundación pero no vivían ahí. Ellos tenían su familia afuera. Te miraban mal, como que por ser del hogar éramos inferiores. Me calenté porque uno me dijo algo y se armó la pelea. En esa pelea descubrí una oportunidad relinda: Julia me rescató al toque, me sacó del salón hasta que me tranquilizara y después me llevó a su oficina, donde pasé toda la mañana con ella. Al otro día medio como que armé un roce con el pibe tratando de que eso me llevara otra vez a pasar la mañana con Julia. ¡Pero lo mandaron a él a dirección en lugar de mandarme a mí! Creo que esto jamás se lo conté.

Finalmente, entré a quinto grado.

Después de que terminaba el día de clase volvíamos a la casa. Lo pasaba mal ahí adentro. Siempre había peleas y puterío. La ropa siempre jugaba un papel importante en esas peleas. El mundo se dividía entre los que recibían ropa linda y los que recibíamos ropa fea.

Después, la pelea por la cama. Cuando terminábamos de comer, la cama era del primero que la agarraba. «Que yo acá no duermo», «que te pajeaste», «que tengo que dormir en esa cama toda sucia». No respetaban nada. Otra vez: nada era tuyo. En las comidas, lo mismo. Nadie tenía un lugar propio donde sentarse siempre, era correr y sentarse donde se podía o en el lugar que quedaba.

Todo eso generaba un clima de terror y conflicto permanente. Cualquier cosa cotidiana provocaba peleas: el baño, la cama, la mesa, la ropa.

El primer taller al que me llevaron fue el de apicultura. En los talleres había cosas que estaban muy bien encaminadas, profesores que le ponían toda la garra, pero también había algunos que no querían hacer las cosas. Esos talleres se nos hacían pesados.

Empecé a notar que eran más copadas las horas que pasaba en la escuela que las que pasaba en los talleres o en la casa.

Se hacía pesado estar todo el día adentro de la fundación. Al poco tiempo me di cuenta de que yo también quería salir, no me quería escapar, pero sí salir. No era que quería algo en especial. No quería sentirme otra vez encerrado. Las cosas básicas, como que voy y vuelvo dentro un rato. Era eso. Me preguntaba todo el tiempo por qué casi todos los chicos podían ir y volver y yo no.

Mi primera salida

Extrañaba el vicio de la calle.

Extrañaba los fichines, extrañaba comer pizza. La comida no era demasiado rica o variada en la fundación. En la calle nunca me intoxiqué como cuando nos intoxicamos con los alfajores de Maradona en la fundación. Habían donado un montón de cajas de esos alfajores que tenían al Diego en el paquete. De entrada vimos que tenían hongos, pero cuando avisamos, nos hicieron cortarle esa parte. Al principio no pasó nada, pero con el correr de las semanas empezamos a descomponernos casi todos, con unas diarreas tremendas.

Yo todavía no había tenido una mala experiencia en la calle, entonces extrañaba esa libertad. Por eso empezaron los primeros conflictos grandes, por el tema de las salidas.

Empecé a chocar más con los chicos grandes, y me enteré de que muchos no se iban los fines de semana, porque descubrí que se iban con Grassi, los llevaban a algún evento o alguna cosa. No sabía bien adónde los llevaban, pero lo importante era que te sacaban y seguro que era mucho más lindo que irte a tu casa. Sobre todo si no tenías una casa. Descubrí que la parte linda de juntarte con los adolescentes era que estabas mucho más cerca de poder salir a algún lado.

En uno de esos primeros fines de semana, Julia habló para ver si me podía sacar y llevarme a su casa. Era un sábado por la mañana. Le dijeron que yo no me portaba bien, pero ella les decía que era porque nunca había salido. Juan Domingo se opuso con firmeza. Dijo

que no era conveniente que yo saliera y que si salía con ella y me fugaba, la única responsable sería ella. Julia se dio vuelta y me preguntó delante de él: «¿Te vas a fugar?». Yo, obvio, respondí que no. «Yo me hago responsable», le dijo mirándolo a los ojos.

Julia no se detuvo y se fue a hablar con el padre para que nos diera el permiso. Nadie salía sin su permiso, ni siquiera si los venían a buscar los padres. Para conseguir el permiso, primero había que pasar por Juan Domingo. Él los hacía, el padre los firmaba.

Si Juan Domingo no quería hacer el permiso, no salías. Juan Domingo me odiaba, un odio enorme. Creo que porque él sabía que me caía mal y pensaba que me iba a fugar.

Pero Julia se la rejugó por mí. Los terminó convenciendo. Ese fin de semana me llevó a mí y a otro chico más a su casa. Con el otro pibe no nos llevábamos. No había un tema ni de buena onda ni de mala onda. Él tenía un retraso madurativo, lo único que teníamos en común era que los dos éramos chiquitos de tamaño para la edad que teníamos. Las peleas entre nosotros eran por la ropa, por los pocos talles chicos que quedaban.

Íbamos a dormir ese sábado en casa de Julia y el domingo volveríamos más temprano que el resto de los chicos para que no nos vieran llegar. Julia regresaba el lunes para trabajar y no quería que nosotros entráramos con ella al hogar y que nos vieran, porque era la vicedirectora de la escuela. Nos pidió que no dijéramos nada, que nadie tenía por qué enterarse, y que era mejor así para que los otros chicos después no nos miraran mal.

Cuando nos íbamos, sin que Julia se diera cuenta, Juan Domingo nos dijo: «Miren que la casa de Julia es muy linda, espero que no se vengan con cosas de allá para acá». Y después se dirigió solo a mí: «Vos ya sabés cuál es tu camino si falta algo en la casa de Julia».

Y fuimos a la casa. Fue supercopado el fin de semana, la casa era muy linda, como dijo Juan Domingo. Se notaba que la familia de Julia estaba medio rara con estas visitas. Onda: ¿qué hace trayendo a casa a pibes que por ahí se escapan? Nosotros estábamos medio como sin saber cómo ubicarnos con su familia. Yo siempre traté de pasar desapercibido, toda mi vida lo hice así. Llamar la atención siempre te juega en contra, y yo ya llamaba la atención por el color

de mi pelo. Entonces me pareció que eso era lo más copado: como que si estoy o no estoy no cambia nada. Me dediqué a no llamar la atención. El otro, el Lechu —se ganó el apodo por los ojos saltones de lechuza que tenía—, se lo pasó tocando todo y no paró de hablar. Me gustaba eso porque me hacía quedar mejor a mí, aunque me sentí bastante hijo de puta. Pensaba que cuando nos fuéramos, todos iban a hablar bien de mí, de lo bien que me portaba, y del desastre que era el Lechu.

Cuando nos fuimos, el domingo, fue el gran problema. En el cuarto donde dormimos había una colección de autitos y otras cosas. Y el Lechu se quiso llevar un par de autitos y yo no lo dejé. Nos empezamos a pelear mal. En ese momento no lo pensé, pero después me di cuenta de que lo hice por Julia. Ella fue la primera persona en mi vida que se arriesgó y confió en mí. Si Juan Domingo se enteraba, seguro me mandaba a un instituto. Pero ni pensé en él en ese momento.

A los pocos días en el colegio descubrí que el Lechu se había afanado un patito de adorno de lo de Julia, era una boludez, no parecía algo de valor que pudiera vender.

Entonces fui y le dije a Julia: «Yo no quiero tener problemas con vos, pero Juan Domingo nos dijo a nosotros que no toquemos nada de tu casa y el Lechu se llevó algo». Le dije que no me gustaba ser buchón, pero que yo no había sido, y que si ella decidía que después de eso no me iba a llevar más a su casa yo lo iba a entender. Creo que ella lo entendió. «Gracias por contarme esto, Oscar», me dijo. Era la primera vez que alguien me llamaba por mi nombre ahí: yo era Mayo, Mayonesa, enano, dientón o conejo. Fue raro escucharla decir mi nombre.

Creo que todo cambió a partir de ahí. Desde ese momento ella me trató siempre muy francamente, y jamás sentí que sospechara algo de mí, que era a lo que estaba acostumbrado. Yo me quedaba un montón solo en su oficina, y me daba su cartuchera, que tenía un montón de cosas lindas. Por eso siempre trataba de armar algún conflicto en el salón para que me sacaran y me mandaran a lo de Julia. Yo era muy feliz con ella.

Después descubrí que si decías que te sentías mal, también servía. Te mandaban con la psicopedagoga, que era el camino normal que hacían todos. Le decías «me duele la panza» o «me duele la cabeza» y terminabas de nuevo en la casa sin chicos y solo con el celador. Eso era mejor que pelearse, porque no ponías en riesgo los fines de semana, aunque yo no los tenía. Era un momento en paz que no existía en la escuela. Supongo que como en cualquier escuela. Cuando volvían los chicos, el drama empezaba otra vez. Pelear por todo, por la comida, por la ropa, por quién se va a bañar primero, quién se va a bañar después, por cualquier cosa. Todo así.

Los fines de semana, tierra de nadie

Al padre no lo cruzábamos casi nunca en la semana. Los fines de semana eran su momento, y los que no salíamos veíamos cómo actuaba con la gente. Todos los domingos había una misa que era superimportante y la encabezaba él. Venía gente de afuera que no tenía hijos en la fundación pero que colaboraba. Gente de guita. Había buenos autos en la entrada.

La iglesia era increíble, sacada de películas, todo vidriado, una cosa extravagante, muy diferente de las iglesias que yo conocía. Con unas luces que nunca había visto en mi vida.

Había un celador que se llamaba Sergio que era extremadamente católico. La idea era que nosotros nos quedáramos el domingo dentro de la casa, pero él quería ir a la misa. «Mirá, si te portás bien, vamos hasta la lavandería, te vestís lindo y vamos hasta la iglesia. Pero portate bien, no vayas a hacer cosas, quedate cerca mío», me dijo un día. Fuimos y estuvo bueno, había mucha gente invitada que yo nunca había visto.

Me presentó a un par de personas que nos miraban con esa mirada que nosotros cada tanto habíamos visto en *Chiquititas*. A veces nos dejaban mirar algún programa en la tele, y yo veía a esa gente con la misma actitud, la misma mirada que *Chiquititas*: mirada de lástima. Hasta la caricia era como de *Chiquititas*. La caricia era mortal, fuera de este mundo. Al principio me gustaba, me caía bien; después ya no. Te miraban como si estuvieras en un zoológico, como

«vamos el domingo a mirar a los chicos que están encerrados en la fundación». En el zoológico de al lado debía pasar lo mismo.

Era gente pudiente, y la misa del padre era para toda esa gente. Después de la misa se iban.

Durante la misa el padre les contaba cómo iba el proyecto y entregaba una revista de la fundación. En el medio de la misa hablaba de los gastos que tenía y hacía una lista larga de lo que necesitaba. Yo no sé si técnicamente era una misa, porque hablaba nada más que de plata, como si fuera una iglesia evangélica. No era que pedía al final. No, no, toda la misa era contar todo lo que se había hecho y el destino que le había dado al dinero. Toda la misa se hablaba de esas cosas prácticas y no de religión. Pasadas tres cuartas partes de la ceremonia venía la parte que hablaba del cuerpo de Cristo, de por qué tenemos que ser buenos hermanos y todo lo demás. Y al final volvía con su tema preferido y pedía plata directamente.

Lo que se dice del padre

Absolutamente todos los chicos decían que era muy bueno, muy conveniente, relacionarse con el padre, porque te llevaba a lugares. En especial a la tele: todos hablaban de ir a la tele.

Hacer cualquier cosa que no fuera lo de todos los días ya era bueno. Ir al colegio, al taller y a la casa a escuchar las peleas, los gritos, era más de lo mismo. Salir un poco de eso, ver el mundo era lo que todos queríamos. Y además la tele era importante en la casa. Como con la ropa y otras cosas deseadas, la tele era usada como castigo por muchos celadores. No conocíamos muchos programas porque no veíamos tanto. Algunas veces como premio y, lo más habitual, los viernes. Entonces veíamos lo que daban ese día. Me acuerdo con claridad haber visto varias veces *Chiquititas*. Pero no recuerdo otros programas. La tele nos atraía mucho. Y ni hablar de lo que nos generaba la posibilidad de ir a la tele, a un canal.

El padre estaba siempre en la tele o en la radio. En su programa de radio o invitado en el de otros. Nosotros casi no lo veíamos en la fundación. Nunca supe bien por qué. Nos contaban de todos los

programas a los que iba, pero no nos ponían la tele para verlo. Lo que sí era una rutina era la ida a su programa de radio que era a la noche y se hacía en Capital, creo que dos veces por semana. Todos lo sabíamos y queríamos ir. Pero siempre llevaba a los mismos chicos. Algunas veces nos enterábamos de que a algún pibe se lo llevaban por la noche cuando estábamos todos durmiendo. «Fue a la radio», nos decían. Estaba buenísimo porque ese pibe no iba a la escuela al día siguiente, se levantaba al mediodía y solo iba al taller. Eso era lo que todos queríamos. Pero eran pocos los que iban y casi siempre los mismos.

Había dos camionetas Citroën iguales, una roja y una blanca; las dos destinadas al padre. Había una tercera que era la de Juan Domingo. Uno de los chicos, Flavio, ya sabía manejar. Creo que Flavio tenía edad para irse, pero seguía ahí, no se iba. Como manejaba, seguramente tenía dieciocho. Algunos decían que había repetido un año en la secundaria y todavía no había terminado el colegio. Él manejaba una de las camionetas y lo llevaba al padre. Cuando iban al programa de radio, iban en las dos camionetas. Flavio casi siempre hacía de chofer en la camioneta que usaba el padre. En la otra, iba el resto de los pibes, porque en una sola no entraban, que la manejaba el chofer del colectivo de la fundación. Era una camioneta chiquitita utilitaria sin asientos en la parte de atrás, donde solo podías ir sentado sobre el «asiento» que se formaba sobre la rueda.

Nosotros no teníamos idea a qué programas iba el padre solo o adónde iba durante el día. Sabíamos a cuáles iba con los chicos porque te lo refregaban por la cara al día siguiente. Y te hacían sentir que eras menos, que por algo no te habían elegido. Las salidas más usuales eran al programa de radio de él, al de Lita de Lázzari o al de Portal. Eran casi siempre en Capital, y eso lo hacía todavía más atractivo. Nosotros no teníamos idea de quiénes eran esas personas, ni nos importaba. La cosa era salir, ver el mundo.



A mí una vez me llevaron al de Portal, pero por entonces ni sabía que tenía un cargo importante en la fundación. Igual, Portal no estaba nunca en la fundación. Lo vi una sola vez un día de misa. Estaba rodeado de gente que lo conocía de la tele.

Algunos de los chicos que iban a la tele y a la radio estaban afuera de la fundación un montón de horas. Y eso era lo que todos queríamos.

Hay que estar cerca del padre

Era lindo salir, el viaje y todo lo demás. Pero la previa era de terror.

El que decidía quién iba siempre era el padre. No había ninguna otra persona que decidiera eso. Yo ya había pasado un par de meses largos en la fundación y estaba tratando de lograr salir, de ir a alguno de esos lugares con el cura. Pero el primer problema era que él no me conocía más allá de cuando me lo presentaron en el momento de mi llegada.

Yo estaba convencido de que ni me había registrado, entonces mi primer objetivo era por lo menos hablarle, que me mirara. Como era

chico y siempre había otros más grandes que se le acercaban, entonces ni me veía. Así nunca iba a poder hablarle. Funcionaba así. Cuando lo veías, tratabas de acercarte. Todos estábamos en la misma de que nos viera, de que nos hablara.

Como me quedaba los fines de semana adentro, empecé a conocer mejor a la señora que vivía ahí, que era la que atendía al padre, su persona de confianza, la que tenía la llave para ir a su oficina si no estaba, la que le lavaba la ropa y se ocupaba de sus cosas domésticas.

Se llamaba Tita y además era la encargada de la cocina de los chicos y de la panadería. Con Tita pegamos superbuena onda, era un amor de persona.

Mientras el marido trabajaba en el sector de mantenimiento de la fundación, su hijo, que tenía un caballo, hacía equitación en el predio. Empecé a pasar mucho tiempo con ellos durante los fines de semana. Era de alguna forma como escaparme de los lugares donde debía estar. El matrimonio siempre sacaba la cara por mí diciendo que ellos me habían llamado para que los ayudara en algo. No pasaba nada, siempre y cuando Juan Domingo no se enterara. Eso me daba un montón de libertad para andar por todos lados, siempre dentro del lugar. Me llevaba tan bien que me anoté en la panadería para trabajar con Tita. Me levantaba a las cuatro de la mañana todos los días para ayudarla.

Había dos adolescentes que trabajaban en la panadería por la mañana y después se iban a estudiar. Les pagaban por ese trabajo. Le propuse a uno de ellos trabajar por él aunque no me pagaran. No me importaba dormir poco, quería irme de ahí: todo me resultaba mejor que estar en la casa.

Había una competencia callada por acercarse al padre. Él esperaba que nosotros buscáramos su atención. Los que estaban cerca tenían beneficios evidentes.

Yo llegué al padre porque uno de los celadores le contó que me había quedado un montón en la cocina con Tita y se había hecho de noche y no aparecía. Cuando hicieron el recuento que se hacía antes de ir a bañarse, yo no estaba. Empezaron a preguntar y se dieron cuenta de que estaba en la cocina. Me mandaron a llamar. En ese

momento sentí que tenía poder. Como estaba con Tita, creí que no me podían hacer ningún problema. Pero el celador me bajó de un hondazo: «Mayo, cuando venga el padre vas a hablar con él, porque vos no te mandás solo, vos no podés estar en lugares porque se te da la gana. Si todos tus compañeros están acá, vos tenés que estar acá con ellos».

Estaba tranquilo porque yo estaba ayudando, estaba trabajando, entonces no iba a haber un gran problema. Me di cuenta, sobre todo, que era la oportunidad para finalmente hablar con el padre. Me quedé con el celador hasta la noche tarde, bien tarde, los demás ya dormían. Tuve que quedarme despierto hasta que llegara el cura. Nos quedamos en la habitación de al lado, donde el celador tenía una cama. Mirábamos la puerta de la cocinita en silencio, esperando que entrara por ahí el padre.

Primera vez a solas con el padre

Llegó después de medianoche con casi todos los adolescentes. Supongo que vendría de la radio o de la tele. Solíamos acostarnos temprano, así que era muy tarde para mí.

Apenas me vio, el padre me saludó. El celador se apuró a contarle que no me habían encontrado durante un rato y que estaba en la panadería.

Empezamos a caminar los tres. Pasamos a la oficina de abajo, yo estaba a un costado y el celador le seguía hablando; estaba enojado. Hasta que se fue el celador y quedé solo con él. Era la primera vez que estaba solo en su oficina. Me pareció un tipo rebuena onda. En la charla me dijo, con tranquilidad, que no me podía manejar solo por la fundación, que si estaba con Tita estaba bien, pero que Tita tenía que pedir permiso para que yo estuviera ahí, que él lo iba a hablar al otro día con ella.

Sentí que con eso terminaba la charla y quise aprovechar la oportunidad de hablar con él y le conté que yo no salía los fines de semana. Le dije que nunca había salido desde mi llegada. Me angustié de verdad mientras hablaba. No sé si fue del cagazo que me daba estar delante suyo o qué, pero me largué a llorar.

«Tranquilo, ya lo vamos a hablar. Vos tenés que demostrar que podés hacer las mismas cosas que hacen todos los chicos acá, porque si hay alguien que hace algo diferente, después hay problemas con los demás», me dijo con tono amable, tranquilizándome. Y se comprometió a hablar con mi celador para decidir si podía salir alguna vez.

A veces me pregunto si mi llanto no fue también para llamarle la atención, porque después me di cuenta de que todos hacíamos eso. Nunca sentí que él buscaba a alguien en especial, sino que todos terminamos buscándolo a él. También sé que estaba llorando de verdad, las lágrimas eran reales, no quería estar ahí. Sentía que se hablaba mucho del tema de que los pibes más chicos tarde o temprano iban a salir. Escuchaba que había un jardín de infantes y había una parte con bebés que vivían ahí. Todos ellos tenían salidas, salidas de verdad, para hogares de tránsito o se iban para siempre porque los adoptaba alguna familia.

Y ahí me aparecieron los doce años de nuevo. Esos malditos doce años. Porque en esa construcción moderna que estaba en la entrada estaban los más chicos. El hijo de Tita me había explicado lo de los doce años. A esa casa iban familias todos los fines de semana porque iban a ver cómo se enganchaban con los más chicos, para llevárselos en algún momento. Era parte del proceso de adopción. Pero a los de doce ni nos presentaban.

Yo venía con un dolor muy grande, un rencor hacia mi madre enorme. Al principio creía que el camino para sentirme bien era que me adoptaran, me ilusionaba, esperaba eso. Pero no veía a ninguna familia, porque a las familias les presentaban a los más chicos. Sentí que Tita era mi familia y empecé a buscarla a ella y a hacer todas las cosas con ella. Más que con Julia todavía.

Tita fue una de las primeras que me dijo que por más que pasara por ahí, por más que alguna vez me mostraran, nadie me iba a adoptar. En el momento la quise matar, me dolió muchísimo. Pero tenía razón.

Por ella supe que los que iban a adoptar tenían primero una previa en la casa de convivencia. Esa familia, después de que pasaba por varios trámites, de conocerte y de demostrar que se

llevaban bien, te llevaban a su casa y veían cómo era vivir juntos. Y si resultaba todo bien, te quedabas con la familia. Eso me contaron a mí.

En ese momento me di cuenta de que quería que Tita me adoptara. Eran todos muy buenos: ella, el marido y el hijo. Estaba muy cómodo con ellos y trabajaba en miles de cosas ayudándolos. Siempre me trataron y me hablaron como a un adulto, que era lo que yo quería. Tita era cariñosa conmigo, algo que no había vivido antes.

En un momento también me imaginé adoptado por Julia. Fui varias veces a su casa después de los primeros fines de semana. Pero sentía que al resto de la familia le resultaba un poco incómoda mi presencia, aunque igual eran cariñosos. Escuché conversaciones entre Julia y su marido. «No puedo entender que no tenga documento», le decía el marido. Era como que no me creía.

«¡No tiene documento. Voy, busco y no sale nada!». Ella se había ido hasta La Plata, había pedido licencia y se había ido sola a ver qué encontraba de mi pasado. A ver si había algún registro mío legalizado de adónde había estudiado. Tenía que haber algo. Pero no encontró nada. Tampoco sobre mi documento; así que era imposible ubicar a mi mamá.

No había nada mío. Nada de nada. No existía.

En un momento supe que no me iba a adoptar. Su hijo, con el que tenemos una diferencia de siete años o menos, no veía bien que llevara a alguien de la fundación a la familia. Me llevó un largo tiempo entender que él ya tenía su lugar en la familia y que mi llegada era imposible.

De alguna manera me las ingeniaba y en la semana estaba casi siempre con Tita y su familia, y muchos fines de semana con Julia y su familia.

Gracias a Julia y a Tita y su familia puedo decir que pasé lindos días en la fundación pese a lo que vino después. Y pese a que estaba siempre bajo las amenazas de Juan Domingo de que iba a terminar en un instituto. Yo sabía que como nadie me había adoptado, judicializado iba a estar siempre.

Creo que en ese tiempo empecé a notar cosas que antes no les prestaba atención. Empezaba a diferenciar al que te trataba bien de verdad del que te trataba bien porque te veía como pobrecito. Julia en eso era bien distinta a todos. Siempre trató de que yo creciera en todo sentido. Por eso para ella era clave no mentirme, no tratarme como a un chico, no tenerme lástima y hablarme como a un adulto.

A veces me decía cosas duras, como que no sintiera que la vida era así, que no siempre iba a ser un mantenido, que iba a crecer y que dejaría de ser un chico. Me insistía en que tenía que buscar una salida y no hacer lo que todos hacían.

La bandita

En las vacaciones de la escuela compartí más con los pibes, y nos fuimos armando un grupito. Ya no iba a la cocina porque como no había clases solo cocinaban para los que estábamos adentro. Y al no haber clases quedaban nada más que algunos talleres.

Yo seguía sintiendo que Tita me podía llegar a salvar. Y no la quería defraudar ni que se enojara conmigo por nada del mundo. Pero tampoco quería que los chicos me miraran mal, como a un protegido. Entonces me sumaba a todas las cosas de la bandita y aprovechaba otra vez mi tamaño para impresionarlos un poco.

En esos días estaba muy presente el tema de los puchos. Yo fumaba a veces, lo mismo que los otros chicos. El tema era cómo conseguir los cigarrillos. Fuimos a una obra que estaban haciendo —no me acuerdo de qué era— y como había un vallado les dije que me hicieran pie. Me metían por alguna ventana y les robaba todas las cosas que tenían los albañiles en los bolsillos de la ropa que habían dejado: los vueltos, los cigarros, el encendedor, lo que se podía. Y salía de nuevo por la ventanita y nos juntábamos por ahí a fumar un cigarrillo, como si fuera algo insuperable.

A veces era medio aburrido —o en realidad un problema— hacer esas cosas con ellos porque siempre nos descubrían por culpa de alguno. O a lo mejor yo sentía eso porque tenía más calle que los demás.

Telleldín

Los fines de semana, sobre todo los sábados, la fundación era completamente diferente. Los caminos, que eran de tierra mejorada, estaban completamente vacíos, y como había silencio en la escuela y en las casas, uno se daba cuenta de que estaba casi en medio del campo. Eran sesenta hectáreas casi todas llenas de bosque que nunca llegabas a conocer porque las construcciones estaban en el frente y unos quinientos metros después empezaba el monte. Había una calle principal, Gorriti, que era por la que se entraba. Una vez que ingresabas había un camino a la izquierda y otro a la derecha. Serían dos o tres cuadras. Y al fondo de la principal, después de cuatro cuadras, volvían a salir un par de cuadras a la izquierda y dos a la derecha. Nuestra casa y la escuela estaban sobre la principal. Los sábados, para los que nos quedábamos adentro —si no llovía—, eran para andar por ahí tirando piedras a los pájaros o a algún gato que se cruzaba.

Con el hijo de Carlos Telleldín nos hicimos bastante amigos porque él tampoco salía los fines de semana. Su papá estaba preso por algo de la AMIA. Yo no sabía bien por qué, aunque todos sabíamos lo que había pasado en la AMIA. Años después fue liberado y fue uno de los tantos abogados de Grassi. Con su hijo teníamos algo en común: no nos preocupaban demasiado las consecuencias de mandarnos una cagada. Todos vivían amenazados por Juan Domingo con que si nos portábamos mal no íbamos a salir el fin de semana. Ni él ni yo teníamos adónde ir, así que esa amenaza era como un chiste. Y en mi caso, si la que me sacaba era Julia, era muy difícil que Juan Domingo pudiera decirle que no.

Una de las cosas que más me divertía del hijo de Telleldín era su colección de tarjetas prepagas de teléfonos. Las tenía por el padre, que las usaba en la cárcel para hablar desde un teléfono público. Tenía un montón y a veces me regalaba alguna. No nos servían porque ya estaban usadas, y en la fundación tampoco había teléfono, pero las juntábamos como si fueran los tazos que venían en los paquetes de papas fritas.

Un sábado estábamos aburridos y le propuse ir a buscar Serenitos. La comida casi siempre era la misma, fideos o arroz, pero si llegaba a haber un Serenito de postre la cosa cambiaba. Era lo más rico que había probado en mi vida. Aunque casi nunca nos tocaba. Lo mismo que con los alfajores de Maradona. No importaba si tenían hongos, les sacábamos esa parte y listo. Los alfajores no tenían fecha de vencimiento; los Serenito, sí. Pero nos habían dicho que esa fecha era medio verso, que no pasaba nada si los comías un tiempo después.

En el fondo del camino principal, detrás de la cocina, había un pozo en el que se tiraban cosas, y se juntaba mucha basura. Luego pasaba el marido de Tita con el tractor y se la llevaba. De las donaciones que llegaban a la fundación, a nosotros —los que vivíamos ahí— nunca nos tocaban los Serenitos. Entonces, revisando la basura, con suerte podías encontrar alguno vencido sin abrir o con la tapa apenas cortada. Yo era muy bueno revolviendo la basura, y como a Telleldín también le encantaba el Serenito, se prendió. Todavía no le teníamos miedo a las descomposturas que nos agarramos después por comer esas cosas vencidas, ni imaginaba que alguna vez terminaría en una guardia retorcido del dolor de panza.

Después de comer de la basura, agarramos piedras por el camino —las sacábamos del mejorado, que era una mezcla de tierra y piedras— y las tiramos para cualquier lado aprovechando que no había casi nadie y ya era bastante tarde. En un momento alguien nos gritó, entonces salimos corriendo y nos fuimos metiendo entre las casitas de los talleres que estaban sobre la calle principal. Terminamos en la iglesia, que estaba al fondo y siempre cerrada. El único que tenía las llaves era el padre y la abría solo los domingos. Decidimos escondernos un rato detrás de la iglesia y después pegar la vuelta para pasar frente a la casa de las madres solteras que ninguno de los dos conocíamos. Cuando nos estábamos yendo, casi nos tropezamos con un tremendo farol de esos de piso que iluminaba el frente de la iglesia. Largaba un montón de calor, era halógeno. Nos pusimos a escupir el farol. Estábamos al pedo y nos divertía como se freían las escupidas en el vidrio. Después de unas

escupidas, el farol explotó. No entendíamos nada. Tiempo después alguien me explicó que el vidrio se destempla y estalla. Nos miramos sin entender nada y salimos corriendo. Se ve que en el momento en que nos poníamos de acuerdo para qué lado rajar nos vio un celador y le avisó a Juan Domingo. A mí me reconocieron por lo rubio y a Telleldín por sus rulitos medio colorados. Juan Domingo nos mandó a buscar y una de las encargadas nos encontró entre unos vagones de tren que eran para un proyecto de no sé qué cosa. Como nos habían visto tirando piedras, nos acusaron de haberlo roto de un piedrazo. La verdad es que no éramos tan malos como para hacer eso a propósito.

La encargada de turno estaba furiosa. Y toda su furia la dirigía contra mí. Que cómo podía destruir algo de la iglesia, que no se puede ser tan jodido. Y decía todo mirándome a mí. A Telleldín ni lo miraba. Después entendí también quién era Telleldín: era un protegido. Varias veces nos habíamos peleado y nunca le decían nada a él. Era el único que podía irse algún día durante la semana. Quizá iba a la cárcel a ver al padre, no lo sé. Pero claramente tenía un régimen distinto. Cuando nos llevaban para lo de Juan Domingo, nos cruzamos con él, que estaba en su camioneta, y señalándome dijo: «Ahora vas a ir a ver al padre Julio». Tuve mucho miedo. La encargada me llevó a mí solo a la oficina del padre. Telleldín no fue.

Primeros tocamientos

El padre me recibió en la oficina de abajo. No la usaba mucho, era raro verlo ahí. La encargada me dejó y se fue. Estaba sentado atrás de un escritorio y había dos sillas del otro lado, como para los visitantes. El padre estaba serio y no dijo ni una palabra durante un largo rato. Me senté en una de las sillas.

Tenía esos anteojos grandotes, con mucho vidrio, que escondían un poco los ojos. Era fuerte su mirada, y como se venía el reto era difícil no tener miedo. Empezó a hablar. No levantó nunca la voz. Hablaba mucho más suave de lo que yo me imaginaba. Tanto que el miedo se me iba yendo. «No puede ser que hagas estas cosas, Oscar», me dijo. Nunca lo había escuchado decir mi nombre y

supuse que había leído en la carpeta que tenía en su escritorio. «¿Vos qué querés hacer en la vida? ¿Por qué te portás así? ¿Por qué no valorás que tuviste algunas salidas con Julia?». Le expliqué que no había sido un piedrazo, que no imaginábamos que escupiendo iba a pasar eso. Y también le dije que yo casi no salía, y que estaba seguro de que iba a terminar en un instituto. Ahora o el día que cumpliera dieciocho. Iba a ser así.

Él se sacó los anteojos y de golpe fue como que apareció otra persona. Cambió completamente su mirada, se transformó en alguien amigable. Se levantó y se sentó en la silla que estaba al lado de la mía. Sentí que lo había conmovido porque me había puesto muy en víctima para zafar de todo ese quilombo. Mi primera sensación es que le di lástima. Al verme angustiado, me empezó a contar la cantidad de lugares a los que podía llevarme si me portaba bien. Ahí me enteré de que él tenía un programa de radio. Y me dijo de ir al de Portal, al de Lita de Lázzari y a ver cómo se filmaba *Dibu* —que había visto una vez en la tele— porque él conocía a alguien que trabajaba ahí. Mientras me nombraba los lugares para calmarme, me empezó a tocar la pierna. Yo estaba con pantalones cortos. Al principio no me pareció raro porque entendí que era una muestra de afecto y además estaba muy copado con los lugares que iba mencionando. Pero me empecé a incomodar a medida que subía la mano y se acercaba a la entrepierna. Hasta que me paré de golpe y solo atiné a decirle: «¿Qué onda?». Él también se paró y siguió hablando de los lugares a los que podría ir si me portaba bien, como si nada. Yo no tenía muy claro la onda de sus caricias, pero me habían incomodado. Antes de despedirme me aseguró que podía ir al teatro a ver *Chiquititas* —otra cosa que habíamos visto en la tele— siempre y cuando me portara bien. De despedida me dio un beso que yo pensé en ese momento que se había tratado de un accidente. Fue un beso como en la mitad de la boca, como de esos que a veces pasan de apuro y uno corre la cara para el lado equivocado y después pide disculpas. Pero él no dijo nada. Y yo tampoco. Fue raro, pero yo estaba aliviado porque al final el reto no había sido nada y me iba con promesas de salir a lugares copados.

Chiquititas

Desde ese día traté de no meterme en quilombos y sobre todo estuve muy atento a que no me metieran en quilombos con los que no tenía nada que ver.

Una tarde nos dijeron que teníamos que empezar a ver *Chiquititas* en la tele porque en dos o tres días íbamos a ir al teatro. Yo no sabía mucho de *Chiquititas* hasta ese momento, porque además no estaba en el horario en el que podíamos ver tele. Varios de los chicos sí sabían, por sus hermanos o por gente de afuera, y estaban recontentos. A mí me alcanzaba con subir al micro y andar por Buenos Aires, por esos lugares que no recorría desde hacía tiempo. Y estaba bueno eso de conocer el teatro Gran Rex.

Dos días después —creo que era un viernes por la mañana— nos avisaron que ese día íbamos a ver *Chiquititas*. Estaban todos locos. Fue la única vez que no había elegidos. Fuimos todos, los veintidós adolescentes. Por la tarde nos dieron la ropa. Todos vestidos iguales y con ropa que nunca habíamos visto: una chomba azul y un jean para cada uno. Y zapatillas nuevas que nunca supimos de dónde habían salido. Parecíamos parte del elenco de otro programa de Cris Morena, todos perfectitos. Nos subieron a un micro escolar enorme —era un Mercedes 1114— y partimos para el Centro. Era muy raro ver la ciudad desde arriba. Hacía un montón de tiempo que no andaba por Corrientes y la vi distinta. No sé si por el tiempo que había pasado o por verla desde el micro. Cuando llegamos al teatro, el micro estacionó en la puerta, bajó el padre y nosotros nos quedamos arriba un montón. No sabíamos si pasaba algo o había problemas para entrar. Después de un rato apareció el padre, nos hizo formar de menor a mayor y de a uno —por supuesto quedé yo primero— para empezar a entrar. La gente estaba adentro, ya sentada y con la luz apagada. En un momento dijeron algo por altoparlante, prendieron las luces y empezamos a entrar para ocupar la primera fila que nos habían reservado. La gente no paraba de aplaudir y de gritar, y hasta había un camarógrafo que nos filmaba y gente que nos sacaba fotos.

De la obra no me acuerdo mucho. Era parecido a lo de la tele, pero como estaba en primera fila y era bajito, el escenario quedaba recontra alto y no pude ver mucho. Pero fue mágico. Sobre todo cuando bajó del escenario Romina, la hija de Cris Morena, que era divina. Eso no me lo olvido más. Hicieron unos efectos no sé si con agua o con qué, pero no la podíamos creer. Creo que la gente *flasheó* que nosotros vivíamos en un hogar tipo *Chiquititas* o mejor, y cuando salimos seguían sacándonos fotos y nos decían «¡qué lindos que son!». Con el tiempo me di cuenta de que el lugar en el que vivíamos no tenía nada que ver con el hogar de *Chiquititas*, pero a la vez sabía que había lugares peores.

Con el correr de las semanas me di cuenta de que la palabra del padre se iba cumpliendo. A las dos semanas me dejaron salir para pasar el fin de semana con Julia, mi madrina. Ella me retiró, pero fui a pasarlo a lo de la hija Mariana, que vivía en Constitución con Pablo Marchetti, uno de los que después hizo la revista *Barcelona*. Me acuerdo de que Julia me iba a llevar, pero a mitad de camino a la estación Hurlingham me dijo «No, no te voy a llevar». Me reasustó. «Quiero que vayas y vuelvas solo. Te voy a dar plata para el pasaje, pero sacá pasaje y que te lo piquen. Yo confío en vos». Fue muy rara la experiencia de viajar sentado hasta Constitución y con un pasaje en la mano y no ir cerquita de la locomotora como para colgarme cuando apareciera el chancho. El fin de semana con ellos también fue muy lindo. Lo acompañé a Pablo a su programa de radio a la madrugada —cerca de la Rural— y dormí en un cuartito que tenían arriba. Me sentía adulto.

Aparte de Julia no tenía a nadie afuera de la fundación. Como me acordaba el número de teléfono de Gabriel —el chico grande que había conocido en los fichines—, conseguí que me prestaran un teléfono para comunicarme con él y me fue a visitar dos veces. Fueron dos tardes, después del horario de clases, y se habrá quedado un par de horas. Y otro fin de semana nos dejaron salir y me llevó a comer un mediodía a un lugar relindo por Hurlingham. Me preguntó cómo estaba ahí, hablamos mucho de videojuegos y prometió venir a verme con la mamá que había sido muy cariñosa conmigo.

La promesa del padre de ir a la tele también se cumplió. Poco después de ese fin de semana nos anunciaron que íbamos a ir al programa de Lita de Lázzari en Canal 7. No sabía quién era, pero tampoco me importaba. Yo quería salir, pasar por los lugares en donde había estado cuando vivía en la calle y ver cómo estaban. También estaba bueno conocer un canal de televisión, pero era lo de menos. Esa vez también fuimos todos, el padre no eligió a quiénes llevar. Fuimos en las dos camionetas. A mí me tocó la que manejaba el chofer del colectivo, no la de Grassi que manejaba Flavio. Anduvimos por esos pasillos enormes que se veían en la tele. Nos hicieron entran a uno de los estudios y nos sentaron como en una tribuna bajita. Estábamos vestidos todos iguales otra vez, con ropa para la tele. La vieja entró y ni nos saludó. Se puso hablar con el padre y le decía: «¡Qué lindos que están! ¡Y hay uno rubiecito!». Nosotros no hablamos para nada en el programa, solo nos enfocaban y nos dimos cuenta de que eso pasaba cuando ella nos hablaba. Parecía bien jodida la vieja.

Sexo por todos lados

En mi memoria todo empezó de golpe, como después de un fin de semana. Quizá porque ya éramos grandes o porque queríamos parecernos a los grandes, todo era pito, pito, culo, culo, pito. Todo el tiempo. Es así: en un hogar se potencian todas las cosas, pero se potencian mal. Empezó el tema de los novios. Decían «este está de novio con tal», «este se lo coge a tal otro». Me acuerdo de Rodrigo, uno que era muy retraído, con unos ojos superverdes que yo pensé que iba a hacerme la pata porque era como que no entrábamos dentro del conjunto. Pero él tenía como una cosa medio de puto, y yo traté de separarme de esa situación para no quedar pegado. Me daba miedo que me empezaran a señalar como gay cuando yo no lo era. Rodrigo se quedó muy solo.

El padre lo quería un montón, pero creo que lo quería por eso, por esa situación de que lo dejaban solo. Él quería ser cura, su sueño era ser igual que el padre. Sabía mucho de él, de la fundación. Nosotros no sabíamos nada, no nos importaba.

Para todos, él y Flavio —que era uno de los adolescentes grandes — eran los que le chupaban la pija al cura. La mirada que teníamos en ese momento era que puto era el que se dejaba, no el que daba. El puto era el pasivo en nuestra mirada. Eso hacía que fuera muy importante no quedar como pasivo en ninguna situación de nada. Automáticamente dejabas de ser macho.

El tema de la homosexualidad no era bien visto por los chicos de la fundación y menos si eras un pibe que está judicializado, como lo era yo.

Durante mucho tiempo pensé que de Flavio lo decían por la bronca que él se hacía tomar. Se creía superior a todos, se cagaba de risa de las cosas que nosotros sufríamos, en especial de los que nos quedábamos sin salir los fines de semana. Se paseaba con cara sobradora mostrando la ropa que tenía, que estaba buenísima. Porque los cinco o seis adolescentes más grandes tenían derecho a tener sus cosas, su ropa. Pero la que tenía Flavio llamaba mucho la atención. Además tenía llave de su cuarto, algo que nadie más tenía, y manejaba una de las camioneta, era el chofer particular del padre. Todo eso, estábamos convencidos, lo tenía, lo conseguía, porque él *estaba* con el padre. No se nos ocurría otra explicación. Nadie los había visto cogiendo, pero todos lo decían. Eran, para nosotros, *los putos de la fundación.* Obviamente ayudaba que Flavio y Rodrigo fueran afeminados. Y sobre todo porque a los dos se los veía siempre con el padre. A los demás adolescentes más grandes no se lo cuestionaba de esa forma, nadie pensaba que eran parejas sexuales del padre a pesar de que algunos también tenían sus privilegios.

Nosotros ya habíamos entendido que los más grandes eran los elegidos.

A mí me parecía imposible que hubiera una situación de sexo en la habitación de arriba estando todos los chicos en el cuarto de abajo. No cabía en la cabeza de nadie. Quizá porque uno no podía imaginar un momento a solas con el cura teniendo sexo.

Lo que llamaba la atención era que las noches que los llevaba a la radio dormían arriba con él. Tenía unos colchones en la oficina y

llevaba a los chicos directamente arriba, supuestamente para no despertarnos.

Flavio y Fabián dormían seguido en la oficina de arriba. Había una cortina que los separaba de la cama del padre. Eso lo vimos después por la tele.

Cuando iba el grupo grande no dormían arriba porque no entraban y nos pedían que a la mañana no hiciéramos ruido para que siguieran durmiendo.

Si alguna vez el padre dormía solo con Flavio o con Fabián en su cama, detrás de la cortina, no podíamos saberlo. Porque la habitación de ellos tenía llave y no podías saber si había alguien durmiendo. Arriba no se podía subir si no era con Grassi.

A Flavio no se lo veía de mañana porque iba a una escuela fuera de la fundación. Venía a la tarde y a dormir, nada más. Mientras yo estuve, los únicos que dormían arriba con Grassi eran ellos dos.

En ese momento era imposible pensar qué pasaba entre el cura y ellos dos ahí arriba. Por más que todos hablaban de que se la chupaban y cosas así, en el fondo nos parecía imposible. Además me imaginaba que debería escuchar ruido de cama, gemidos o algo. Pero nadie escuchaba nada.

Clarín

TERCERA EDICION

UN TOQUE DE ATENCION PARA LA SOLUCION ARGENTINA DE LOS PROBLEMAS ARGENTINOS

Jueves 24 de octubre de 2002

Buenos Aires República Argentina Año LVIII Nº 20.392

Precio en Capital Federal y GBA: $ 1,30 • Recargo envío al interior: $ 0,30 • Uruguay: $ 23 • Brasil: R$ 6,00 • Paraguay: G$ 8.000

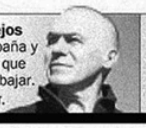
Precios de opcionales, en el índice de la página 2

Compra opcional

GRAN LIBRO CLARIN DE COCINA ESPAÑOLA | 11

El francotirador quiere dólares
►En una carta exige 10 millones para dejar de matar. Y trata a la Policía de "incompetente".
PAG. 37

Solá, allá lejos
►Vive en España y hace un año que no puede trabajar.
CLARIN ESPECT.



El conventillo cultural
►La Boca, Palermo y el Abasto tienen cada vez más edificios que albergan talleres de plástica.
PAG. 30

ESTA MADRUGADA LO DABAN POR PROFUGO

El cura Grassi, acusado de abuso sexual

►Es un caso que involucra a menores. Lo denunció en Telenoche Investiga un chico que ahora tiene 19. Grassi ya había sido acusado hace dos años en un hecho similar, pero no pudo probarse nada. PAGS. 26 Y 27

El sacerdote eligió una réplica mediática

►En vivo, en Canal 9, dijo que es inocente y que se entregará.

►LO VOTO EL SENADO

Derogaron por ley las jubilaciones de privilegio

►Alcanza a las de legisladores y funcionarios. Las ya concedidas siguen vigentes, pero con un tope de $ 3.100. La ley derogó también los regímenes especiales de jueces, obispos y diplomáticos. Duhalde vetará esa parte. PAGS. 8 Y 9

ESCENARIO
ISMAEL BERMUDEZ
►Puerta abierta para una catarata de demandas

►GOLPE CHECHENO

Toman 700 rehenes en un teatro de Moscú

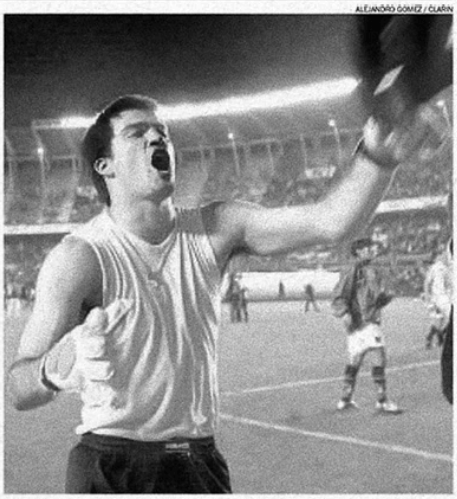
►Un comando de 40 guerrilleros asaltó la sala en plena función. Llevan cinturones explosivos de hombres bomba. Y minaron todos los accesos. Exigen la retirada definitiva de Rusia de Chechenia. El conflicto ya lleva 8 años. PAG. 22

AFP



CHICOS Y MUSULMANES FUERON LIBERADOS.

ALEJANDRO GOMEZ / CLARIN



San Lorenzo apuntó mejor ►Saja, el héroe de la noche, en el festejo final. Su equipo venció 4-3 en el desempate por penales y pasó a semifinales de la Copa Sudamericana. El arquero atajó uno y convirtió el último. Racing había ganado 2-0 en los 90 minutos. CLARIN DEPORTIVO

►MENEM RESPONDIO A DUHALDE

La guerra del PJ ya estalló en Diputados

►Los 38 legisladores menemistas crearon ayer un subbloque que no responde a la conducción duhaldista. Además, el menemismo amaga con no ir al Congreso del PJ que decidirá todo sobre la interna. PAGS. 3 A 6

►EN SALTA

Un piquete mortal para una enferma

►Una camioneta llevaba a una mujer de 63 años con un derrame cerebral. Los familiares dicen que insistieron dos horas para pasar. Fue inútil. Y la mujer murió. PAG. 28

FRASE DEL DIA **ANGEL DAVID COMIZZO**, ARQUERO DE RIVER PLATE: **"BOCA ES EL MEJOR RIVAL QUE NOS PODIA TOCAR PARA LEVANTAR CABEZA".** CLARIN DEPORTIVO

3

Los abusos

Depredador en acción

El primer abuso sucedió unas horas antes del que luego denunciaría en la Justicia.

No sé por qué me cuesta contarlo. Quizá porque debí haber huido de la fundación en ese momento y no lo hice. O porque después de eso no debería haber subido a la oficina. Porque si bien no la tenía tan clara, seguro que el cura se había excitado conmigo y algo iba a pasar si quedábamos otra vez a solas, y más en su oficina. De eso me doy cuenta ahora, pero pienso que en aquel momento quizá yo lo estaba buscando de alguna forma. Creo que por eso me cuesta contarlo. Supongo que ahora que soy grande lo veo de otra manera.

Mucho después me di cuenta de que uno buscaba el acercamiento a él. Porque el cura terminaba haciendo las cosas para que te acercaras, para que lo necesitaras. Ese era su mecanismo.

Estar cerca de él, ser parte de su círculo, te garantizaba una vida mejor. Te permitía tener un nombre, porque solo a los que estaban cerca de él los llamaban por su nombre y no por un apodo. También servía para conseguir ropa linda. Y sobre todas las cosas, que los que no teníamos familia pudiéramos salir aunque sea por un rato. Si eras parte de su círculo, salías.

Al poco de llegar, escuché que se comentaba que para ser elegido había que hacer algo con el cura. Algo de sexo. No le di mucha importancia pero me pareció muy raro, porque en los hogares normalmente no se hablaba de esas cosas. Pero ahí todos, de alguna manera, sabían lo que pasaba.

El sexo era algo que se provocaba en la oficina del cura. Creo —por lo que me pasó a mí— que todo pasaba adentro de esa oficina. Ahí él sabía si vos ibas a acceder o no. Era uno el que buscaba de alguna manera que te llamara a su oficina. Por un lado porque no sabías bien en qué consistía el sexo: yo tenía trece y era virgen, solo había tenido algunos escarceos con una chica. Eso sí, hablaba bastante con amigos y compañeros de ranchada en la calle.

Costaba imaginar una escena de sexo con el cura. El hecho de que fuera imposible imaginar al cura teniendo sexo con uno seguramente era suficiente para intentar pertenecer al grupo de los que tenían beneficios. Los que salían para ir a la radio o a la tele, tenían buena ropa, buena comida.

Tampoco tenía claro cómo llamarle la atención. Hacía lo que me salía, desde festejarlo y simular alegría cada vez que venía hasta preguntarle algo cuando estaba cerca o escaparme del celador para pedirle si podía ir con él. El objetivo era conquistarlo de la manera que fuera para poder salir de ahí.

Ese día me avisaron temprano por la mañana que yo iba a ir por la noche a su programa de radio, que era lo que él más valoraba. El celador me apartó de los demás; pensé que había pasado algo. «Portate bien porque hoy vas a ir a la radio», me dijo. En ese momento fue un golazo para mí.

El cura conducía un programa que duraba dos horas y se transmitía una vez por semana. Yo solo había ido una vez al programa de Lita de Lázzari al que el cura iba de vez en cuando, lo mismo que al de Portal y de otros más, y siempre llevando algún grupo de chicos de la fundación. Los que íbamos a esos programas no éramos todos del grupito de elegidos. Esos eran los que iban a su programa de radio.

Eran las siete o las ocho de la noche y había que bañarse. Como conté antes, nos bañábamos en tandas de a tres y a la salida nos daban la ropa que venía del lavadero. Pero nunca se sabía qué ropa te iba a tocar. Esa noche yo andaba con la ropa del último día que nos habíamos bañado, y me habían tocado unas prendas extremadamente feas. Pero feas de verdad, llamativas, como muy yanqui, con colores estridentes. No era como la que vestían los otros

chicos para ir a la radio o la tele. Las zapatillas las tenía hechas bolsa.

El encargado de la lavandería me miró de arriba abajo: «Mirá que los que van a la radio ya se están preparando para la salida… ¿Vos ya tenés tus otras zapatillas? ¿Te dieron tu otra ropa?», me preguntó. No me habían dado nada. Yo seguía con la ropa diaria, la fea.

A la radio o a la tele teníamos que ir vestidos todos iguales. Te daban unos jeans del mismo color y zapatillas que eran bastante nuevas. Un rato después el cura pasó cerca de los baños y vio que estaba vestido con la ropa colorinche y las zapatillas rotas. Se acercó y me preguntó dónde estaban mis zapatillas. «Como no fui nunca al programa de radio, nadie me creyó. No me dieron nada de la lavandería. Fui a buscarla y no me dieron nada», le respondí. Él se enojó mucho y me hizo subir a su camioneta blanca para ir a la lavandería, que quedaba como a unos trescientos metros.

En la camioneta, con el padre manejando y yo sentado al lado, fue cuando sentí por primera vez que era uno de los elegidos, que existía, que había llegado.

En la lavandería me pidió que lo ayudara a bajar unas cajas. En ese momento empezaron sus tocamientos con un montón de excusas sin sentido; lo hizo en varias oportunidades, como al pasar. Cuando yo agarraba una caja para bajarla de la camioneta, él me decía: «Te ayudo a que te acomodes», y pasaba una de sus manos sobre mi bragueta casi como agarrándome la pija. Repitió varias veces esos movimientos extraños, siempre buscando tocar. Ya no era un roce como en el primer momento: me tocaba el bulto, claramente.

El primer movimiento, la primera situación, podría haber sido casual, porque justo se quiso mover hacia atrás para dejar o buscar algo. Un accidente. Pero no. Después ocurrió de nuevo. Y un minuto más tarde cuando me pasó las cosas. Después apoyó otra caja justo encima mío y me volvió a tocar mientras me decía: «Esta es la caja que tenés que llevar». Ninguno de sus movimientos tenía lógica. Era solo apoyar su mano, rozarme, tocarme. Ni siquiera me miraba cuando yo lo miraba para tratar de entender qué estaba pasando.

No reaccioné. Dudaba, pensaba que podría haber sido sin querer y si yo le decía algo era probable que se enojara. No sabría explicar bien qué fue lo que me pasó.

Si la escena se veía de lejos no había nada raro, era el cura ayudando a uno de los chicos a bajar unas cajas de la camioneta. Pero me di cuenta de que en cualquier otra situación de mi vida me hubiera bajado de la camioneta, le hubiera pegado, habría hecho algo.

En el momento creo que algo llegué a notar, pero no sabía si estaba influido porque estábamos cada dos minutos diciendo que alguien era puto o por la realidad de lo que me estaba sucediendo. Tampoco entendía si eso había sido todo y ya estaba.

Para nosotros era renormal decirle puto al otro y cualquier cosa era *de puto*. Pero después estaba la realidad de cada uno. Y yo sabía que lo que estaba haciendo el padre no estaba bien.

Enseguida, como si nada hubiera pasado, me hizo entrar a la lavandería y reclamó la ropa para mí. La miró, me preguntó si era de mi talle y me la alcanzó. «Tomá, ponétela ahora, a ver cómo te queda», dijo.

Le dije que me iba a cambiar en la habitación, pero él me pidió que me cambiara ahí mismo. Sentí mucha vergüenza y miedo. Me cambié detrás de un mostrador chiquito que había y en dos segundos estuve listo sin que el cura me viera ni el calzoncillo.

Por fin tenía las Adidas que tenían todos los que iban al programa de radio del cura. Los que estaban cerca de él eran los que hacían uso de la donación de zapatillas que había hecho Adidas. «Te queda muy linda esa ropa. Nos vemos antes de ir a la radio», me dijo. Y se fue.

Cuando más tarde apareció el celador en nuestro cuarto, me sorprendió diciéndome que Grassi me quería ver. No sé bien qué hora era, pero me pareció que todavía faltaba un rato para ir a la radio. Pero como no había ido nunca, no conocía el mecanismo. No entendía por qué me llamaba a mí solo y tanto rato antes. Ya habíamos comido y yo estaba listo con la misma ropa que Grassi me había visto ponerme en la lavandería.

«El padre Grassi te quiere ver». Siempre era «el padre Grassi», no era padre Julio ni de ninguna otra forma. Todos sabíamos que ahí no se subía si no te llamaban.

El celador me acompañó, me dejó con él y bajó a cuidar al resto de los chicos. Era la primera vez que subía. Eran dos ambientes, uno más chico que otro. Entrabas por el más pequeño, donde tenía un escritorio. Era un espacio muy chiquitito. Había lugar para un escritorio, una biblioteca y el sillón de Grassi con rueditas y otra silla con rueditas pero más chica, donde me hizo sentar a mí.

En la biblioteca había biblias y otros libros. También estaba la colección de revistas de la fundación; la editaba con donaciones y ahí se supone que contaba todas las obras que hacían, siempre con fotos de él. Todo el tiempo nos mostraban las revistas para que viéramos «todo lo que hace el padre Grassi».

Apenas entré me sonrió, me llamó por mi nombre y me hizo sentar. Me dijo que él sabía que yo no tenía padre y que él quería ser como un padre para mí. Siguió hablándome por un buen rato de forma muy agradable.

Empezó a contarme cosas que sabía de mí; supongo que las habrá leído de mi expediente. Dijo muchas cosas que hoy no recuerdo, pero que en ese momento me resultaron muy lindas y me hicieron sentir cómodo.

Creo que era la primera vez que alguien parecía conocerme, que alguien parecía conocer cómo había sido mi vida, pero que no era juez ni policía. Yo seguía queriendo ser adoptado, aunque sabía que a esa edad era casi imposible, pero él era una persona muy importante y respetada, alguien que conseguía todo lo que quería. Iba a la tele, tenía su programa de radio, la fundación. Y ahora me estaba diciendo: «Quiero que me veas como a un padre».

Me acuerdo de que eso me emocionó mucho y casi me largo a llorar. Me emocioné porque él sabe hablar, sabe qué decir y cómo decirlo. En ese momento tuve la sensación de que podían cambiar muchas cosas en mi vida, porque además él tenía mucho poder.

Creo que estaba la parte cholula de uno: Grassi era una persona importante; venía gente de afuera a conocerlo, venían de la tele. Otra ventaja era que los demás chicos en la fundación vieran que

eras elegido por él. No era un celador o Juan Domingo. Era él. Y que él caminara al lado tuyo te cambiaba la vida.

Si bien ahora soy grande y pude comprender los mecanismos del abuso —el aprovecharse de las necesidades de chicos, muchos de ellos sin familia— todavía hoy siento que soy el culpable de lo que pasó.

Hay una parte grande de mí que siente que podía haber evitado lo que vino después.

El abuso que no pude impedir

En medio de la charla me pidió que me sentara en su falda. En ese momento, con todo lo que me venía diciendo, fue como normal, no lo sentí para nada como algo raro. Aún hoy siento que en ese instante fue normal sentarme en su falda, algo que imaginaba muy común con un padre o una madre. Yo no recordaba haber estado jamás en la falda de nadie. Aunque hoy, a lo lejos, lo vea como algo armado y destinado a lo que venía después, en ese momento no. Pese a lo que se escuchaba entre los chicos de la fundación y al manoseo de la tarde, nunca lo asocié con algo sexual.

Recién cuando me senté en su falda empezó a sentirse raro. Yo tenía un buzo porque estaba medio fresco y cuando me senté me metió la mano dentro de la remera y me tocó la panza. Esa sí fue una sensación rara. Una sensación más de mi cuerpo que de mi cabeza. Algo parecido a un escalofrío.

No lo rechacé, sino que fue como cuando se te hace algo en el estómago, una tensión incómoda que no pude esconder. Pero no de manera agresiva. Simplemente por el hecho de que alguien me tocara la panza debajo de la ropa era muy extraño para mí.

No sé cómo fue, pero ese momento específico me jugó en contra muchísimos años después. La situación de que me toquen la panza me volvía automáticamente a esa escena. Y me ponía muy mal. Hasta que no tuve una pareja de verdad, y por un tiempo largo, si me tocaban la panza se terminaba cualquier situación sexual.

Salí de su falda y volví a mi silla. Él me miró un poco raro, como que no podía creer que lo había rechazado. Pero siguió hablando con

su tono paternal. Entonces me dijo que estaba bueno conocerse entre hombres. Me dio a entender que yo ya era grande: eso me encantaba. Me preguntó qué experiencias había tenido, no sé qué le respondí. Sin que lo dijera, entendí que eran experiencias sexuales. Yo tenía trece y era virgen. Quizá le inventé algo, pero no recuerdo. A partir de ese momento me viene como un batido a la cabeza. Como Homero Simpson con los monos en el cerebro.

Pero aunque no me acuerde en detalle de esa parte de la conversación, tengo la sensación de que no hice nada para impedir lo que vino después. Porque aunque era virgen y no había tenido ninguna experiencia, en la calle se aprende un montón y yo tendría que haberme dado cuenta.

Esa parte es la que no quiero recordar, la que toda mi vida jugué a no recordar, pensando que si la borraba, de alguna manera no iba a sentir nada. Pero no, no es así. Debe ser porque no hice nada por impedirlo. O quizás hasta porque yo quería.

Todo llevaba a que uno buscara al padre. Por más que haya sabido muchos años después que ese es el mecanismo del perverso, hay una parte mía, una parte grande, que siente que lo podía haber evitado. Y por más que haya hecho tanta terapia, la culpa no se me va a ir.

En esa conversación que no recuerdo, en la que me hablaba de que los hombres tienen que conocerse, yo seguía sentado en la silla a su lado. También tengo recuerdos muy vagos de que me empezó a tocar todavía con el pantalón puesto. Me acariciaba de esa forma extraña, que no entendía.

Lo que sí recuerdo perfecto es que me empezó a bajar los pantalones y me dijo: «¿Querés que te la chupe?». Esa frase también resonó en mi cabeza por años, amplificada cada vez que en algún programa de televisión pasaban esa parte de mi testimonio. Porque aunque no se me veía la cara y me habían cambiado la voz, tuve que escuchar eso por muchos años.

Me quedé quieto y mudo. No reaccioné. Nunca lo había vivido, pero imaginaba de qué estaba hablando. Me quedé en mi silla y él en su sillón, pegado al mío. Él inclinado sobre mí chupándome la pija. Nunca se puso de pie ni me hizo parar a mí. Estuve quietito en

mi silla mientras él me la chupaba desde su sillón. No sé cuánto tiempo estuvo. No sé si fueron unos pocos minutos o un montón. Para mí fue eterno.

Recuerdo que tuve una erección, y eso también me pone mal todavía. Estuvo un buen rato chupándomela pero no eyaculé. Claramente no era la primera vez que lo hacía. Parecía que tenía calculada hasta la distancia del sillón a la silla. Después hubo como un parate —no sé si porque yo dije algo o reaccioné—, alejó un poco su sillón, me miró medio sonriendo y yo me subí los pantalones y me fui.

Creo que no dijo ni una palabra y que yo tampoco. Después entendí que el silencio era parte de las cosas que pasaban ahí adentro. Todo el mundo decía que había dos o tres que eran los novios fijos de Grassi. Pero a mí me parecía imposible que tuvieran sexo ahí y que nadie se enterara, que nadie escuchara nada. Hasta que me tocó a mí. Muchas veces nos quedamos escondidos tratando de escuchar algo, tratando de ver si cogían ahí en la oficina, pero nunca escuchamos nada. Y cuando me pasó a mí, lo entendí. Era un poco boludo pensar que la única forma de tener sexo es que hubiera ruido.

Mientras estuve en la oficina con él, no entró nadie ni golpearon la puerta. Porque esa era otra de las características: ahí solo se subía cuando Grassi ordenaba. No se iba a golpear la puerta a ver si te atendía. Ni siquiera se jugaba en esa escalera que daba a la oficina. Por más que estuviera cerrada la puerta o él no estuviera, no se iba para allá.

Bajé corriendo la escalera y abajo —ahí nomás— estaban los demás chicos esperando para ir a la radio, solo faltábamos Grassi y yo. Pasé delante de ellos y salí de la casa corriendo. La puerta estaba con llave, supongo que estaba puesta en ese momento porque nos teníamos que ir.

La huida

Y corrí. Corrí una banda. Corrí hasta los vagones de tren que estaban al costado de la escuela, los que iban a ser futuros talleres.

Me metí en uno de los vagones y traté de ver cómo iba a salir de la fundación; pensé que ya era tarde, que no había tren. Me encerré ahí porque sabía que me iban a salir a buscar. Decidí que tenía que irme en ese momento. Me sentí muy mal, sentí automáticamente que había sido yo el que había dejado que pasara eso. Tenía culpa. Mucha culpa. Estaba muy enojado conmigo mismo.

Además, por cómo me había comportado en la vida, era obvio que si yo decía algo nadie iba a creer lo que me había sucedido, y eso iba a provocar que terminara de nuevo en un instituto.

Yo sabía que él no se lo iba a contar a nadie y que todo iba a jugar en mi contra: a partir de ese momento cada cosa que sucediera iba a ser en mi contra.

Salir a la calle no era una opción. La del frente de la fundación era una cuadra muy larga y cualquier auto que pasara me iba a ver. Había visto varios casos en los que se había querido escapar alguno y lo agarraban enseguida; salían con la camioneta y lo subían.

Pero no cabía otra que irme. Hablar o denunciar era imposible. Y quedarme ahí, callado, no era opción. Además, quién sabe qué seguía después de eso con el cura. Así que no me podía quedar. Pero tenía que pensar cómo no terminar en un instituto.

Desde el vagón se podía ver la entrada de la fundación. Vi cuando Grassi salió en la camioneta para la radio con los chicos y también vi el auto del hijo de Tita que había salido a buscarme. Nunca supe si me buscaba porque se había preocupado o porque tenía orden de Juan Domingo de que me agarrara para llevarme a un instituto.

Me quedé escondido en un rincón del vagón y ni asomé la cabeza. Supongo que en algún momento me quedé dormido, porque no escuché cuando volvió la camioneta con Grassi y los chicos después de la radio.

Cuando se empezó a hacer de día decidí que era el momento de irme. Ni se me ocurrió buscar ninguna cosa en el dormitorio. Me fui con lo que tenía puesto, que para colmo era la mejor ropa que había tenido desde que había entrado a la fundación. Las Adidas estaban impecables. Yo sabía que para pedir guita no me iba a servir estar vestido así.

Sabía, también, que no tenía que ir a la estación de tren, porque me iban a encontrar al toque. Tenía que alejarme de la estación William Morris o ir a otra donde no imaginaban que pudiera ir.

Al final empecé a correr por el Camino del Buen Ayre, me pareció que era lo mejor. Iba por el zanjón que está más abajo de la banquina, donde a veces se junta el agua. Estaba más escondido de la gente ahí que en la banquina, aunque alguno pasaba y me tocaba bocina. Creerían que estaba loco o vaya a saber qué.

Corrí desesperado hasta el puente ferroviario y me tiré a descansar un rato porque no daba más. Después empecé a caminar por las vías para el lado contrario a William Morris hasta que llegué a la estación Hurlingham, que es la que sigue para el lado de Capital. Me tomé el San Martín que va a Retiro, pero me bajé en Villa del Parque porque estaba con miedo de que me agarrara el chancho. De Villa del Parque caminé hasta Retiro guiado por las vías. Y cuando llegué a Retiro encaré para Constitución, que era el único lugar en el que me sentía más o menos cómodo. Ese camino lo conocía bien.

Habré llegado de noche a Constitución, eso no lo tengo tan claro.

Lo que sí tengo claro es que al día siguiente terminé otra vez en un patrullero y con el peor de los destinos: volver a la fundación.

Nacer a los catorce

Nunca vi a nadie disfrutar tanto algo como Juan Domingo cuando me vio llegar en el patrullero. Casi que sonreía el sorete. Me dijo que mi huida era justo lo que necesitaba para que me trasladaran a un instituto a pesar de que él sabía que eso era lo peor para un chico. Alcancé a ver a la hija de Julia, la vicedirectora, que era profesora de música en la escuela. Le dije que por favor le avisara a su mamá que me estaban llevando a un instituto.

Al rato llegó la vicedirectora y se puso a discutir con Juan Domingo como nunca la había visto antes. Le exigía que la dejaran llevarme a su casa, que ella se hacía responsable. Nunca voy a olvidarme de ese momento.

Firmaron un permiso como si fuera por un fin de semana, y ella tenía que comunicarse con el juez de menores que llevaba mi expediente. Yo estaba esperando afuera como ella me dijo, pero no sabía cómo iba a terminar la discusión. Al rato salió Julia y esperamos a alguien de su familia que nos pasó a buscar en un auto y nos llevó hasta su casa. Estuve dos días en lo de Julia porque no me podía tener en su casa por más tiempo. Ella ya tenía una familia.

Nunca me animé a contarle lo del cura, le dije que me había peleado con unos chicos. Ella me preguntó si Flavio —uno de los favoritos del cura— me había querido hacer algo raro. Los rumores habían llegado hasta ella. Pensé que era meterme en más problemas y meterla a ella justo que me acababa de rescatar de la fundación y me había salvado de un instituto. Después estuve dos días en una casa de una amiga de Julia. Ella me llevó al juzgado de Quilmes para intentar averiguar por qué no tenía documento y quizá encontrar a alguien de mi familia. Ella quería entender cómo era posible que no estuviera anotado en ningún lado.

Nos atendió el secretario y empezó a preguntar por las cosas que recordaba. Mandaron escritos a todos lados, más o menos calculando mi edad, para ver si estaba registrado en algún lugar. No hubo resultados. También pedían dos tutores que quedaran a cargo de mi tutela porque de lo contrario iba a tener que volver a la fundación. Esa no era una opción con el cura ahí. Y otra vez la salvadora fue Julia. Como no aceptaban que el otro tutor fuera su marido, a Julia se le ocurrió que probara de ubicar a Gabriel —mi amigo de los fichines— para ver si él me hacía el favor de ser tutor. Por suerte me acordaba el teléfono de su casa y después de varios intentos lo encontramos. Le hablamos Julia y yo. Y aceptó. En el juzgado nos preguntaron el parentesco que teníamos, y yo me apuré en decir que eran mi madrina y mi padrino. Me encantó decirlo y creo que a ellos también oírlo. Julia me miró y me sonrió.

Desde ese día ellos son mis padrinos.

El 26 de diciembre de 1997, el juez Juan Carlos Cairo dispuso que inscriban mi nacimiento con fecha 1º de septiembre de 1983. Por eso tengo un número de DNI como si hubiera nacido en 1997. O sea, para el Estado yo aparecí de golpe a los catorce años. El lugar

de nacimiento dice Quilmes, sin dirección y sin padre ni madre. Sin filiación.

Después de muchas idas y vueltas y gracias a la presión y al esfuerzo de Julia tuve mi DNI cuando ya había cumplido los quince, después de un trámite de casi un año. Fue un momento increíble. Tenía las tapitas celestes, era como una libretita todavía. Mientras tanto empecé a vivir en el tallercito que Julia tenía al fondo de su casa. Pasé varios meses ahí, pero sabía que no podía quedarme mucho más. Ella tenía su trabajo dentro de la fundación, y proteger a uno que había huido de ahí era raro. Podía traerle problemas con Grassi.

Para fin de año varios amigos de ella empezaron a juntar dinero para mandarme a una escuela estilo internado pero con libertad. Era en Uribelarrea. Me alquilaron una habitación en la casa de una familia en el pueblo y yo iba a la escuela de día. Y algún que otro fin de semana me iba a la casa de Julia. Ese año cursé octavo y noveno, porque ya no se terminaba más en séptimo. Aprendí un montón. Nunca había sentido a la familia de mi madrina como una posibilidad para vivir o que me adoptaran. Ella fue supergenerosa conmigo, pero estaba claro que no se podía pensar en eso.

Hasta que me llevaron unos días de vacaciones a Valeria del Mar antes de volver a Uribelarrea.

¿Cómo que no me van a adoptar?

No conocía el mar, lo conocí gracias a Julia y a su marido. Ellos tienen cinco hijos, pero esas vacaciones fueron solo con los dos menores y yo. El varón de diecisiete que estaba por entrar a la facultad de Derecho y la menor que tenía dieciséis. Fuimos a un hotel en Valeria del Mar. Al hijo le daban mucha libertad. Se iba a Pinamar con los amigos que jugaban al rugby y por ahí se quedaba allá un par de días. La hija era más tranquila, se encontraba con sus amigas y andaban entre la playa y la caminata por el centro. Yo lo único que quería era dormir, me interesaba mucho más que la playa y el mar. La playa era linda, pero quería dormir.

Tardé en entender qué era lo que me pasaba: ahí dormía en paz. Nadie me despertaba en medio de la noche para joderme, para pegarme o lo que fuera. Dormía sin estar atento a lo que me podía pasar. Dormía sin miedo. Nunca había dormido así. Nunca.

Julia y su marido habían ahorrado mucho tiempo para esas vacaciones, entonces querían aprovechar los días yendo a la playa bien temprano. Y yo después de conocer el mar quería quedarme en el hotel durmiendo. «Bajo ningún concepto te vas a quedar solo en el hotel. Venís con nosotros a la playa a disfrutar», me dijo. Lo de dormir todo lo que quería duró los primeros días nomás. Así que empecé a levantarme y a ir a la playa temprano con ellos.

Como que dije: «Bueno, esta es mi familia, entonces me tengo que adaptar a las situaciones de ellos».

Me había autoadoptado, no sé cómo llegué a esa situación sin que nadie me la mencionara.

Todavía tenía vicios de cuando vivía en la calle: los fichines. Entonces un día le pedí a Julia si me podía dar plata para ir un rato a los juegos electrónicos.

Yo siempre sentí que ella entendía lo que me pasaba. Cuando ella estaba sola conmigo era permisiva y me daba cosas. Con los fichines ella entendía que era un vicio, pero que no molestaba a nadie. El marido nunca me decía nada, pero ella hablaba por todos y era la que ponía los límites. Era muy clara en eso, sobre todo delante de su familia, que a veces, lógicamente, se sentía medio rara con el hecho de que yo estuviera ahí.

Julia me dio un peso —en la costa era todo caro y no daba para mucho—; con eso un rato podía pasar. Me dijo que se iba a ir a un bar que estaba a la vuelta a leer el diario. Pero el peso no me duró nada. Volví al bar donde estaba ella y me senté al lado porque quería hablarle. Ella estaba leyendo muy tranquila y no parecía tener ganas de escucharme. Entonces de la nada le dije: «¿Así va a ser la familia? ¿Así vamos a ser?». Ella me miró y no entendía nada. «¿Cómo *vamos a ser*? No entiendo. Yo ya tengo cinco hijos, a los cuales ya crie y tres ya no viven en la casa. El último varón ya empezó la facultad y tengo a mi hija que ya se recibió de profesora de piano y ejerce hace rato como docente. Ya tuve mis hijos, no

tengo intención de tener un hijo más o criar un hijo más, entendeme».

Me lo dijo de una forma casi delicada, pero para mí fue un mazazo. Entonces empecé a gritarle y a llorar en medio del bar de una manera que nunca lo había hecho en mi vida. A los gritos. Una vergüenza, pobre mujer. Yo le gritaba: «¿Para qué me adoptaron si me van a hacer esto?». De alguna manera hice la misma escena que había visto en *Chiquititas* en el teatro cuando nos llevaron con la fundación. Me había pegado mucho esa obra porque yo también vivía algunas de esas cosas y quería ser adoptado. En *Chiquititas* adoptaban a chicos que ya no eran bebés, como si fuera algo posible. Pero mi escena fue mucho más salvaje, la gente en el bar empezó a mirarla mal a Julia y yo me fui corriendo. Tan apurado que no llegué a ver que una persona se le acercó y le dijo: «Sos una desalmada». No podía pensar en ese momento que su intención era que yo no terminara en un instituto, además de ayudarme en todo. No podía verlo. Caminé llorando, otra vez, hasta la estación de un tren. Esta vez la de Pinamar.

Llegué a la estación, había un tren, pero me puse a pensar en todo el daño que podía generarle a Julia si me escapaba. Me volví corriendo al hotel de Valeria del Mar. Todos habían salido a buscarme. Todos menos Julia, que se había quedado esperando en el hotel. Cuando me vio —habían pasado dos o tres horas de mi escena *Chiquititas*—, me dijo: «Yo sabía que ibas a volver, que no ibas a hacer nada que me dañara. Yo confío en vos». Eso me mató, porque entendí también que era grande, que ella podía confiar en mí y que ya no tenía que esperar más a ser adoptado.

Después de esos diez días en Valeria empecé la escuela en Uribelarrea. Dormía en una casa de familia que pagaba Julia con unas amigas. Los fines de semana muchas veces iba a lo de Julia. En esa casa aprendí cómo era el funcionamiento de una familia. Al principio yo no colaboraba en nada, porque no entendía que había que ayudar en una casa. Parece tonto, pero yo no lo había visto nunca. En los hogares y en los institutos hay celadores, cocineras y otros empleados que hacen todo. No te enseñan que hay que levantar los platos, cocinar, limpiar. No hacía nada de eso. Recién de

grande entendí por qué de entrada le caía mal a los hijos de Julia: yo era como un malcriado que no hacía nada en la casa. Ellos a veces me lo decían, pero siempre cuando Julia no los veía.

Estuve un año en Uribelarrea. Fue muy difícil porque no había aprendido nunca a estudiar bien. Casi siempre había estado de manera intermitente en la escuela. Y ese año por más que lo intenté no pude pasar a noveno grado. Julia otra vez se encargó de buscarme un lugar y una escuela.

El nuevo destino fue Tristán Suárez. Julia conocía a unas personas que iban a una iglesia protestante supercopada y superpaqueta de San Isidro que estaban empezando a armar un hogar. Era un matrimonio peruano con hijos que estaba vinculado a la Universidad de San Andrés.

En Tristán Suárez parecía que habían visto mucho más *Chiquititas* que yo. Como fui el primero, pensaban que todos los chicos en situación de calle eran iguales que yo.

Me hacían ir a la iglesia y yo no podía ni entrar. Empezaba a temblar apenas pasaba la entrada y tenía pánico de que apareciera un cura. Todavía no había podido hablar con nadie de lo que había pasado, y faltaba un tiempo para que pudiera hablar con Miriam Lewin, que fue la primera en saberlo. Me dejaron quedarme a pesar de que yo les pedí que no me llevaran a la iglesia.

Estuve un año. Cursé octavo, aprobé, aunque medio de favor. Al año siguiente, a mitad de año acordamos con esa familia que me iba a ir. Yo no soportaba más ese clima de que iban a la iglesia y de que en la casa se rezaba todo el tiempo. Para mí era una pesadilla después de lo que había vivido. Ellos, en ese lapso, recibieron chicos menores que yo, entonces también pasaba que yo les quedaba grande y encima estaba lejos de la religión. Era un mal ejemplo para el resto.

Mi madrina me quería matar porque al ser ya mitad de año no había lugar en ningún lado.

Ser mayor y libre

A partir de ese momento anduve por todos lados. En lo de Julia, en lo de familiares de Julia, de prestado, en hoteles que pagó Julia. Ya ni recuerdo todos los lugares de tantos que fueron.

Para ese momento Julia había dejado de trabajar en la escuela que estaba dentro de la fundación. Ella no me contaba mucho, pero estaba disconforme. Supongo que además estaba cansada, porque no paraba, hacía de todo. Además de vicedirectora se ocupaba de cómo estaba cada chico y también de la comida. En la fundación había muchas donaciones, y algunas eran un desastre. Pasó con aquellos alfajores Maradona vencidos y también varias veces con los yogures. Creo que mi madrina se saturó de esas cosas. Después, cuando ya fui un poco más grande, me dijo que el cura nunca le había depositado la parte de las jubilaciones, entonces a pesar de haber tenido cargo y trabajado tantos años, tuvo que jubilarse con la mínima. Pero en ese momento no me hablaba mal del cura. Tiempo después, cuando supo lo que me había pasado, me dijo que sentía mucha culpa por no haberse dado cuenta.

Me faltaba poco para la mayoría de edad. A los diecisiete todavía tenía para la ley a Julia y a Gabriel como tutores.

En ese momento logré no pedirle más plata a Julia. Ni a nadie. Viví un buen tiempo en el Ejército de Salvación, donde no me cobraban, y colaboraba con un comedor en la Villa Zabaleta. En la villa me daban algo de mercadería y por un tiempo me dediqué a eso. Después empecé a vender mercadería y me pagaba una habitación en el Ejército de Salvación en la que éramos cuatro. Me gustó mucho el trabajo en el comedor de la Zabaleta. Yo era el encargado de las provisiones, y de alguna forma me terminaron pagando unos pesos. Porque yo no podía trabajar por ser menor y no emancipado. Terminé haciendo para ese comedor lo que hacía en el subte: iba por las despensas y provisiones de la zona pidiendo comida que les sobrara o que estuviera por vencer. Siempre pasaba a la tardecita, antes de que cerraran. Y se ve que el efecto positivo de ser rubio todavía funcionaba. Colaboré también en otras villas. Me hacía bien. Aunque a veces me aparecía el fantasma de Grassi y se nublaba todo. En una de las villas me ofrecieron vivir, me consiguieron una casa, pero yo ya estaba estudiando y eso ahí no

tenía mucho que ver. Por eso seguí rotando por distintos lugares por un tiempo.

Estuve cerca de un mes en lo de Gabriel, mi padrino. Si bien mi relación con él no era para nada la que tenía con Julia, fue muy generoso. Había sido fundamental para que dejara de depender del juez y tuviera mi documento. Él era de una familia con plata. Vivía en un edificio donde el padre era dueño de varias oficinas. Ese mes fue complicado. Yo tenía que estudiar y no avanzaba nada. Sabía que él era gay, entonces si él estaba con alguien me tenía que ir del departamento a hacer tiempo en la calle. Esa situación empezó a incomodarme, aunque él era superrespetuoso conmigo y jamás me hizo ni media insinuación. Tampoco le conté lo de Grassi. No podía hablarlo con nadie. Al padre de mi padrino no le gustó que viviera en su casa. A veces me lo cruzaba porque visitaba alguna de sus oficinas. Un día escuchó que yo lo llamaba padrino y le dijo delante mío: «No hay puto que no diga este es mi sobrino o mi ahijado. Y vos —dijo mirándome— ya sos bastante grandecito para estar viviendo acá, buscate algún lugar, fijate qué vas a hacer». Sé que después le dijo a mi padrino que tuviera cuidado, que yo ya no tenía diez años pero que era menor. A mi padrino eso le generó mucho odio, pero el dueño del departamento era el padre. Así que entre eso y que yo ya no estaba muy cómodo, me fui. No lo volví a ver. Supongo que se enteró de todo por la tele.

Como tenía algo de plata ahorrada y seguía trabajando en el comedor en Parque Patricios, donde me pagaban por cocinar, alquilé camas en distintos lugares. Veía una vez por mes a mi madrina, que me daba algo de mercadería para ayudarme.

Un día que la llamé para arreglar para pasar a verla, me dijo que una periodista se había comunicado con ella porque era la vicedirectora de la escuela de la fundación. Me pidió que fuera a la casa porque quería hablar conmigo. Yo no entendía bien de qué venía la cosa, pero fui. Cuando llegué me contó por qué se había ido de la fundación y todo el tema de los aportes que no le habían hecho. «Yo nunca te pregunté nada, pero: ¿vos escuchaste los rumores que hablaban del cura?», me preguntó. «Son rumores ¿o vos viste algo?», le pregunté. Ella se quedó un rato en silencio.

Nunca dijo ni que sí ni que no. Como tenía mucho miedo de contarle lo mío entonces empecé a meterme en un lío de palabras cada vez peor. Era como que trataba de hablarle bien de Grassi pero me salía todo mal y la embarraba cada vez más hasta que me puse a llorar. Pero no le conté nada. Ella me dio un abrazo y me dijo: «Si querés te doy el número de la periodista y hablás con ella. Me parece que es seria, escribió un libro muy bueno y dice que hay una denuncia contra Grassi. Yo no me quiero involucrar, ya estoy en juicio por el tema Anses. La podés contactar si querés».



Cobos recibió a De Narváez, que ayer recusó al juez en la causa por la efedrina, y despertó la indignación de todo el panradicalismo

El hombre que desata la furia de sus aliados, cualesquiera sean

Después de un buen primer tiempo en el que hasta desaprovechó un penal, la Selección cedió la iniciativa, perdió 2 a 0 y complicó su clasificación

Argentina no cruzó el Ecuador

Página12

DESIERTA

Reclaman a la Mesa de Enlace que empuje a los que usen trabajo infantil

Una tranquera a la explotación de los chicos

8 Cuentas sobre cuentas, por Mario Wainfeld

40 Colectivos, por Noe Jitrik

36 Psicología Los derechos humanos de las personas con discapacidad mental

PASAPORTE AL INFIERNO

El cura Grassi fue condenado a 15 años de prisión pero no quedó detenido. Lo consideraron culpable de "abuso sexual agravado" en dos de los 17 casos por los que lo acusaban. Estela Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, apelará para que vaya preso

Opinan: Washington Uranga, Miguel Jorquera y Enrique Stola

Cuatro de Paris

Ave Phoenix

Así fue que decidí llamarla. Pero no para contarle lo mío. Esa nunca fue mi idea. Yo quería que ella me contara todo lo que sabía

de la fundación, quería saber qué otras cosas había hecho Grassi con los chicos.

Y ahí empezó otro infierno.

4

La investigación

La periodista

Yo no tenía la menor idea de quién era Miriam Lewin. Mi madrina me dijo que la había llamado porque quería hacerle unas consultas por unas denuncias contra el cura. Yo no conocía a ningún periodista porque casi no había visto tele en mi vida. Ni hablar de leer los diarios. Me hice experto después, pero a un costo muy alto. Mi madrina me dijo que el tema de las denuncias era por abuso de menores. Me quedé helado, traté de disimular. «Si vos viste algo es importante que ayudes a esta periodista. Es bastante conocida y trabaja en *Telenoche*, hacen las cosas muy seriamente».

Nunca imaginó que estaba hablando con una víctima de Grassi.

Le dije que no tenía problema en hablar con la periodista si a ella le parecía bien. No me dio el número de teléfono —yo no tenía celular— y quedamos en que la próxima vez que nos viéramos hablábamos desde el teléfono de su casa.

Mi objetivo era no contarle nada. Es más, me pasé pensando en cómo hacer para cuidarme de que no se me escapara nada que le pudiera dar pistas. Yo no lo había hablado con nadie, menos lo iba a hablar con una periodista a la que ni conocía. La oportunidad me servía para saber si le había pasado a alguien más, para saber qué se decía, porque todavía me parecía imposible que lo hubiera hecho con otros chicos. La semana siguiente volví a lo de Julia con ese objetivo: que la periodista me contara todo sin que yo le contara nada.

Llamamos. La conversación duró muy poco y me citó para que fuera personalmente a Canal 13. Una vez más en mi vida aparecía

Constitución.

La esperé en la recepción de la calle Lima y al rato apareció con una productora que se llamaba Irene Bais.

Me llevaron a una oficina que me pareció muy chiquita para un canal que era tan importante como me habían dicho. En la oficinita me comentó que en la producción de *Telenoche Investiga* habían recibido denuncias anónimas por abuso contra Grassi. También me dijo que había una denuncia anónima de abuso en los Tribunales de Morón y que el diario de Morón tenía cosas parecidas. Me preguntaron si yo no había visto o escuchado algo. Yo les tiraba cosas por arriba, que había rumores, pero que yo no sabía nada.

En un momento les conté una anécdota que sucedió en la fundación por la que todos los chicos nos quedamos impresionados y todo el mundo habló de lo que había pasado. Al lado de donde dormíamos había una canchita improvisada en la que muchas veces jugábamos los que vivíamos en esa casa. En uno de esos partidos, el padre apareció cuando estábamos jugando y empezó a hacer de DT. Decía quién entraba y quién salía como para que participáramos todos del partido, y que no jugaran solo los que sabían jugar, los que eran buenos, algo que solía pasar. En uno de los cambios de jugadores, el cura cacheteó la nalga de uno de los pibes para que saliera. Pero lo hizo de una manera rara. No era como un chirlo o algo así. Esto pasó antes de lo mío, así que yo no estaba tan atento a esas cosas. Pero nos quedamos mirando entre nosotros y nos reímos. Algunos se zarparon y empezaron a decir bestialidades. Porque lo loco es que fue a ese pibe en particular al que tocó así con tantas ganas. No sé si el cura se dio cuenta de que lo vimos o qué, pero con los otros fue distinto. Apenas los tocaba. Los comentarios duraron muchos días porque era la primera vez que todos veíamos algo que podía tener que ver con que el cura o con que alguno de los chicos fuese gay. No me acuerdo el nombre del chico, no dormía donde yo lo hacía.

Me di cuenta de que Miriam e Irene se entusiasmaban con lo que les contaba, pero no pensaba contarles nada más. Yo había ido a que ellas me contaran a mí. Pero no conseguí nada, porque cuando les pregunté qué sabían, se hicieron las boludas. Miriam me dio su

número y me empezaron a acompañar a la puerta del canal. Fracaso total.

Cuando salimos de la oficina, la charla se volvió diferente. Quedé solo con Miriam y me habló de su pasado. Una conversación superamable en el estacionamiento del canal que me pareció rara pero atractiva. Yo no tenía idea de que había estado secuestrada en la ESMA.

Creo que ella intuía que algo me había pasado. Porque sin hablar del caso ni del cura de alguna manera me metió unos mensajes que fui entendiendo varios días después. Me dijo que hacía bien hablar algunas cuestiones y que hay cosas que uno se las tiene que sacar de encima, porque de lo contrario van creciendo dentro y se hace más difícil vivir.

Me contó que había escrito un libro con todo lo que le había pasado y lo que había sufrido cuando la secuestraron. También me dijo que después declaró todo en la Justicia, para que las cosas no quedaran así, para que las cosas no se repitieran.

En ese momento me despidió: «Bueno, si vos sabés algo más o si te acordás de algo más, llamame. O simplemente si querés hablar conmigo, llamame». Pensé en pedirle alguna ayuda laboral, pero me dio vergüenza y no me animé.

Esa fue la primera vez que fui a Canal 13.

La segunda vez ya fue para denunciar a Grassi.

Contarlo o no contarlo

Habían pasado como cinco meses. Llamé a Miriam y me atendió con muy buena onda. No recuerdo mucho la charla. No hablamos de ninguna situación en particular. Le dije que me había quedado pensando en lo que me había dicho y le pregunté si existía la posibilidad de hablar con ella. Me preguntó cómo estaba y que por supuesto si quería hablar nos podíamos juntar en el canal. No sé por qué, pero en ese momento sentí que sabía que me había pasado algo o que lo iba a denunciar.

A los dos o tres días me encontré en el canal, me llevó a la misma oficina, estuve con Irene y con ella. Yo estaba raro, no sabía

bien por qué había ido. Por un lado me parecía imposible contárselo a alguien y encima a una persona desconocida. Por el otro, ella tenía una cosa de madraza muy zarpada. Me había hecho tomarle mucha confianza. Me había contado que había sido torturada, cosas tremendas.

Cuando empezamos a hablar, volví a sentir que ella sabía lo que le quería contar. Después de unos minutos de conversación sobre la fundación y los chicos que vivían ahí, no sé de qué manera ella supo cómo preguntarme si Grassi me había abusado. Yo no le dije que no.

Me llevaron a otra oficina donde estaba un camarógrafo para que filmara la charla. Yo al principio daba vueltas porque estaba el camarógrafo. Conté que había rumores y que me hicieron ir a la oficina para que lo viera antes de ir a la radio. Pero no llegaba al momento. Miriam se dio cuenta y le dijo al camarógrafo y a Irene que se fueran y nos dejaran solos. La cámara seguía grabando pero sin camarógrafo.

En ese instante empecé a hablar y a contar todo con lujo de detalles. Miriam solo me miraba. No hizo falta que me preguntara nada. Terminé de contar todo con lágrimas en los ojos y después de decir «esa misma noche me fui de la fundación» empecé a llorar como nunca había llorado en mi vida. Miriam me abrazó muy fuerte, no me lo olvido más. Sentí un alivio enorme después de contarlo. Es como dicen: uno se saca una mochila muy pesada de la espalda.

No tenía ni la menor idea de lo que vendría después. La realidad era que eso iba a salir en la tele, pero yo pensé que iba a salir mi denuncia junto a otras y que no iba a tener problemas porque no se me veía la cara. Eso me lo había garantizado Miriam. Hasta ahí yo sentía vergüenza por lo que me había pasado. Todavía no tenía miedo.

Otra cosa que pensé fue que si el programa salía, por ahí Grassi me pedía perdón o hacía algo para que no me sintiera mal. No fue así.

No se había hablado de que yo hiciera una denuncia judicial. Estaba bajo la tutela de mi madrina y tenía que pasar desapercibido ante la Justicia. Lo menos que tenía que hacer era sacar la cabeza o

meterme en quilombos porque la perjudicaba a ella. Lo mejor que me podía pasar era que el juez Cairo ni supiera de mi existencia.

Pensaba que solo con el hecho de que no se me viera la cara era suficiente, y además tampoco iba a salir mi nombre real. Porque fuera de Miriam había una sola persona que podía identificarme por lo que estaba contando: el cura.

Los días siguientes fueron tranquilos, yo sentía el alivio en el cuerpo. Todavía no sabía qué hacer con mi madrina, cómo contarle sin que se enojara, porque aunque Grassi la cagó con los aportes de la jubilación, ella nunca habría imaginado lo que me había pasado. Además, siempre fue muy católica.

Decidí que no le iba a contar nada, total por ahí no salía nada en la tele. Ella y mis pocas personas cercanas se terminaron enterando de todo por aquel *Telenoche Investiga*.

A los pocos días Miriam me llamó y volvimos a juntarnos. Pensé que me iba a decir que lo mío no iba a salir o algo así. Volvimos a hablar del tema de la ESMA —me interesaba mucho— y me dijo que ella no lo había hablado solo en los medios o en un libro, que antes de eso se había hecho cargo de sus palabras y había hecho la denuncia judicial. Era cierto.

Salvo por lo que me había pasado a mí, yo no alcanzaba a ver lo grave que era todo. Desde la edad de los chicos que estábamos ahí, las responsabilidades del cura y hasta el poder que tenía. Recién empezaba a hacerme una idea de la cuestión legal.

Nunca había escuchado en mi vida que alguien acusara a un cura de algo. No me había enterado todavía de los casos de abusos en Estados Unidos. Me parecía que no se podía denunciar a un tipo tan poderoso como Grassi. Nadie me iba a creer.

Pero ella me creía y me decía que se podía hacer la denuncia. Me contó que estaban apareciendo muchos casos. Lo que me preguntaba y le preguntaba era qué iba a hacer conmigo Cairo, el juez que me tenía a cargo. Si ya me odiaba, ¿qué haría conmigo si denunciaba al cura que manejaba la fundación a la que él me había enviado?

Señora fiscal, la denuncia

Miriam e Irene me dijeron que si quería podía hacer la denuncia judicial. Yo sentía que el programa iba a salir igual, con o sin mi denuncia. Pero me pareció que era como me había dicho Miriam el día que la conocí: la mejor forma de hacerme cargo de mis palabras era haciendo la denuncia. La denuncia la hice en San Isidro. La fundación está en Hurlingham y le corresponde a los Tribunales de Morón. Yo tenía pánico de ir ahí: se sabía que Grassi tenía mucho poder en la zona porque le hacían las adopciones de los chicos. Podía pasar que no tomaran la denuncia, que le contaran al cura o quién sabe qué.

Terminé haciendo la denuncia en San Isidro con una fiscal de apellido Godoy. Tuve que contar todo otra vez, como se lo había contado a Miriam, pero con más detalles. Me preguntaron horarios, si había otras víctimas, testigos y varias veces me preguntó si estaba seguro de lo que me había pasado. Eso me pareció muy raro. También me hizo notar que no había ningún testigo de lo que me había hecho. Porque los chicos estaban en el piso de abajo listos para ir a la radio y, aunque yo tenía la sensación de que todos se habían enterado, nadie había visto nada.

Estaban la fiscal, la secretaria que estaba al lado y un policía. Miriam se había quedado afuera. Yo sentía que no me creían. Miraba las caras y por cómo se miraban entre ellos sentía eso. Pensé en levantarme e irme. Estaba muy mal. Había contado todo, me preguntaban detalles horribles y parecía que no me creían. Con el tiempo pensé que a lo mejor ellos también tenían miedo porque sabían quién era Grassi, pero ese momento no me lo olvido más, y fue un anticipo de lo que pasaría en Morón.

Cuando terminé la declaración, que eran unas cinco hojas, la fiscal la imprimió y me dijo que la acompañara porque la iban a guardar en una caja fuerte para que yo me quedara tranquilo. Fuimos todos los que estábamos ahí y la guardaron en una caja fuerte.

Ese día empezó mi intranquilidad.

De la fiscalía de San Isidro me volví al lugar que me había conseguido Miriam para vivir. Era un hogar de tránsito para chicos de mi edad en La Fraternidad, camino a Ezeiza. Los chicos más grandes se hacían cargo de los más chicos, y a cambio de eso tenías un plato de comida y un lugar donde dormir.

Dos o tres días después, Miriam me avisó que iba a salir el programa.

23 de octubre de 2002

El encargado del lugar donde estaba parando sabía lo mío por Miriam y parece que no se aguantó y se lo contó a otras personas. La noche del programa la casa terminó siendo como un cine con todos esperando *Telenoche Investiga*. Eran cinco o seis personas más alguno de los chicos grandes —los más chicos estaban en otra casa— sentados alrededor de la tele. Ahí caí en la realidad de que todos los que me rodeaban me iban a ver contando lo que me había pasado. Me puse muy mal. Me di cuenta de que eso también iba a pasar en otros lados en los que hubiese gente que me conocía. No había podido contárselo a mi madrina, aunque Miriam me había prometido que ella se lo iba a contar. Pero mi madrina también se enteró esa noche por la tele.

Fue el miércoles 23 de octubre de 2002.

Salí de la casa y me puse a llorar sin parar. No entendía cómo uno de los momentos más asquerosos de mi vida se estaba transformando en un quilombo tan horrible.

Antes de que empezara el programa la llamé a Miriam y le pedí por favor si me podía rescatar de donde estaba. Entré y salí varias veces de la casa. No sabía dónde quedarme y no quería verme en la tele delante de toda esa gente. Más allá de que en la nota estaba con la cara oscura y no me podían reconocer, sabían que ese era yo.

A las once de la noche en punto apareció María Laura Santillán para anunciar con Juan Miceli la investigación que había hecho Miriam. Se llamaba «Grassi, la investigación que más duele». La denuncia judicial ya era pública, pero todo el mundo estaba esperando el programa que iba a contar los detalles. Arrancaron con

un resumen de la vida del cura, del quilombo que tuvo con Susana, de sus visitas a todos los programas, su relación con Menem y Cavallo y de los 6 200 chicos que supuestamente vivían en la fundación. Nunca entendí cómo los de *Telenoche Investiga* también creyeron que vivían 6 200 chicos ahí.



En el segundó informe hablaban varias personas que contaban acerca de los traslados que habían tenido después de varios problemas con chicos, los favoritos en otros hogares y hasta una denuncia que después desapareció. Al final, en otro informe relargo, aparecía yo con la cara a oscuras contando todo. Tuve que volver a salir de la casa tratando de disimular cómo estaba. Desde afuera de la casa me escuché decir: «Me dijo: ¿querés que te la chupe…? Y yo dije que no con la cabeza pero no con palabras». Y a Miriam preguntándome: «¿Entonces tuvo sexo oral con vos?». Y yo diciendo que sí.

También escuché que en el corte cambiaron de canal y estaban todos como locos porque en Canal 9 estaba el cura con Mauro Viale,

Chiche Gelblung y otros. Y había ido con sus chicos favoritos de la fundación, que lo defendían y negaban todo.

Recién cuando el programa terminó, llegó Miriam en un remise y con un patrullero. Yo no lo podía creer. Pensé que me iban a meter preso. Ella trataba de explicarme que no, que era por mi seguridad, pero me negué a subir al patrullero. Estaba muy angustiado y no entendía nada. Miriam se quedó en el patrullero y yo me subí al remise, en el que estaban Irene y Fausto, otro productor.

Terminamos en el Centro y ahí conocí a Enrique Stola, que fue mi psicólogo por un buen tiempo. Estuvimos con Miriam un rato en su casa, después me dejó solo con él y terminé pasando la noche en un hotel a la vuelta de su casa, en Corrientes y Rodríguez Peña.

Ahí empezó la realidad.

El estallido

Esa noche dormí poco. Me desperté y prendí la tele del hotel. Parecía que me había vuelto loco. Mi cara oscurecida para que no se reconociera estaba en todos los canales y en todos ponían la parte que decía «¿querés que te la chupe?». Salí a la calle a caminar porque no sabía qué hacer. En los kioscos de la avenida Corrientes vi las tapas de los diarios y entré en pánico. Todos hablaban de «Grassi denunciado» y había fotos del programa con mi cara oscurecida. Era como una pesadilla. Y hasta en el kiosco escuché a una mujer que le decía al vendedor: «No puede ser que sea cierto, seguro que es todo mentira». Volví al hotel y la llamé a Miriam y al rato apareció Stola. Su tono calmo me ayudaba, pero me hacía sentir que me había metido en una guerra. Incluso me dijo que el cura era muy poderoso, y que por ahí un juez pedía mi detención por falso testimonio, aunque fuese por unas horas.

El cura ya sabía todo antes de que se publicara. Nunca se sabrá cómo lo consiguió, pero ahí demostró que era poderoso. En el programa del 9 inventó que yo lo había ido a extorsionar unos días antes de *Telenoche Investiga*. Dijo que le pedí plata para no denunciarlo y que era todo mentira: jamás pudo explicar cómo lo iba a extorsionar si era mentira.

A medida que lo escuchaba no podía creer lo hijo de puta que era. Hizo que dijeran varias veces mi verdadero nombre en ese programa —cosa que no se podía hacer porque era testigo de identidad reservada— y ahí empezó un calvario para mí. Ya no solo lo sabían en La Fraternidad, ahora lo sabía todo el país. En la denuncia y en la investigación yo aparecía como «Gabriel», precisamente para resguardarme de cualquier riesgo. El acusado podía saber quién lo denunciaba, porque es su derecho, pero no podía hacerlo público.

Él quería instalar que yo era un mentiroso o un extorsionador, y empezó a hablar de mi vida, de los lugares de donde había huido y de muchas cosas que eran ciertas. Él sabía que yo no mentía. Al día siguiente, creo, se entregó a la policía con Mauro Viale. Lo vi en vivo, aunque el momento ese no lo filmaron. El cura estaba en el programa de Mauro y él le dijo: «Está llegando la policía para detenerlo».

El hotel de la primera noche no tenía lugar para que me quedara más días. Fue cuando conocí a Paula Bernini, la que ahora conduce programas en TN. En esa época era productora del canal y después fue un ángel para mí. Me llevó a otro hotel muy cerca, en Corrientes y Libertad, cerca del obelisco. Al menos estaba bastante bien vestido con la remera y las zapatillas que me había comprado Miriam.

Si hubiera tenido una casa, hubiera estado acompañado. Pero no tenía casa, y a La Fraternidad no iba a volver, porque todos se habían enterado e iba a ser imposible.

Siempre pienso que la Justicia tendría que haber hecho algo para cuidarme, porque ellos sí tenían conciencia de quién era Grassi. Si no fuera por Paula Bernini y los de *Telenoche Investiga* no sé qué hubiera pasado conmigo con todo lo que vino después.

La tarde del segundo día en el hotel de la avenida Corrientes salí a comprar cigarrillos. Estaba muy mal con el encierro y Paula se quedó en la habitación esperando.

Apenas asomé la nariz a la calle, se me vino encima un tipo no mucho más grande que yo de edad y me dijo «vos sos Oscar», y me agarró de la remera. Yo alcancé a sacarle la mano y me metí de vuelta en el hotel sin entender nada. Fui hasta la habitación y le

conté a Paula. Solo dos personas del canal y Stola sabían que yo estaba ahí. Nadie más.

Paula bajó y vio a un tipo joven que supusimos que era el que se me vino al humo cuando salí. Y de la mano de enfrente, casi llegando a Cerrito, había una Trafic parada que después descubrimos que estuvo todos los días que me quedé ahí. Estaba estacionada debajo de un cartel de prohibido estacionar. Ya no daba hablar de casualidades.

Yo no quería salir más del hotel. Tenía pánico. Por un lado, sabía que había un montón de periodistas que querían una foto de mi cara; por el otro, me empecé a acordar de Juan Domingo y las amenazas que me hacía en la fundación. Todo tenía olor a Juan Domingo, la mano derecha del cura.

Rita Bustamante, la fiscal de Morón, entendió la situación y se acercó al hotel a tomarme declaración. La causa ya estaba en Morón y yo debía declarar otra vez, como si todo lo que había dicho en San Isidro no hubiera existido.

Por un lado estaba la locura de la tele y por otro, la realidad judicial.

Ella pidió estar conmigo a solas. Una señora muy coqueta, muy educada, que me dijo de una forma muy delicada: «Esta es tu oportunidad de contar o cambiar lo que dijiste». Después me explicó que podía haber consecuencias. El mensaje era el siguiente: si no te sucedió nada, si mentiste en la otra declaración, es la última oportunidad para que lo digas. «No va a haber una próxima persona ni otra declaración. Esta es la declaración que va a tomar el juez. Y una vez que lo digas, lo dijiste. Así que si querés nombrar a alguien, si alguna persona te pidió que declares eso, decilo ahora», me dijo.

Me parece que ella venía también convencida de algunas cosas que decía la gente de Grassi en la tele. Me describían como un extorsionador nefasto y zaparrastroso. Entonces ella me vio con la ropa casi nueva que me había dado Miriam y encima rubio y se quedó medio sorprendida.

Sus palabras hicieron el efecto contrario al que me parece que buscaba.



Me dio una tremenda seguridad para plantarme. Estaba harto de que cada persona que veía dudara si era cierto lo que contaba. Más que harto: podrido.

Bustamante me dijo que ella no iba a leer la declaración que había hecho en San Isidro y que tenía que contarle todo de vuelta.

Y conté todo con pelos y señales otra vez.

5

Testigo en peligro

Sáquenme de acá, por favor

La Trafic seguía parada frente al hotel. En el equipo de *Telenoche Investiga* estaban todos preocupados. No entendían cómo se había filtrado el lugar en el que yo estaba. Creían que tenían los teléfonos pinchados o micrófonos en las oficinas o algo así. Yo estaba asustado, pero lo que más me preocupaba era que apareciera un fotógrafo y mi cara saliera por todos lados. Ser testigo reservado me salvó de muchas cosas, pero también hizo que mucha gente desconfiara. Lo escuché en el kiosco las dos veces que salí: «¿Por qué no da la cara? ¿Qué tiene que esconder?», decían. Paula volvió a ver gente merodeando por el hotel de manera sospechosa y vio a uno muy parecido al que me había encarado. Ese día decidieron sacarme de ahí. Vino Carlos de Elía, que era el jefe de todos en el canal —yo lo había visto una vez cuando me lo presentaron después de hacer la denuncia— y me sacó tirado en el piso del asiento de atrás de su auto desde el garaje del hotel. Vino en un Palio rural verde, me acuerdo perfecto, porque ya no confiaban en nadie, ni en remiseros ni nada. Yo no entendía nada. «Acá hay una mafia», me dijo Paula. «Por lo que escuché en una reunión hablaban de Yabrán —que ponía plata en la fundación— y otra gente muy pesada además del periodista Mariano Grondona y Raúl Portal». Todos querían salvar al cura sin importarles lo que pasaba ahí adentro y cazar al denunciante. O sea, a mí.

Todo es pánico y desconfianza

Del hotel me llevaron otra vez al departamento de Enrique Stola. La sensación era que a partir de la detención del cura se había desatado un tsunami que se iba a llevar puesto todo. Y primero que nada a mí. Después de mi denuncia aparecieron dos más: otros dos chicos acusaron a Grassi. Pero yo era el blanco favorito y tardé en entender por qué.

Seguía sin un lugar donde vivir y, por como estaban las cosas, no podía ni salir a la calle. Supongo que fue por eso por lo que la fiscal Míngolo decidió que yo tenía que entrar al Programa de Protección de Testigos de la Procuración de la provincia de Buenos Aires. Después de la denuncia había quedado a cargo del juez de la causa —creo que se apellidaba Meade— y no dependía más del juez de menores de Quilmes. Él dio curso al pedido de la fiscal. No tuve más remedio que aceptar. No quería vivir rodeado de policías, pero tenía miedo de que me pasara algo o de que alguien develara mi identidad en todos lados como el abusado que denunció a Grassi.

Del departamento de Stola me llevaron en un patrullero al juzgado de Morón. Después a La Plata, donde está la Procuración, porque es ahí donde se formaliza todo. Fuimos en dos autos. Era gente de civil, pero repolicías todos.

Estaba otra vez solo, rodeado de policías. Llegamos a una casa que no tenía ni carteles ni nada. Después uno me dijo que esas casas las alquilaban por un tiempo y siempre rotaban. Me tomaron las huellas digitales y me quisieron sacar fotos. Yo me negué. Tenía miedo de que alguno las vendiera a los medios que seguramente hubieran pagado bastante. Por suerte aceptaron y no hubo foto. De ahí me llevaron a un hotel y me avisaron que los primeros días no iba a salir a ningún lado por seguridad. Era una zona bastante céntrica de La Plata. Me explicaron que como no sabían cuánto tiempo me iba a quedar, no podían dejarme en un lugar fijo. Los policías tenían prohibido preguntar sobre las causas a las víctimas. Pero era obvio que querían que yo me pusiera a contar qué había pasado con Grassi. Eso era lo que menos quería. Y menos con policías. Ellos me hablaban en jerga tumbera que yo casi ni conocía, entonces no teníamos mucho vínculo.

Me resultaba muy raro que me escondieran en un hotel en el que había bastantes personas. El segundo día me acompañaron a desayunar al comedor. Era incómodo, porque había gente en el salón y algunos hablaban del caso en las mesas cercanas cuando la tele mostraba algo.

No tenía celular y no tenía de qué hablar con los policías —dos por turno— que me acompañaban. Era como si estuviera preso e incomunicado. Igual que el cura. Creo que yo estaba más incomunicado que él. La poca información que tenía era de la tele que veía de reojo en los desayunos.

Todas las mañanas veía que en Canal 9 hablaban de mí con desconfianza. Empezaron a decir que la declaración había sido armada, que yo no hablaba como un chico de la calle. «Un marginal no habla así», me acuerdo que dijo uno. Todo porque en un momento en mi declaración dije: «El cura atinó a acercar mi silla a la de él». Yo no tenía cómo defenderme y no podía explicar que había ido al colegio y que además mi madrina me había enseñado un montón de cosas mientras viví con ella. Desde que me conoció, me enseñó modales —no entendía mucho de modales yo—, cómo sentarse bien, no apoyar los codos, comer con la boca cerrada y esas cosas. Lo mismo que ella hacía con sus hijos. Con ella conocí cosas que son básicas para todos, pero que eran completamente nuevas para mí. Desde un bidet a cómo se ponía la mesa o se tiraba la basura. Me acuerdo de que sus regalos eran siempre aburridos: yo quería ropa y ella me regalaba libros. En su casa conocí a un señor que había vivido en España y a mí se me pegaron algunas palabras porque me parecían divertidas. Decía atinar, cojín y otras más.

Una vez en un programa de Canal 9 llevaron a gente vinculada a personas en situación de calle y les leían mi declaración para que opinaran. Todos licenciados en algo. Y uno decía: «Hace treinta años que estoy en esto y nunca escuché a alguien de la calle que hablara así».

Me sentí muy boludo cuando escuché esas cosas en la tele. Boludo y arrepentido de haberme metido en todo esto, que además no sabía cómo iba a terminar.

Durante el día —al principio— los dos custodios estaban todo el tiempo en mi cuarto. Se iban a la noche, y por lo menos podía dormir solo. Después fueron aflojando un poco y quedaba en general uno solo conmigo. Bajar a desayunar tardó en hacerse rutina y después de muchos días me llevaron a cenar con ellos al restaurante del hotel. A veces aparecían algunos nuevos que venían de curiosos a ver cómo era yo. Y como me pasaba siempre, se sorprendían al verme rubio.

No tengo reproches con ellos. Aunque casi todos me miraban como al mono del circo, estaba claro que muchos de esos policías eran supercatólicos y pensaban que yo era un monstruo que quería arruinarle la vida a Grassi, que era un hombre que había dedicado su vida a salvar niños.

Fueron muy pocas las veces que me dejaron hablar por teléfono. Creo que dos o tres con Stola y dos con Paula del canal. No tenía mucha más gente en mi vida, pero era muy raro eso de estar preso igual que el cura.

Tuve muy pocas visitas mientras estuve en el hotel. Vino Stola dos veces y tres veces Paula, una con Carlos, su jefe. Me hacían bien esas visitas. Con Stola hablaba mucho, no solo porque era mi terapeuta. Me inspiraba confianza. Paula era como un momento de alegría porque siempre venía de buen humor. Varias veces me trajo ropa. Lo importante de la visita de Carlos era que me ponía al día de todo lo que pasaba afuera. Me contaba lo periodístico y lo judicial, y yo era como que le tomaba examen porque le pedía todos los detalles. A mí no me importaba si las noticias eran buenas o malas. Necesitaba saber todo.

Cuando llegaban las visitas, me avisaban un rato antes, pero no me decían quién venía. Los que querían verme tenían que solicitar la visita con varios días de anticipación y creo que hablaban con la fiscal o la Procuración. «Vení que tenés visita», me decían. Y tenía que acompañarlos. La primera vez no entendí nada porque tomamos el ascensor y fuimos a un piso más alto en lugar de salir del hotel. Una vez ahí entramos a una habitación y estaba Enrique Stola esperándome. Con las visitas siguientes fue igual y entendí que alquilaban una habitación extra para eso.

La traición de Moreno Ocampo

Pasaron varios días hasta que me dejaron ver tele. Pasaba que la prendías a cualquier hora y en cualquier canal y estaban con lo que llamaban el «Caso Grassi». Los primeros días el custodio se quedaba y miraba, pero se hacía el boludo y no me decía nada. Hubo uno que habló y me dio miedo: «A vos se te puede perdonar por pelotudo, por agarrar plata para decir esa mentira. Pero no vamos a perdonar a los adultos que te hicieron hacer eso».

Por suerte ese no vino más a «cuidarme».

Me acuerdo de que con él vimos varias veces *Hora clave*, el programa del periodista Mariano Grondona. Él mismo me dijo que era un programa político muy importante, pero no sé por qué todos los jueves hacía de defensor de Grassi. Una noche me asusté mucho cuando lo vi a Luis Moreno Ocampo en el programa. Hasta yo sabía que era famoso por el Juicio a las Juntas. Para todo el mundo era un abogado intachable. Y el hijo de puta se sentaba y decía barbaridades sobre mí que no sé si las inventaba o se las hacían decir. No sé cuánto le habrán pagado por defender a Grassi, pero ahí me di cuenta de que para decir lo que decía tenía que hacerlo por guita. Siempre se dijo que a él le había pagado la curia. Porque no era que solamente defendía a Grassi, miraba a cámara como hablándome a mí, diciendo que había mentido, que eso era un delito y que tenía que arrepentirme porque si no iba a ir preso. Y me daba mucho miedo. Ver a ese tipo que había sido fiscal en el juicio a los militares destrozándome por TV fue una de las cosas que no voy a olvidar nunca más.

Yo miraba la tele porque quería entender qué pasaba afuera. Pero me hacía mal. Otro que me daba miedo era Mauro Viale. Era el que más incentivaba el odio contra mí. Me acuerdo de que un día estaba entrevistando a los secretarios de Grassi que tenían entre diecisiete y veintipico y les decía: «¿Pero ustedes no van a hacer nada para defender al padre Grassi? ¿Se van a quedar así?». En ese mismo programa, al día siguiente, un abogado de Grassi repitió eso de que yo lo había extorsionado antes de que saliera el programa al aire. ¡Como si yo hubiera podido decidir qué hacía *Telenoche*

Investiga! Pero además dijo que yo quería el dinero para ir a Filipinas a operarme para transformarme en mujer porque era un homosexual reprimido. Decía mi nombre cada vez que podía aunque fuera testigo de identidad reservada. Y la Justicia no hacía nada. En el programa de Mauro y en *Ámbito Financiero* me nombraban todos los días. Ahí sentí que se venía una muy brava.

Con el paso de los días los custodios se iban aflojando un poco. Ya casi no aparecían. Me encerraban con llave en el cuarto y me lo pasaba mirando tele y anotando lo que decían los periodistas, los abogados y los defensores de Grassi. Cuando necesitaba algo, golpeaba la pared y venían. En los horarios de comida, me traían algo o bajábamos al comedor del hotel.

Fueron muy pocas las veces que hablé por teléfono. No porque no me dejaran: era imposible hablar así. Tenía que avisarles el día anterior para que al día siguiente pudieran traer un celular para que yo llamara. Ese celular iba paseando entre las casas donde había testigos protegidos por la Procuración, todo dentro de La Plata. Según me dijeron, había hasta familias enteras protegidas de los narcos. Una vez que me daban el celular, yo tenía que hacer el llamado delante de alguno de ellos y con el sonido en *speaker*. -Obviamente no podía dar ninguna pista de dónde estaba. De todas maneras, yo no sabía demasiado, solo que estaba en un hotel en La Plata.

Hablé dos veces con Enrique y dos con Paula. Les pedí que me fueran a visitar.

El único que está preso soy yo

Después del hotel, donde creo que estuve menos de un mes, me llevaron a una casa en las afueras. El traslado fue muy loco. Eran dos Seat Córdoba iguales a los patrulleros de la provincia pero de civil. Tenían los vidrios oscuros. Yo iba en el asiento de atrás con dos custodios enormes, uno a cada lado, lo que no me permitía ver bien adónde me llevaban. Llegamos a una casa con dos cuartos y un patio. El patio estaba bueno porque al menos se veía el cielo y se respiraba. Pero terminé quedándome casi siempre en el cuarto

porque era el único lugar donde me dejaban estar solo. Estar en el patio estaba bueno, pero significaba estar siempre con uno de la custodia.

No me visitó nadie en esa casa. No recuerdo cuánto estuve. Les pedía a los custodios que me trajeran los diarios y me los traían todos los días. Yo recortaba todo lo que salía del caso. Muchas veces pensando en darle los recortes a Juan Pablo Gallego, el abogado que me había presentado Stola. Yo quería mandarle esos recortes para que hiciera algo, para que les hiciera juicio a todos esos hijos de puta que decían mentiras sobre mí.

Un mediodía mientras estaba en mi cuarto —los custodios creían que dormía, pero me quedaba ahí para no estar con ellos— uno me dijo desde atrás de la puerta: «Vení a ver la tele porque no te va a gustar lo que pasó».

En la tele estaba Grassi saliendo de los Tribunales de Morón. Abajo decía: «Grassi libre».

Yo no entendía nada. El policía me decía: «Ya está, ya terminó todo. Ahora está en libertad y va a venir por vos».

Me puse muy mal y empecé a llorar con desesperación. Solo pensaba en irme de esa casa. Fugarme, como había hecho en tantos hogares. Hasta que empecé a gritarles completamente sacado: «¡Él está libre, acá el único que está preso soy yo! Mientras se suponía que estaba preso lo visitaba todo el mundo. ¡El único que está encerrado soy yo!». Decidí irme del programa de protección. No me importaba nada de nada. Si él estaba libre, yo no tenía por qué estar preso ahí. Además, si Grassi quedaba libre, seguro me iban a meter en cana a mí.

La cabeza me iba a mil. Me preguntaba para qué carajos lo había denunciado, de qué servía eso de hacerme cargo de mis palabras y hablar ante la Justicia. Pensé mil salidas. Incluso en decir que en realidad no era tan así lo que me había hecho el cura, que había exagerado. Después me daba cuenta de que eso tampoco iba a servir. Y que era horrible hacer eso. Pero todo se me había puesto en duda porque yo seguía encerrado y el cura volvía a la fundación. «Una vez tuvimos una chica que hizo una denuncia tremenda, pero después se arrepintió y no le pasó nada. Así que quedate tranquilo.

Podés decir que agarraste plata porque estabas desesperado y listo», me dijo un custodio. Tantas veces me lo dijeron los policías que yo empecé a pensar en las personas que habían confiado en mí como Miriam o en las que me ayudaban como Stola, Paula y Juan Pablo Gallego. Era gente que me creía, que confiaba en mí, algo que había sentido muy pocas veces en mi vida. Entonces pensé que si hacía eso iba a cagar a todos ellos. No podía hacerlo.

Me vieron tan mal que llamaron a Stola para que me viniera a ver. Stola y Gallego se ocuparon de que se hicieran los papeles para que yo pudiera abandonar el programa de protección de inmediato. Esa noche me quedé en lo de Enrique, que me medicó para que pudiera dormir un poco.

Al día siguiente Enrique Stola me llevó a un departamento que consiguió prestado de un amigo. Quedaba a una cuadra de su casa. Y aunque yo estaba muerto de miedo, me dio mucha seguridad. Pero no podía evitar pensar que si el cura estaba libre, el próximo preso podía ser yo.

Estuve tres o cuatro días en ese departamento y después me llevaron a otro que creo era de otro amigo de Enrique que quedaba en Rodríguez Peña casi Tucumán.

Grassi o muerte

Por ese tiempo a Enrique lo veía casi todos los días. Iba a su casa, a dos cuadras, o él venía al departamento. Me calmaba verlo.

Una noche, estando solo, empecé a escuchar ruidos en la puerta. El departamento era un monoambiente en un décimo piso. Tenía una cama de una plaza, una tele vieja que me consiguió Paula —creo que del canal— y una heladera que había sido de Enrique. Nada más. Sentí que eran varias las personas que estaban en la puerta. Hablaban entre ellos: «Es acá», dijo uno. Empezaron a golpear la puerta, trataban de abrirla. Me di cuenta de que no tenía manera de escapar. No sé si barretearon la puerta o qué, pero reventaron la cerradura de un golpazo y entraron.

Yo estaba seguro de que era la policía. Finalmente, venían a detenerme.

Pero no, entraron dos tipos de treinta o menos —un tercero me pareció que quedó de campana en el pasillo— y empezaron a gritarme. «¿Por qué te metiste con el padre Grassi, por qué lo denunciaste?», dijo uno. Lo nombraron varias veces, y siempre le decían «padre Grassi», como se le decía en la fundación. Nunca de otra forma. Mientras uno me gritaba, el otro me agarró por la espalda retorciéndome los brazos. «Agarralo, agarralo», gritaba el que no me tenía, mientras revisaba el departamento. Me sentaron de un golpe en la única silla que tenía. Uno sacó un cuchillo y mientras el otro me seguía teniendo, pusieron mi mano derecha sobre la mesita que me había prestado Paula. Me apoyó el cuchillo sobre el meñique y ahora los dos gritaban: «¡¿Por qué te metiste con el padre Grassi?!».

Yo no podía ni hablar, estaba paralizado. De un solo movimiento el que tenía el cuchillo me cortó el dedo y empezó a salir muchísima sangre. Salieron corriendo. No sé si fue porque escucharon algo, el campana les dio aviso o porque solo querían llegar hasta ahí. Mi dedo quedó colgando de un hilito de piel. A partir de ese momento los recuerdos se me mezclan. Sé que me envolví el dedo en un repasador tratando como de pegarlo. Fui corriendo no sé si a la comisaría que estaba a dos cuadras o a lo de Enrique. Recién vuelvo a recordar cuando estábamos en el Hospital de Clínicas, adonde me llevó Enrique. Me cosieron el dedo y me dijeron que no habían roto el hueso porque habían cortado justo en la coyuntura. Lo que estaba cortado era el ligamento. Me acuerdo de que como Enrique es médico, les pedía información para hacer la denuncia, como un papel o un certificado. Al día siguiente, Paula fue con alguien del canal y filmaron cómo estaba el departamento. La policía nunca fue, a pesar de la denuncia. Y cuando Gallego fue al Clínicas a buscar el registro de lo que me hicieron en la guardia, le dijeron que no había nada registrado.

En ese momento entendí mejor todavía el poder del cura.

Tuve que volver a entrar en el Programa de Protección al Testigo.

Otra vez Grassi libre y yo preso.

¿Fanáticos?

Los dos Seat Toledo estacionados significaban que la pesadilla volvía a empezar.

No sé si hacían las cosas de ese modo porque los obligaban o porque les gustaba hacerse los que estaban en una película. Otra vez estaba sentado en el asiento de atrás entre dos gorilas que, esta vez, llevaban chalecos antibalas. Por supuesto que me sentía más seguro, pero era demasiado. No imaginaba que me iban a matar unos francotiradores. Temía que me lastimaran más, que me molieran a palos.

En el viaje a La Plata fui pensando en el ataque. Creía que los que se metieron en el departamento no era gente pagada por el cura. Me dio más la sensación de que eran fanáticos, gente que estaba en la fundación o que era muy cercana al cura.

Yo estaba medicado. Enrique me había indicado clonazepam. Creo que veía todo un poco en cámara lenta. El dolor en el dedo recién pegado era permanente y me recordaba la escena de violencia. Como muchas otras veces, pensaba en cómo podía hacer para rendirme, para poder vivir en paz, pero también en cómo seguir adelante con la verdad si el asunto se seguía poniendo más pesado. Porque lo del dedo era el primer mensaje, era decirme «preparate para lo peor si no te arrepentís o si no cambiás tu declaración». Quién sabe qué me podían llegar a hacer si no me arrepentía o decía que había sido presionado para inventar una historia.

Terminé en una especie de casa quinta muy linda que calculo quedaba por Gonnet. Pero lo supongo, porque como siempre dieron un montón de vueltas para que no identificara bien adónde me llevaban. La idea de la casa con patio o jardín era para que uno ni pidiera salir a la calle. El espacio de privacidad era el cuarto. Cuando salía del cuarto veía al poli —sin uniforme pero con el arma reglamentaria— que estaba doce horas adentro de la casa conmigo. También salía al patio si yo salía. Después era reemplazado por otro las restantes doce horas. Había que tratar de llevarse bien con ellos. Nunca se sabe cuánto tiempo te van a tener ahí. Estuve bastante en esa casa. Creo que medio año.

La Justicia quería que estuviera en el programa durante todo el proceso judicial, hasta que se hiciera el juicio oral. Si es que lograba hacerse. Los miles de abogados que tenía Grassi —Moreno Ocampo, Pierri y otros— hacían todo lo que tenían a su alcance para destrozar a los testigos y postergar el juicio lo más posible. Era imposible saber cuánto faltaba para que se hiciera.

Encuentro con 174

En esa casa nunca recibí visitas. A los pocos que vinieron a verme —Enrique, Paula y Carlos— los llevaron a un bar para encontrarse conmigo.

Cada salida era volver a ser un número, como en algunos hogares en los que había estado. Yo era el 174. Cuando subíamos al auto, hablaban por la radio y decían que llevaban a 174 al lugar prefijado y cosas así. Eso fue durante ese medio año. Después me cambiaron el número: me dijeron que yo era el único caso de alguien que entraba y salía tantas veces del programa. Había gente que estaba mucho tiempo y la familia les llevaba cosas. A veces Paula me traía alguna ropa, pero yo estaba solo con mi bolso y mis dos mudas de ropa.

Para mí, las visitas eran muy importantes porque era la única manera de saber qué pasaba realmente afuera. Tenía la información de la tele, pero como se daba esa guerra de canales, yo no sabía qué era cierto y qué no. Seguía pasando casi todo el día mirando la tele, con la cabeza explotada.

Organizar las visitas era todo un trámite. Yo tenía que decirle al custodio que quería hablar por teléfono y al día siguiente pasaba un señor con el celular. Me pedía el número y lo marcaba él. Mientras yo hablaba, ellos se quedaban muy cerca, a dos metros. El paso siguiente era que llamaran a la persona que yo quería que me visitara y le daban opciones de día y hora. El lugar se lo decían un rato antes. Cuando llegaban a ese lugar —tres o cuatro días después —, lo hacían ir a un bar donde después de un rato de espera aparecía la custodia conmigo, 174.

Con Paula fue con quien más hablé en ese tiempo. Me hacía bien hablar con ella. Vino cuatro veces a verme. Me daba la información de lo que iba sucediendo. Me hacía como un resumen, ella sabía qué era lo importante y sabía cuáles de las cosas que decían en la tele eran mentira.

La primera visita de Carlos de Elía estuvo buena. Me hizo dos resúmenes: por un lado, lo que pasaba en la Justicia con la causa, y por el otro, lo que sucedía en los medios. Me daba tranquilidad estar informado, aunque no podía dejar de sentir que estaba preso y el cura estaba libre.

En esa primera visita le pregunté qué hacía él específicamente en el canal. Yo sabía que era jefe de Paula y de Miriam, pero no más que eso. Ese día me enteré de que era el director de todos los noticieros y también de TN. Era el capo. Supongo que por eso era el que tenía más información.

Al mes siguiente le dije a la custodia que quería ver a Carlos de vuelta, que necesitaba hablar con Paula para ver si él quería venir. Yo no tenía su celular. Los custodios reaccionaron de manera rara cuando se los pedí. «No sé si te conviene que venga ese. Mirá que es el capo del canal y en todos lados están diciendo que te pagaron por hacer la denuncia. Si queda registrado él, va a quedar como que vino por eso. Además te aviso que hay algo raro: vino en un auto alquilado. Lo chequeamos y no era de él ni del canal: era alquilado. Raro. ¿Vos confiás en él?», me dijeron.

No sabía qué hacer. No entendía por qué me decían eso. Tenía apenas tres personas que podían visitarme porque no tenía familia, y me querían bajar una. Además, quedarme sin la visita de Carlos era quedarme sin información. Les pedí verlo igual. Ya no me importaba lo que podían decir, si ya vivía casi como un preso.

Cuando vino a visitarme dieron varias vueltas. Un par de custodios llegaron al bar y se sentaron a una mesa cerca de él. Creo que Carlos no se dio cuenta de que era gente del programa. Cuando llegué, me hicieron sentar en un lugar desde el que Carlos no me veía. Hasta que alguien dio la orden para que me acercara a su mesa. No sabía cómo decirle que los de la mesa de al lado eran polis, así que empecé hablando bajito. Después de que me fue

contando todas las novedades judiciales y le pregunté si sabía por qué en algunos medios decían que yo había cobrado del canal por denunciarlo. Me dijo una cosa que me tranquilizó mucho: «Mirá, nosotros tampoco imaginábamos toda esta locura que está pasando y menos que vos ibas a terminar así. Se están diciendo miles de cosas: desde que nos usó Corcho Rodríguez para vengarse del cura porque atacó a Susana que era su novia —eso lo dice Raúl Portal—, que el Grupo Clarín quiere el terreno de la fundación para hacer una inversión inmobiliaria, que la investigación la hizo Miriam que fue montonera para atacar a la Iglesia… Y mil cosas más. Vos y yo —y unos cuantos más— sabemos cómo fueron las cosas. Si dijeron que vos lo quisiste extorsionar a Grassi, imaginate todo lo que pueden inventar para joderte la vida. Nosotros sabemos la verdad y eso es lo que nos tiene que dar tranquilidad. Te aseguro que tarde o temprano esto va a terminar y va a quedar clarito que el cura es abusador y vos una de sus víctimas».

Tiempo después le conté cómo me enteré de que había ido en un auto alquilado y él me explicó que no usaba el suyo para que no lo siguiera nadie cuando iba a verme.

No sé si fue por la forma en que me habló o porque es mucho más alto y grandote que yo, pero me dio seguridad y tranquilidad. Al menos por unos días.

Mi futuro se juega en la tele

Yo entendía que no estaba detenido: no estaba esposado, no tenía tobillera y podía salir una o dos veces por mes a un bar si me visitaban. Nos traían comida dos veces por día para los dos custodios y para mí y la única obligación que tenía era limpiar la casa. Pero estaba todo el día mirando en la tele al cura paseándose por estudios de TV y eso me quemaba la cabeza. Siempre iba a los programas de Mauro Viale o Grondona y llevaba a alguien para que hablara mal de mí, porque él no me podía mencionar por orden del juez. Tenía bien organizado cómo hacerme mierda a través de otra persona, y él sentado al lado ponía cara de víctima. Enrique Stola lo

había hablado con Gallego y él había hecho otra presentación ante la Justicia. Pero nadie lo paraba.

Una vez le conté a Paula que no daba más y me trajo un libro para que me distrajera un poco de la tele. Fue imposible leer, no me podía concentrar en otra cosa que en la tele. En ese tiempo a Enrique lo vi solo tres veces. No sé si le complicaban la visita o qué pasaba. Él era el que más me calmaba, aunque a él también le costaba hablar de cualquier cosa que no fuera lo que para todo el mundo era «el caso Grassi». Me dejaba dosificado el Rivotril y les daba las recetas a los custodios.

Grassi y ese ejército de abogados que nunca sabremos cómo pagaba se lo pasaban metiendo presión en Morón. Sus amigos mediáticos se lo pasaban hablando en la tele todo el día. El cura también. Hasta en los programas de chismes. Él tenía voz para defenderse e inventar un montón de cosas. Yo nunca tuve voz para defenderme más allá de mi abogado.

Sentía que mi futuro se jugaba en la tele. No podía seguir encerrado ahí.

Tengo que salir de acá

Esa etapa del Programa de Protección de Testigos duró poco más de medio año. Se me hizo eterno. No había fuga posible. Y no aguantaba más.

Se lo dije primero a los custodios. Tenía que convencerlos de que no era algo contra ellos. No podía decirles que no los soportaba más, porque me la iban a hacer difícil. Creo que, además, tenían miedo de que yo me quejara o que después contara algo en *Telenoche Investiga*. Los fui convenciendo y ellos fueron hablando con sus superiores. Un día me dijeron que si me quería ir, la que tenía que autorizarlo era la fiscal Míngolo. Organizaron para llevarme a Morón —otra vez en los dos Seat— para hablar con ella.

Míngolo ya estaba al tanto para qué iba. Yo tenía que hacer el pedido formal y explicar por qué no quería estar más en el programa, pero sin hablar mal del programa. Le dije lo que venía pensando y sintiendo desde hacía mucho: que no iba a estar

detenido si el cura estaba libre. Ella me dijo que no podía escribir eso, pero que entendía mi angustia. Fue una buena charla y ella comprendió que yo estaba decidido a irme. Ella podía negarme la salida, pero no lo hizo. No sé qué puso en el expediente, pero aceptó que me fuera.

Volvimos a La Plata a firmar unos papeles. No tenía nada que buscar porque ya tenía la mochila con mis cosas en el auto. La casa había quedado vacía. Los custodios sabían que no iba a volver.

Al día siguiente aparecieron en algunos diarios fotos de los Seat en la puerta del juzgado de Morón. De pedo no había una foto con mi cara. Nunca supimos cómo se filtró la información de que iba a ver a la fiscal. Otra vez la magia de Grassi.

¿Cómo era la paz?

La primera noche no fue en lo de Enrique. Creo que ya tenía miedo de llevarme a su casa, porque además era todo un trastorno para la familia, que fueron todos supercálidos conmigo. Con su ayuda y la de Paula fui a un hotel y a los dos días estaba solo en un departamento que no sé quién les prestó. Era por Entre Ríos e Independencia. Todavía tenía algo de miedo y la cicatriz en el dedo me recordaba todo lo que había pasado. Pero en ese momento dormir sin policías me parecía el paraíso.

Hablamos mucho con Enrique en ese tiempo. De lo que era importante para mi futuro y también de qué cosas podía hacer para que la fiscal entendiera que no había salido por un capricho.

Empecé a estudiar en el Instituto Mariano Moreno para terminar la secundaria de una buena vez. Enrique pagó el colegio. Creo que junto con Julia fue la persona más generosa que conocí en mi vida.

Además, me anoté en un curso de fotografía. Creo que eso fue lo más lindo de esos meses. La fotografía me gustaba desde que era chico, siempre me dio curiosidad, y esa era la primera vez que podía estudiar algo que había soñado. Disfruté un montón los primeros tiempos de esa rutina.

Empecé con tremendo envión el colegio. Tomé veintiuna materias, que era todo lo que me faltaba para terminar la

secundaria. Eran pocas las presenciales. En general, tenías que ir a dar los exámenes. Mientras avanzaba en la escuela y en el curso —que tan feliz me hizo al principio—, me iba dando cuenta de que no podía conocer gente o establecer relaciones con mis compañeros de curso. No podía responder las preguntas básicas, desde dónde vivía, a qué me dedicaba y todo lo demás. Me paralizaba y tenía pánico de que se me escapara lo que me estaba pasando.

Con el paso de los días me fui complicando más y trataba de que nada fuera presencial. El colegio me empezó a desbordar: de las veintiuna materias aprobé solo cinco. Y la calle estaba empezando a ser otra vez el refugio de mi vida. Con todo lo bueno y lo malo: la sensación de libertad —ahora ya estaba igual de libre que Grassi— y los peligros de siempre.

La merca

A medida que me iba mal en el colegio, mi preocupación crecía, porque sabía lo que le costaba a Enrique pagar eso. Eso me hacía sentir que era un problema para todos. Era como que todos vivían pendientes de lo que me pasaba —que nunca era bueno— desde que había empezado la causa. Entonces empecé a dejar de ver a todos los que me rodeaban. Creía que así se acababa el problema. Les huía. A Paula la veía muy de vez en cuando, a Enrique alguna que otra vez y con el resto a lo sumo hablaba alguna vez por teléfono.

Una tarde volví a la Villa Zabaleta. Habían pasado más de dos años de la última vez que había estado, cuando trabajaba en el comedor. Pero algo había cambiado. Ya me sentía tan ajeno y creo que a los demás les pasaba lo mismo conmigo. No sé si fue para sentirme menos ajeno, menos extraño o qué, pero la cuestión es que empecé a consumir merca.

Yo había probado un par de veces, pero nunca más que eso. El porro sí me había acompañado un tiempo. Pero es algo claramente diferente.

Volví varias veces a la villa aunque no me sintiera cómodo. Empecé a consumir regularmente en mi departamento. Siempre

estando solo. No consumía con nadie adelante porque tenía mucho miedo de irme de boca, contar quién era y que eso significara un riesgo para mí o el rechazo de la gente.

Empecé a consumir cada vez más a medida que me alejaba de las personas. Me cerré a mi madrina, me cerré a los hijos de mi madrina y a amigos de mi madrina que conocía y quería. Sentía que la única forma de cuidarlos, de que no les pasara nada malo, era dejar de verlos. A la villa dejé de ir, pero le compraba la merca a uno que me la llevaba desde ahí. Aunque cada vez menos, porque me había gastado lo poco que había ahorrado.

Estaba en un infierno: por un lado, tenía el curso de fotografía que había soñado, tenía un departamento donde vivir y me ayudaban con la comida; por el otro, la causa seguía dando vueltas y parecía no avanzar. Volví a fantasear con ir un día a Morón a putear por todo lo que habían inventado sobre mí en la tele. Decir que había mentido, que me había presionado Miriam o cualquier cosa. Creo que no fui porque también pensé que iba a ir preso por falso testimonio. Lo único que yo quería era estar libre y en paz. Pero no podía traicionar a Miriam. Creo que buscaba que me pasara algo para salir de donde estaba. El caso me había sobrepasado. Ya estábamos a principio de 2004. Había pasado un año y medio. Y todavía faltaba.

Empujado al abismo

La última noche que pasé en el departamento de Independencia estaba un poco drogado. Tengo claro que era un poco porque había consumido lo último que me había traído el chabón de la Zabaleta. Con la merca uno se pone un poco paranoico y está atento a los sonidos: escuchás más que lo normal.

Estaba tirado en el colchón que tenía en el piso cuando sentí ruidos en la escalera. El departamento era chiquito y estaba en el noveno. En ese piso solo había dos departamentos: el mío y el de una señora muy mayor que vivía al lado. Si había ruido de alguien que subía la escalera a esa hora, lo más probable era que viniera a mi departamento.

Escuché unos susurros. Eran dos o tres personas. Intentaban hablar bajito, pero yo los escuchaba igual. Los pasos se acercaron a mi puerta. Alguien se apoyó en ella. El corazón me empezó a funcionar de una manera extremadamente zarpada, no solamente por el cagazo, sino porque todavía estaba algo drogado. Parecía que quería salir del pecho.

Mi balcón daba a un aire y luz; era un departamento interno. Tenía barandas y hacia arriba estaba enrejado, con la protección para los chicos. Pero tenía una mini puertita que tal vez la pusieron para poder enrejar la parte de arriba.

Sentí que empezaban a meter una llave o algo en la cerradura. Sin gritar ni golpear. No tocaron timbre. Nada. Entré en una desesperación total, imaginaba lo peor después de lo del dedo. Salí al balcón y me metí por esa puertita de la reja para los chicos. No sé cómo hice para pasar ni a dónde pretendía ir. No sé ni cómo me di vuelta, pero quedé mirando para adentro, parado en la cornisa que sobresale del balcón y agarrado de las rejas. Sentí que me iba a matar, que me iba a caer al vacío. O, tal vez, entraban y me hacían soltar las manos a golpes y a la mierda; solo tenían que hacer que mis dedos se soltaran y me caía solito. Me estrellaba desde el piso 9. Era suicidio o accidente. Encima drogado. Era el final que deseaban muchos. Redondito.

Hice todo lo posible para volver a entrar, pero desde el lado de afuera no llegaba a la puertita por donde había salido. Y las manos me transpiraban más que lo que me habían transpirado en toda la vida. El ruido en la puerta seguía, cada vez con más fuerza.

La única que me quedó fue estirar la mano hasta el ventanal antiguo que estaba al lado, uno de dos hojas horizontales que se mueven con una palanca. Entré en la casa de la vecina, que estaba durmiendo. Era una señora muy mayor que por suerte yo conocía porque a veces le hacía mandados cuando ella me decía que no podía bajar. Pero era muy loco entrar a su casa por la ventana a esa hora de la noche. Igual yo no pensaba en eso en ese momento. Apenas entré, escuché el estruendo en la puerta de mi departamento. Yo la había cerrado con dos vueltas de llave, como siempre, así que para abrirla hicieron un desastre.

Me quedé en silencio en la cocina de ella. La ventana doble por la que había entrado daba a la cocina. Había algo de luz, pero no había amanecido. Serían las cinco de la mañana. Pensé que al no encontrarme en mi departamento iban a entrar en el de la viejita. En medio de la oscuridad, casi a ciegas, intenté meterme debajo de su cama, pero la mujer se despertó. Pobre señora, le hice pasar un momento horrible. No me creyó que habían entrado a mi casa porque ella no había escuchado nada. Aída era una mujer muy grande, y yo trataba de explicarle, pero ella estaba en una crisis de nervios, como si le hubieran entrado a robar, porque además con esa luz no me reconocía. Creo que si hubiera sido más joven me acuchillaba. Cualquier persona me hubiera hecho algo: solo un ladrón entra por la ventana de un noveno piso a las cinco de la mañana. Prendió la luz y empezó a gritar. Al mismo tiempo escuché un trajín en la escalera de gente bajando. Creo que se fueron gracias a los gritos de Aída.

«¿Qué hacés acá? ¿Qué hacés acá?», me preguntaba. Yo le respondí que me habían querido robar, pero era difícil explicarle, casi imposible. No me creía y no me quería abrir la puerta para salir. Me obligaba a salir por donde había entrado. «Me voy a matar», le dije. «Si pudiste entrar, podés salir», respondió. Yo le insistía con que no había querido entrar. Por suerte ella confiaba en que yo no robaba, y al final me abrió y vi mi puerta abierta de par en par. Ella también la vio. La manija grande de la puerta colgaba de un tornillo y el enchapado de la madera estaba todo roto.

Adentro, todo normal: no habían tocado nada.

Esa vez no me agarraron ni mencionaron al cura. Pero era imposible que no tuviera que ver con él. Yo ya no quería hacer la denuncia. Ya era demasiado repetido y nunca pasaba nada. Nunca encontraban a nadie. Ni una huella.

La llamé a Paula, como siempre.

Una bala y un casete

Volví al Programa de Testigos Protegidos una vez más. Hacer la denuncia era al pedo. Después de un mes con el régimen de siempre

me pusieron como asistido, que era un régimen de vida mucho más amable. Creo que fue el momento en que lo pasé mejor y me vino muy bien para dejar la merca. Iba rotando por departamentitos de la Procuración por toda La Plata. Había custodia en la puerta al principio y después en la cuadra. Retomé los estudios y fue como una desintoxicación de todo.

Sabía que en algún momento iban a anunciar que la causa se elevaba a juicio. Ahí empezaba otro baile. Pero la atención ya no estaba puesta solo en mí. Apareció una víctima más y después otra. Aunque después esa última se arrepintió y en el medio metieron preso al abogado de Grassi, Miguel Ángel Pierri, por presionar a testigos. Era todo tremendo, con películas parecidas a la mía. Pero era como que me habían dado vacaciones por un tiempo.

En 2005 elevaron la causa a juicio oral. Me avisó Juan Pablo y me dijo que la fiscal Míngolo me iba a convocar a Morón. Y así fue. Dos días después, una mañana temprano, llegó uno de los custodios que yo ya conocía. Subió a desayunar conmigo y a la hora bajamos y fuimos otra vez en dos autos a Morón. Como en los viejos tiempos. En la reunión con Míngolo estaba también Juan Pablo. Nadie más. Era una charla muy técnica en la que nos contó que habían elevado la causa a juicio oral y cómo podía llegar a ser el juicio. Todavía no había fecha, faltaba para eso. Al terminar la charla, me despido de ellos y voy hacia el auto del programa. El auto de custodia ya no estaba y el que me tenía que llevar no arrancaba. Lo empujamos, pero no arrancó nunca. Nos tuvimos que quedar esperando hasta que llegara otro auto, porque me tenían que llevar hasta la puerta de mi departamento porque había que respetar el protocolo. Ese protocolo fue lo mejor que me pudo pasar en la vida.

Subí con otro custodio al otro auto y volvimos a La Plata. También ahí vivía en un piso 9. Subimos en el ascensor viejo. Cuando abrió la puerta del departamento, cayó una bala que estaba apoyada en la manija. Al costado había un casete chiquito, en una cajita. El custodio llamó a las personas de abajo para que subieran y me pidió que me pusiera a un costado. Entraron al departamento desenfundando las armas, pero adentro estaba todo normal. Yo me moría por saber qué había en el casete, pero no tenía dónde

escucharlo y tampoco me dejaban tocarlo. A ellos les llamaba la atención que la bala fuera una 9 milímetros de punta hueca, que según dijeron era muy difícil de conseguir. Además, la puerta de entrada del edificio tenía una cerradura computarizada, con lo cual ahí no entraba cualquiera.

Los acompañé a la oficina y les pedí que me dejaran escuchar el casete. Me tuvieron un rato afuera y me dijeron: «Pudimos escuchar muy poco porque tenemos que guardarlo en sobre lacrado. Pero lo que se escucha es la reunión que tuviste hace un rato con la Míngolo y con tu abogado. Y te aviso que se notaba que el grabador estaba al lado de tu abogado». Claramente querían poner en duda a Juan Pablo, que además ni sabía dónde vivía yo. Por el contrario, yo desconfiaba de ellos por la demora que habíamos tenido con el auto que no arrancaba en los Tribunales de Morón.

Lo grave ya no era la bala. Era que podían grabar y escuchar todas las reuniones que había para preparar la lista de testigos y todo lo demás. El cura, o alguien de su entorno, estaba metido dentro de la Justicia de Morón.

Al día siguiente, en la tapa de *Página/12* estaba la foto de la bala que había aparecido en la puerta de mi departamento. De la grabación se ve que nadie les contó nada.

Antes de que empezara el juicio, el fiscal Varela, el fiscal del juicio oral, nos avisó a las dos víctimas que quedábamos para esa etapa que teníamos que estar en el Programa de Protección de Testigos durante el tiempo que durara el juicio.

6

El juicio y la condena

Pericias para desenmascarar al mentiroso

Pasaron más de seis años entre mi denuncia y el juicio oral. Además del miedo por las amenazas y la angustia por estar «preso» en el programa, lo más difícil de aguantar era la sensación de que en algún momento alguien me iba a quebrar, alguien iba a lograr que me arrepintiera para que pudieran decir que yo era un mentiroso.

En esos seis años me hicieron siete pericias. Algunas ordenadas por la Justicia y otras por propia voluntad. El cura jamás fue periciado por la Justicia de Morón. Solo lograron peritarlo en Calafate —donde tenía otra denuncia de abuso— y los resultados fueron terroríficos. Daba miedo leerla.

La primera pericia me la hicieron en San Isidro después de la primera denuncia y fue lejos la peor de todas. Fue en el centro de San Isidro, cerca de los Tribunales. Había entendido que el objetivo de la pericia era tener mi perfil psicológico para ver si por algún motivo yo había inventado lo que me había pasado; o simplemente para definir si lo que contaba era cierto o no.

Lo que pasó fue horrible, patético. Eran dos psiquiatras, una mujer y un hombre. Yo recién había conocido a Stola. Él me acompañó, pero no podía participar. Lo sentaron detrás de mí para que no pudiera verlo y le dijeron que si hablaba iba a tener que irse de la oficina. Fue muy incómodo, como si estuviera con un detector de mentiras; me preguntaban detalles de la denuncia, después pasaban a otros temas de mi vida y volvían a la denuncia. Repetían las preguntas de distinta forma y a veces llegaban a ser muy agresivas. Iban y volvían, como tratando de que yo me mareara y

contara las cosas de otra manera. Me empezaban a preguntar por mi color favorito y de golpe me decían: ¿a qué hora entraste a la oficina del padre? Y así un largo rato.

En un momento Enrique les pidió que me hablaran menos agresivamente y lo hicieron salir de la oficina. Me hicieron contar dos o tres veces todo, de atrás para adelante y de adelante para atrás. Era fácil confundirse. Estaba preparado para que me hicieran test con dibujos y esas cosas, pero no para algo así. Ni siquiera era que uno hacía de policía bueno y otro de malo. Eran los dos malos esperando que me contradijera.

Salí de la oficina muy mal y me senté en la entrada con la peor de las sensaciones. Enrique estaba ahí, también con cara de culo. Sigo sin saber si actuaron bien o si era gente cercana a la Iglesia que quería que me equivocara en algo. Quizá ese interrogatorio era la forma que ellos tenían para saber si mentía o no. Poco después, y a pesar de lo que yo pensaba, los peritos dijeron que mi relato era creíble y consistente.

Dos o tres días después tuve que volver al polo judicial de San Isidro para la segunda pericia. En esa vinieron con los dibujos. Otra vez Enrique podía estar en la oficina pero también sin hablar y sin que lo viera. Me empecé a asustar, porque no sé dibujar y tenía que hacer un montón de dibujos. La mujer tenía mejor onda que los psiquiatras, pero igual le decía a Enrique: «Doctor, recuerde que no puede hablar». Yo estaba muy negativo porque no solamente los dibujos me salieron como el orto, sino que no alcancé a terminarlos. Unos días después entendí que no había sido un concurso de arte: Enrique me dijo que esa parte de los test también había salido bien.

Fue la única pericia en la que me hicieron hacer dibujos. Después vinieron cinco pericias más en Morón. Todas a pedido de la defensa de Grassi. Acepté hacerlas pensando que si las hacía, él también tendría que hacerlas. Pero nunca aceptó hacerse ninguna en Morón.

La tercera, la cuarta y la quinta fueron parecidas a la primera, solo que con diferentes psiquiatras o psicólogos. Ya estaba más curtido, pero había algo nuevo: ya todo el mundo conocía el caso por los medios, entonces las cosas se mezclaban. La cholulez por saber quién había denunciado al cura, la religión —a los que querían

al cura se les notaba mucho— y la curiosidad. Venían dos personas, te pedían que contaras toda la denuncia de nuevo, te distraían con otros temas, volvían a la denuncia y así una y otra vez.

Todas concluyeron que mi relato era creíble y que no mentía.

La sexta fue increíble. En ese momento yo pensaba que la gente de la Justicia tenía que ser superneutral o al menos parecerlo. Para el expediente y para la tele yo era «Gabriel», entonces algunos peritos no asociaban que Oscar Aguirre era la persona abusada por Grassi. Algunos hacían la pericia sin conocer el caso. Entré a una oficina sin saber que esas dos personas eran mis peritos, y ellos no habían asociado que yo era el «Gabriel» del caso Grassi. Para ellos era Oscar Aguirre, un nadie. Uno empezó a decir: «Qué tremendo lo de Grassi, es claramente un ataque a la Iglesia. Dios mío cómo pueden pasar estas cosas». Tal vez el otro se dio cuenta —o ya sabía — de que yo era «Gabriel», me pidió perdón y empezó la pericia como si nada hubiera pasado.

La séptima fue la peor. Yo estaba preparado para que se repitiera lo mismo que en las anteriores, pero por algún motivo que desconozco fue todo diferente. Empezaron preguntándome por mi familia, pedían detalles que ni yo tenía y escarbaban en ese tema que es tan difícil para mí y que entendía que no tenía por qué hablar con esos desconocidos. Esa vez me puse a llorar. Después empezaron a sacar papeles que supongo serían del juzgado, donde tenían información de mi paso por los hogares y me preguntaban por qué era conflictivo, por qué había huido de los hogares. Y al igual que Grassi, me preguntaban si yo me había ido de la fundación porque me había peleado con mis compañeros, y en el medio volvían al relato de la denuncia. Pensaba que esa no la pasaba, pero volvieron a decir que no mentía y que el relato era creíble.

Eso era lo único que me importaba.

¿Quién está en el banquillo?

El fiscal Varela nos citó un mes antes de que empezara el juicio. Fuimos con mi abogado, Sergio Piris, recomendado por Juan Pablo, que quedaba como abogado del Comité Argentino de Seguimiento

de la Convención por los Derechos del Niño que presidía Estela de Carlotto. Se suponía que tenía que estar nervioso, pero ya había habido tantos intentos frustrados de juicio en esos seis años que pensé que era un amague más. Nos contó dónde iba a ser y algunas de las rutinas habituales de los juicios. Como me parecía que no se iba a hacer, no le pregunté mucho. De eso me arrepentí durante todas las audiencias, porque si hubiera sabido cómo era un juicio, no lo hubiera pasado tan mal.

Varela me anunció que durante el juicio tenía que volver al Programa de Testigos Protegidos. De nuevo. Aunque al menos esta vez me daba unos días para prepararme. Pero tenía razón: cada vez que se hablaba de juicio, venía una amenaza. Y ya no podía cuidarme solo.

De vuelta La Plata, los Seat, la custodia y esta vez una casaquinta en la que estuve hasta el día anterior a la primera audiencia. Ese día previo me llevaron a Mar del Plata, a una casa que estaba cerca de la entrada a la ciudad. No entendía nada —hasta el día de hoy no lo entiendo bien—. Había pedido asistir a todas las audiencias en las que me dejaran estar presente en los Tribunales de Morón, entonces pasar la noche en Mar del Plata parecía un chiste. Pero no lo era: los días de audiencia me despertaban a las tres y media de la mañana y salíamos en auto para Morón. Las audiencias muchas veces terminaban a las cuatro o cinco de la tarde, con lo que llegábamos a Mar del Plata cerca de las diez de la noche —si no había mucha niebla— después de andar casi mil kilómetros en un día. Los días que no había audiencia de juicio nos quedábamos en Mar del Plata. Estaba en una casa que tenía al fondo una casita más. En la del fondo dormían los custodios. A mí me dejaron en la del frente. Fueron raros esos días en Mar del Plata. Hacía mucho frío y casi no tenía ganas de salir de la casa. A veces me dejaban ir al súper y una vez por semana me dejaban comprar vino. Casi no tomaba vino, no era del vino, lo hice un poco porque no sabía qué hacer. Creo que me gustó que me dieran permiso porque se supone que los testigos protegidos no pueden tomar alcohol. Igual la botella me duraba casi toda la semana.

Me propuse ir a todas las audiencias que pudiera y creo que falté solo a siete de las más de ochenta que hubo. El cura también fue a casi todas y de entrada se estableció un sistema para que no pudiéramos quedar solos o cara a cara en la sala de audiencias.

Antes de llegar a Morón, los que me llevaban se comunicaban con alguien que estaba en el tribunal, que era el que nos daba la orden de que podíamos entrar. Parábamos a una cuadra y en general nos decían que entráramos en el momento en que el cura —después de llegar en su camioneta— estaba atendiendo a los medios en la puerta del edificio. Era raro tener que pasar casi a escondidas mientras él estaba hablando con la tele. Una vez adentro me llevaban a una sala contigua. Y una vez que estaba el cura adentro, me hacían entrar a la sala de audiencias.

La sala era mucho más chica de lo que había visto en las películas. Mucho. En realidad, nada se parecía a las películas. Yo pensé que el primer día iba a poder hablarle al cura, recordarle los ataques, las amenazas, que yo me había hecho todas las pericias y él ninguna. Creí que podría descargarme, pero no me dejaron. No se podía. Pasaron muchos días y un montón de cosas hasta que llegó mi turno.

La sala era como un aula grande y el cura estaba a menos de tres metros. Varias veces pensé en ir a pegarle y putearlo, pero después siempre pensaba que no me convenía, que era peor para mí. El cura iba vestido siempre con el mismo saco con el que andaba en la fundación. Me acuerdo de que el día que habló dijo que era una persona humilde, sin dinero, y mostró que tenía los bolsillos vacíos. Creo que lo hizo porque todo el mundo hablaba de lo caros que eran los estudios de abogados que tenía, y Juan Pablo Gallego siempre le pegaba por ese lado. Yo no tenía tampoco muchas opciones de ropa: como esta vez se había podido organizar mi entrada al programa, llegué con mis dos pantalones y tres remeras.

Antes de que empezara la primera audiencia me levanté para ir al baño. Estaba ahí nomás de la sala. Cuando salí del baño, me encontré con uno de los jueces que me dijo: «Este baño es para uso exclusivo de los jueces, así que la próxima vaya al que está afuera de la sala. Ah, y recuerde —y se lo digo hoy para lo que dure todo el

juicio— que usted no tiene que mirar al padre Grassi». En ese momento me corrió un frío por la espalda: lo llamó padre Grassi, como todos sus defensores. Eso quería decir que ese juez ya sabía para quién tenía que fallar. Fue una muy mala señal, y cuando anunciaron el primer cuarto intermedio, me volví loco cuando vi que todos se saludaban, algunos se conocían, sabían los nombres de los hijos. Mi abogado y todos los demás charlaban como si nada. Era como que en la sala había una guerra, pero cuando venía el cuarto intermedio eran todos amigos entre abogados, jueces y los demás. El único que estaba con cara de orto todo el tiempo era yo.

Durante las audiencias el cura se lo pasaba escribiendo. Anotaba todo lo que iban diciendo los testigos. Y cuando había un testigo que lo complicaba o que hablaba de los ataques que yo había sufrido o de las amenazas, era impresionante cómo empezaba a escribir a toda velocidad, cerraba la mandíbula fuerte y ni levantaba la cabeza.

Lo que me preocupaba en ese momento era con qué invento nuevo iba a aparecer. Lo primero que dijo fue que lo había extorsionado para no denunciarlo: creo que ese fue su peor argumento, porque para poder extorsionar a alguien tenés que tener una información que lo complique. Se ve que en esa parte no pensó. Después sostuvo que me habían pagado los de Canal 13, sus enemigos —nunca dijo cuáles eran—, que yo era un fabulador, y ya no sé cuántas cosas más. En el juicio dejó de lado algunas de esas teorías, pero siempre sostenía que él era un santo.

Algunas cosas me complicaban: a Miriam la apreciaba mucho y a Paula la quería casi como a una hermana a esa altura. Ellas no me habían obligado a mentir ni me habían pagado. Eso me generaba una situación rara: tenía que negar mi amistad con Paula porque eso podía complicar a ella y a la causa.

El careo que nunca imaginé

Después de Julia, mi madrina, la persona más importante para mí en la fundación era Tita, la encargada de la cocina donde pasé un montón de horas ayudando y compartiendo momentos con su marido y su hijo cuando me podía escapar de la escuela.

Cuando le tocó declarar, Tita —que ya era una mujer grande— se hacía la que no sabía nada. Lo peor de todo fue que dijo no saber quién era yo. Si bien ella no era un testigo importante, porque no había visto nada, yo no podía creer que me desconociera. Ni siquiera supe por qué lo decía. Tal vez la mandaron los abogados del cura como para que no cuente que yo la ayudaba en todo y que era una buena persona. Alguien le pidió que identificara en la sala a Luis Gutiérrez —el otro denunciante— y a mí. Ella se dio vuelta, me miró —yo era el único rubio en las primeras filas—, después lo miró a Luis y dijo que no, que no nos identificaba. Cuando me miró, yo le sonreí. Estaba feliz de volver a verla. Pero no me devolvió la mirada. Fue un puñal. Pidieron un careo conmigo. No nos pusieron cara a cara como en las películas. Nos sentaron uno al lado del otro, pero no podíamos mirarnos. Teníamos que mirar a los jueces.

Las preguntas eran básicas, pero a ella se la veía temerosa y trataba de mirar a los abogados a la hora de contestar. Le decían: «Señora, usted tiene que mirar al frente». Los defensores trataban de que ella dijera que era un chico que hacía lo que quería para dejarme como alguien conflictivo. Decía que no me conocía y negaba que mi madrina, que era vicedirectora en ese momento, había ido a buscarme a la cocina un montón de veces. Después le preguntaron si lavaba la ropa de Grassi y ella dijo que sí. Pero cuando le preguntaron qué tipo de calzoncillos eran los que lavaba, dijo que no sabía y se empezó a poner nerviosa. Muy nerviosa. Después siguió negando cosas que ya eran absurdas. Yo no podía creer lo que pasaba. No tanto por el juicio, porque en su declaración no se jugaba nada grave, pero Tita había sido muy importante para mí y ahora me desconocía.

Fuera de mi declaración, fue la única vez que lloré en el juicio. Lloré en silencio y bajando la cabeza al lado de ella. Sin sollozar, pero con litros de lágrimas. Atiné a decir: «Debe ser como lo dice Tita. Yo la quiero y todo lo que dice debe ser así».

En ese momento, alguien pidió un vaso de agua para Tita que estaba muy alterada y solicitaron cuarto intermedio. Al toque llegó una ambulancia y a Tita no la vimos más. Así terminó mi careo. Según Gallego y Piris, el careo había sido bárbaro.

Cuando salimos para Mar del Plata, yo no podía parar de llorar.

No voy a bajar la vista

El primer día que declaró Grassi me puse muy nervioso. Salimos de Mar del Plata a las tres de la madrugada. Hacía frío y en la ruta había mucha neblina. Los policías iban a las chapas, dormir era imposible. Ese día fue menos agresivo de lo que yo imaginaba por lo que venía escuchando que se decía en los medios. Se apareció con papeles y documentos para tratar de demostrar que yo era un fabulador. Esa primera jornada se dedicó a hablar de mí. Me trató más como a un chico con problemas que como a un mentiroso, o —como había dicho en los últimos días— como alguien que había cobrado para acusarlo de abuso.

Grassi declaró varias veces porque es parte de los derechos del acusado, y estuve presente todas esas veces. En los informes que le dejó al tribunal había inventado una especie de agenda de sus actividades y las mías. También llevó como documento lo que había escrito la psicóloga el día que la policía me había devuelto a la fundación después de haber huido cuando me abusó.

Su objetivo era degradarme lo más posible. Que era una persona conflictiva, que me escapaba de todos lados, que no me había hecho nada y que yo estaba fabulando una historia para justificar que me había escapado.

Me propuse sostenerle la mirada en toda la declaración y me prometí no largar ni una lágrima. Pero el hijo de puta no se animó a mirarme. Quedé golpeado porque a mí me asustaban todos los papeles que llevaba y que presentaba como pruebas, pensaba que me estaba destruyendo de entrada. Cuando le preguntaban por los hechos, negaba todo o los defensores se oponían a las preguntas. Tuve la sensación de que era una batalla perdida y que el que la perdía era yo. Los demás, abogados y jueces, todos los que estaban en el tribunal parecían amigos cuando empezaba cada cuarto intermedio. Estaba claro que si seguía así, el que terminaba preso era yo.

Esa tarde volví derrotado y me dormí en el camino a Mar del Plata. Los policías pusieron un programa deportivo en la radio donde todos gritaban. Me estallaba la cabeza, pero a los pocos kilómetros me dormí. Cuando llegamos, me fui derecho a la cama. No quise comer. Me desperté como a las dos de la tarde del día siguiente porque no había audiencia.

La pericia trucha de Raúl Portal

El segundo día que declaró Grassi fui con miedo. Me había enterado la noche anterior porque me había llamado mi abogado para avisarme. Grassi, como acusado, podía pedir declarar cuando quisiera. Tenía la obligación de ir a todas las audiencias y si faltaba tenía que presentar un escrito con los motivos. Yo no tenía obligación: podía elegir cuándo ir. Mi obligación era declarar el día que me citaran. Y era mi única declaración. Después de eso, no podía agregar ni una palabra.

El cura iba cambiando lo que decía de mí. Unos días después de empezado el juicio ya no era un pobre chico fabulador sino un mentiroso que había inventado todo porque alguien quería quedarse con su fundación. Presentó una especie de pericia en video que había hecho Raúl Portal, que creo que también la mostró en la tele en varios canales. Hizo un cálculo del tiempo que le demoraba al cura volver desde la radio a la fundación, abusarme y volver nuevamente a la radio. Decía que eso no lo podía hacer porque no le daba el tiempo de su programa. Y era cierto que no lo podía hacer. Era imposible. No recuerdo cuánto duraba el programa, pero la supuesta pericia partía de un invento que no sé quién había hecho. A mí me abusó antes de ir a la radio y yo lo dije siempre así. Nunca dije que habíamos vuelto a la fundación —en medio del programa de radio— para que me abusara y después volviera a la radio. Era ridículo. Ese día fue un papelón, pero ahí en los tribunales no se comentaba nada. Además el tipo era como el defensor público del cura y era una persona muy popular. Portal inventó esa supuesta pericia para demostrar algo que nunca había ocurrido. Creo que fue tan delirante que no le cayó bien al tribunal.

Me resultaba muy difícil escuchar al cura y no querer ir a gritarle o pegarle. Actuaba todo el tiempo como si estuviera en una misa y todos los que estábamos ahí fuéramos sus súbditos. Hablaba con ese tono suave y se restregaba todo el tiempo las manos. Cuando hablaba según un plan, decía que «Gabriel» —yo— le daba lástima, que él me iba a perdonar, que yo había tenido una vida difícil. Pero cuando se salía de ese discurso, aunque no me mirara, se le veía un odio horrible en los ojos y empezaba con eso de que «este chico» —ya no era «Gabriel»— es un fabulador, un mentiroso, alguien que habían enviado y pagado para destruir a la fundación, no a él. Tenía que aguantar que dijera esas cosas y tenía que estar mudo. «Lo que pasa acá es que él se convenció tanto de su mentira y está tan involucrado en esto que se pone mal porque sabe las consecuencias de su mentira. Las consecuencias para él y las consecuencias para la fundación por sus mentiras», dijo el cura. Grassi decía todo el tiempo que esto no era contra él y que por culpa mía iban a dejar sin hogar y sin escuela a miles de niños. En ese momento todo el mundo creía que la fundación alojaba a miles, cosa que no era cierta. Los números que daban el cura y Portal eran de los alumnos que iban a las escuelas que estaban dentro del predio. Pero de esos chicos eran pocos los que estaban alojados en la fundación como había estado yo. Los chicos de las escuelas tenían familia y dormían en sus casas.

El terror a declarar

El día de mi declaración fue de terror. Me avisaron una semana antes, así que tuve tiempo para ponerme nervioso. Me aclararon que lo que no dijera en ese momento no podía decirlo nunca más. Iba a ser solo una declaración, no como el cura que tenía la posibilidad de hablar cuando quisiera porque era el acusado. Yo tenía que contar de un tirón lo que había vivido, no podía retroceder o corregir lo que iba contando. Y eso me metía mucha presión, porque me cuesta en general ordenar las ideas y más estando en un tribunal, rodeado de abogados que te desean lo peor.

La semana previa fue difícil porque entre los viajes de Mar del Plata a Morón ida y vuelta, los detalles de cada audiencia, lo que salía en los diarios y la tele, estaba agotado. Todo el tiempo pensaba que me iba a olvidar de algo importante o que no iba a saber responder alguna pregunta. Además sentía presión por la gente que conocía, aunque no me dijeran nada —porque además yo no podía hablar con nadie—: tenía que declarar bien y contar lo que había pasado. Desde mi madrina y mis pocos amigos hasta mi abogado o Estela de Carlotto, el fiscal Varela o Miriam Lewin. Yo no quería fallar, pero sentía que me iban a destripar. Hasta los del programa me metían presión sin querer: «Ahora cuando declares se va a saber toda la verdad», decían. Me sentía como los boxeadores que están rodeados de los entrenadores pero cuando suena la campana les sacan el banquito y se quedan solos.

El día de mi declaración fui sin dormir. Estaba nervioso y otra vez tocaba el viaje Mar del Plata-Morón. Fue dos días antes o dos días después de mi cumpleaños. No me acuerdo exactamente, no estaba muy atento a mi cumpleaños. Ese día me llevaron en una Trafic con mucho personal, el viaje también fue bastante más largo. Yo había leído la denuncia que había hecho en la Justicia —las dos que había hecho—, pero las denuncias están escritas de forma rara. Confunden. Empiezan a decir el deponente, el dicente y cosas así. Al final no entendés nada. Está contada por la persona que escribe, que va repitiendo lo que dice el denunciante. La dejé de lado y traté de recordar lo que me había pasado más allá de los papeles. Pero tenía miedo de cagarla, porque había miles de detalles —algunos me los preguntaron— que no recordaba o que no conocía. Si subí a la oficina a las 20:34 o a las 20:50 y cosas así que me dejaban dudando. Cuando llegamos a los Tribunales de Morón fue peor. Estaba lleno de móviles de los canales, repleto de periodistas y de curiosos porque ya sabían que declaraba. Unos días antes había declarado Luis Gutiérrez, otra de las víctimas —que yo no conocía—, y decían que había sido muy fuerte su declaración contra Grassi; supongo que eso sumaba expectativa.

Entramos por el costado con la Trafic y me hicieron pasar a la sala. Yo estaba sentado a un costado y Grassi estaba sentado en el

lugar de siempre con sus anteojos y su cuaderno en el que anotaba todo. Lo miré, pero él miraba para otro lado. Entraron los jueces y dijeron: «Testigo Aguirre, pase a declarar». Me sentaron en el medio de la sala que ese día estaba llena de gente. Me leyeron el documento y algo más. Hasta que me dicen: «Lo escuchamos». Yo no sabía por dónde empezar, esperaba que me hicieran alguna pregunta. Y me taré. Agaché la cabeza mirando al piso durante un rato que para mí fue larguísimo. Cuando levanté la cabeza me encontré con la mirada de todos. El fiscal Varela me miraba como no entendiendo nada o como diciendo «la cagaste». No me salían las palabras. Sentía todas las miradas de la gente que estaba detrás de mí clavadas en la nuca. Entonces uno de los abogados de Grassi —uno grandote, creo que era Daniel Calvo— dice algo así como que si el testigo no va a declarar continuamos con otro testigo, como diciendo este no sirve para nada o es un mentiroso. Entonces uno del tribunal me dice, de buena forma: «Levante la cabeza y cuéntenos lo que nos tiene que contar». Me sentí muy despreciado por el abogado de Grassi y creo que fue ese enojo lo que me ayudó a arrancar.

Recordé cómo había llegado a la fundación, cómo lo conocí al cura y traté de ser lo más detallista posible cuando conté las situaciones sexuales. Quizá los nervios me traicionaron un poco y no pude recordar alguna de las cosas que he contado aquí. Estuve un buen rato hablando y siempre mirando al tribunal como me habían pedido. En ese momento entendí que ese pedido me ayudaba: era muy difícil mirar a los defensores del cura y no sentirse intimidado. Las primeras preguntas las hizo el tribunal y en general lo que pedían era más detalles de lo que había contado. La sorpresa fue cuando empezaron a preguntar los abogados de Grassi. Parecía que habían investigado toda mi vida. Pero en vez de preguntarme sobre lo que pasó o sobre Grassi, me empezaron a nombrar gente que yo había conocido en hogares hacía mucho tiempo o algunos con los que había estado en la escuela en Uribelarrea y por ahí nos habíamos peleado. Me decían*:* «¿Qué me puede decir de fulano de tal?», y yo ni me acordaba porque eran personas que apenas había conocido. Preguntaban: «¿Recuerda a fulano de tal por qué se peleó

y por qué él dejó de hablarle?». Yo ni me acordaba de quién hablaba, mucho menos de una pelea. Pero el tipo tenía todo direccionado a hacerme mierda sin que yo pudiera responder. Y quedaba claro que habían estado en casi todos los lugares donde yo había vivido buscando algo que me ensuciara. Después empezó a decir que el Estado me estaba pagando el programa de protección de testigos sin preguntarme nunca qué había pasado. Después dio a entender que me había pagado Miriam Lewin, después el canal. No paraba de intentar llenarme de mierda. No sé cuánto duró mi declaración ni cuánto duraron la preguntas. Me transpiraban tanto las manos que cuando me fui tenía el pantalón empapado de apoyar las palmas. Al terminar las preguntas pidieron un cuarto intermedio. Salieron todos a mear y yo busqué a la gente del programa para arrancar la vuelta a Mar del Plata. Estaba agotado y sentía que no había declarado bien todo lo que me había pasado, pero sí lo más importante. Además tenía todo ese viaje por delante y estaba sin dormir. No quería ver a nadie, ni al fiscal Varela ni a mi abogado Piris ni a Juan Pablo Gallego. Costó salir porque estaban todos ellos y los abogados de Grassi hablando con los medios. Yo había dicho lo que tenía que decir y delante de un montón de gente. Contra lo que muchos me preguntaron después, no me sentí ni aliviado ni más liviano después de contar lo que me había hecho el cura. Sentía que mi vida era una mierda y que el cura fuera preso mucho no me la iba a mejorar.

Al día siguiente, Piris me dijo que mi declaración había sido muy completa y precisa, que había sido muy importante para la causa. No sabía cómo iba a seguir todo, si iba a haber careos o algo más, pero Piris me dijo algo que me alegró: «Ya está, ya no vas a tener que contar más lo que te pasó en ningún otro tribunal. Eso se terminó». Me dio un gran alivio pensar que no iba a tener que volver a pasar esa vergüenza. Sé que el cura después volvió a declarar otra vez y esa vez fue para hablar bien de él mismo y para tratar de ensuciar a mi abogado, a Carlotto, a Gallego y a varios más. Otra vez se dio vuelta los bolsillos del pantalón y arrancó con que él era una persona sin dinero, que había ido al juicio siempre con el mismo traje y que no tenía para pagar abogados. Y que Piris, mi abogado,

también había sido alguna vez abogado de Cablevisión, queriendo decir que le pagaba el Grupo Clarín. Lo mismo dio a entender de Estela de Carlotto y de Nora Schulman, la directora del comité. Como si haber trabajado en mi causa significara que le hubieran pagado por mí. Justo él, que había tenido a Moreno Ocampo, a abogados que defendieron a Yabrán y a otros pesados.

El tipo hablaba tan seguro que te hacía dudar de todo.

¿Quién es el culpable?

La noche anterior a la sentencia no dormí nada. Entre lo que decían en la tele y lo que decían los custodios, estaba muy nervioso. No solo no sabía cómo iba a ser la sentencia, sino que había imaginado cosas que nada que ver por lo que había visto en las películas.

Me llevaron bien temprano como para llegar a las ocho a Morón. Cuando entré a la sala me quedé helado. El fiscal me había llevado unos días antes a un tribunal para que viera cómo era el momento de la sentencia. En la primera que vi, cuando la leían, me di cuenta de que había tres policías detrás del acusado, y en cuanto lo declararon culpable, se lo llevaron. En la segunda sentencia —de alguien que fue declarado inocente—, había tres policías, pero a la entrada del tribunal. El día de la sentencia del cura había un policía en la entrada para controlar quién entraba y los otros cuatro se pararon detrás de mí. Entré en pánico. Me quedé paralizado. Por mi cabeza pasaron todas las cosas horribles que habían inventado sobre mí el cura y los abogados. Como no tenía idea de nada, pensé que el preso iba a ser yo.

Cuando miré a la derecha, me encontré con la cara de Estela de Carlotto. Estaba como en una silla especial que habían agregado ese día. No la había visto nunca en mi vida y era un símbolo muy fuerte. Me dio una enorme tranquilidad cuando me miró. Y más todavía cuando me agarró la mano y me dijo: «Sentate al lado mío». No sé si era por lo que yo había leído de ella o por qué, pero me sentí fuerte, entero. Y volví a sentir eso de que no tengo que mirar al piso, sino que quiero mirar a todos de frente. Cuando levanté la vista me encontré con la cara de Raúl Portal que me señalaba con el dedo

y les decía a todos: «Ese es "Gabriel", mírenlo»; una forma de escracharme. Hizo lo mismo con el testigo Luis Gutiérrez, que bajó la cabeza cuando Portal lo escrachaba. Yo lo miré desafiante.

Los policías detrás de mí eran una señal horrible. Si bien en algún rincón sabía que era una fantasía mía que me llevaran preso, que estuvieran detrás de mí y no del cura indicaba claramente que Grassi no iba a ir a la cárcel.

Me quise ir de la sala —porque no tenía obligación legal de estar ahí—, pero no me dejaron.

Los jueces empezaron a leer la sentencia. Hubo un momento de tensión, de suspenso, hasta que llegó la parte en la que decían si lo encontraban culpable o no. Cuando dijeron que lo condenaban a quince años de prisión, Estela Carlotto me volvió a agarrar la mano: «Se hizo justicia», me dijo.

Si uno miraba a la gente de Grassi, parecían casi celebrando. Decían que se habían caído un montón de hechos y que el cura no iba a ir preso porque iba a apelar.

No sentí alivio porque me di cuenta de que el cura se iba otra vez a su casa y yo volvía al programa de protección sin saber cómo seguiría mi vida.

Desde aquel día hasta que fue preso pasaron cuatro años. Recién cuando la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires confirmó la sentencia, Grassi fue a la cárcel de Campana.

La condena se basó en los dos hechos de abuso y corrupción contra mí más el agravante de que era quien debía cuidarme. Es decir que fue preso recién once años después de mi denuncia. Once años que fueron en su mayoría un calvario para mí. Hubo quince hechos de otros chicos que no se dieron por probados y seguramente fueron más los que no se animaron a denunciarlo.

La trastienda de una investigación

por Carlos de Elía

Telenoche Investiga, el programa

En 1994 inauguramos el espacio «Telenoche Investiga» como una sección del *Telenoche* tradicional que conducían Mónica Cahen D'Anvers y César Mascetti. El objetivo inicial era profundizar temas que estaban en boca de la gente pero que por cuestiones de recursos y tiempo no se podían hacer en un noticiero diario.

Una de las primeras investigaciones mostró cómo operaba la mafia de los taxis en Aeroparque. Si bien todos los pasajeros que pasaban por ahí sabían de qué se trataba, la complicidad de algunas autoridades impedía que el sistema se modificara. Fue una cámara oculta de «Telenoche Investiga» la que desnudó detalles de esa mafia.

Los resultados de las investigaciones fueron impactantes: no solo el rating subía, todos los medios empezaban a hablar de *Telenoche*, que se transformó rápidamente en el noticiero líder, aunque demoró unos años en ganar en rating.

Empezamos con un equipo muy reducido. Era un grupo —casi un grupúsculo— que trabajaba aislado de la redacción general, por lo que muchas veces se ganaban motes poco amistosos por la rigurosa confidencialidad con que manejaban los temas. El éxito de la sección me permitió incorporar gente y recursos. El productor Eduardo Cura coordinó la sección durante varios años, hasta que se transformó en programa semanal en el 2000.

Fue una etapa inédita en los noticieros de la época: desde encontrar al criminal de guerra nazi Dinko Šaki´c a grabar con cámara oculta a funcionarios corruptos mientras pedían coima. Un juez destituido, un represor confesando sus atrocidades y hasta un inspector que pedía mirando a cámara «la platita, la platita» para habilitar un comercio.

El equipo fue creciendo en productores y periodistas. Todos los que trabajaban en los noticieros del 13 o en TN querían estar en *Telenoche Investiga*. Les daba prestigio y visibilidad. Y muchas veces, aunque resultara riesgoso, a algunos les permitía no estar en la calle haciendo coberturas en inviernos fríos o al rayo del sol en los veranos.

A fines de 1999 empecé con el proyecto del programa. Con el apoyo del CEO Lucio Pagliaro y la venia de Hugo di Guglielmo —el gerente de programación—, *Telenoche Investiga*, el programa, tuvo su primera temporada en el año 2000, los miércoles a las 23, en un horario que parecía riesgoso en ese momento que la tele estaba plagada de ficciones argentinas o los programas de Tinelli con los que parecía imposible competir. La conducción estaba a cargo de María Laura Santillán y Juan Miceli. El equipo de periodistas que aparecía en cámara estaba encabezado por Sergio Elguezábal —que fue de los primeros en llevar adelante las investigaciones cuando era sección—, más Mario Markic, Luis Otero y Miriam Lewin. La producción ejecutiva estaba a cargo de Federico Cuervo.

La primera temporada fue de veinte programas. El impacto fue altísimo y parejo, pero la cantidad de programas nos dejó al borde del colapso por el esfuerzo que demandaban. Llegábamos al aire con lo justo y con una premisa que no abandonamos nunca: eran programas «hechos a mano», donde cada palabra y cada imagen tenía que estar fundamentada y sobre todo chequeada. No solo por el rigor periodístico que pretendíamos, sino también por las contingencias legales y potenciales juicios que podía generar cada emisión.

Telenoche Investiga se emitió entre 2000 y 2003, cuatro temporadas. Fueron casi setenta programas en los que pudimos revelar y demostrar una larga lista de delitos, omisiones y calamidades. Los transformadores de luz que usaban PCB y podían generar leucemia a los que vivían cerca, las tropelías de «La Doctorcita» Giselle Rímolo, una jueza que ofrecía adopciones *on demand*, tres curas truchos que falsearon casamientos a cientos de argentinos de buen pasar porque iban a celebrar las uniones a sus quintas, fronteras del país completamente desguarnecidas por donde

pasaba cualquiera, pesca furtiva en zonas protegidas, feudos políticos que esclavizaban a pueblos originarios, el uso de asbesto cancerígeno en construcciones, la desertificación de zonas del país por el avance de la frontera agrícola. La lista sigue, hasta incluir temas de salud aparentemente menores como los protectores solares que no protegían de los rayos UV.

La investigación del después llamado «Caso Grassi» empezó casi ocho meses antes de la salida al aire. Los primeros datos los trajo una de nuestras productoras, Irene Bais. Había mucho *ruido* en Hurlingham por los manejos de Grassi en su fundación, sobre todo con las donaciones. Pero muy pronto empezaron a aparecer extraños antecedentes en su historia que incluían dos traslados de destino muy asociados en la época con la maniobra que hacía la Iglesia para evitar conflictos cuando algún sacerdote tenía una denuncia por abuso sexual.

Después encontramos una denuncia anónima de abuso contra Grassi en los Tribunales de Morón que estaba cajoneada en un juzgado. A partir de ese momento, uno de los equipos de la producción del programa —integrado básicamente por Miriam Lewin e Irene Bais, más dos productores rotativos— se puso a fondo a buscar elementos que pudieran respaldar esa denuncia. Teníamos reuniones semanales con el equipo junto con Federico Cuervo y Ricardo Ravanelli. Se repasaban los temas en carpeta, los temas en investigación y se definía la edición de cada nota y la salida al aire.

Fueron varias las denuncias de abuso de menores contra Grassi. La del primer programa, la de «Gabriel», o más bien Oscar, si no fue la más espantosa, por lo menos fue la más creíble y conmovedora de todas.

Cuando Miriam grabó la entrevista a Oscar, la suerte de Grassi estaba echada.

A partir del momento de la salida al aire del programa, empezaron a estallar las consecuencias de la investigación. Esa misma noche.

Se mezclaron en pocos días los nombres que marcaban la época en la política, en los medios y en la sociedad argentina. Y con las

demoras de la Justicia tuvimos tiempo hasta de ver cómo el obispo que se había entreverado en el caso terminaba ungido como papa.

Magnetto

Cuando le conté los detalles de la investigación a mi jefe, Lucio Pagliaro —uno de los tres líderes del Grupo Clarín—, me transmitió su asombro y también —una vez más— su confianza. Imaginamos las reacciones posibles por la publicación, pero nunca las que finalmente sucedieron. Pagliaro fue categórico: «Hablalo con mi socio».

Su socio es Héctor Magnetto, el máximo líder del grupo.

No me animé a anticipárselo por teléfono. Me atendió Susana, la más formal y estricta de sus secretarias, y le dije que prefería verlo en persona. «Venga a las tres, De Elía», me dijo, como siempre, dirigiéndose a mí únicamente por mi apellido.

Terminé el pollo con puré de zapallo que no había llegado a enfriarse en la bandeja que cada día los mozos Eduardo o Gustavo depositaban en mi escritorio y me quedé mirando la pared de catorce monitores que sintonizaba cada uno un canal diferente, y que ya era el paisaje natural de mi vida desde hacía diez años.

Lo que le iba a contar a Magnetto iba a ser un antes y un después en la televisión y en la investigación periodística, pero yo todavía no podía imaginar lo que iba a pasar.

Temía que por primera vez me dijera que no, esto no se publica, o esto no se puede. Y eso además de la frustración natural, me enfrentaba a un nuevo problema: ¿cómo le comunicaba esa negativa, ese veto, al equipo, cuando era yo quien había empujado la investigación?

Bastante antes de las tres entré por el garaje que da a la calle Piedras después de que el encargado de seguridad me preguntara «¿usted de qué empresa es?», como lo hacía en cada una de las visitas mensuales que tenía desde hacía más de cinco años.

La oficina de Magnetto queda en el cuarto piso. Tienen una antesala con dos puestos de secretarias en un gran hall que da a las

oficinas de José Aranda —el otro accionista del grupo— y de algunos jefes del diario *Clarín*.

Al lado de la oficina de Magnetto hay una pequeña salita rectangular —casi un pasillo— en la que los invitados esperan con privacidad, para no quedar expuestos a la intemperie de una sala de espera. Una mesita con las últimas revistas *Viva* y en las paredes algunos cuadros de pintores argentinos revelan una de las pasiones de Magnetto.

Me quedé unos minutos en esa sala. Mi cabeza no paraba y buscaba el discurso ideal para que Magnetto me dijera que sí. No sabía si la clave estaba en las primeras palabras que iba a pronunciar o en el cierre. Por momentos sentía que había encontrado el texto perfecto y segundos después esas mismas frases me parecían inviables.

«¿Cómo te va, cómo andas, Carlos, qué pasó?». A veces me decía Carlos, a veces De Elía, como su secretaria. Que yo le hubiera pedido hablar con urgencia indudablemente lo había inquietado. Uno siempre piensa que el que se inquieta es uno y no las personas con tanto poder.

«Lo vengo a ver por Grassi», arranqué. «¡Uy! ¿Qué pasó ahora? —dijo interrumpiéndome—. ¿Otro quilombo?». Como todos los que nos enterábamos de que «algo pasaba con Grassi», pensaba que era algo referido a algún manejo de dinero por su conflicto con Corcho Rodríguez y Susana Giménez.

Le conté lo más detalladamente posible lo que teníamos hasta ese momento en la investigación. Le dije que habíamos grabado a uno de los denunciantes y que ese era el corazón del trabajo de *Telenoche Investiga*. «¡Carajo, qué quilombo! ¡Qué quilombo!», repitió. De inmediato dijo: «Quiero ver ese material». Por primera vez Magnetto me pedía ver un material antes de mandarlo al aire. Pero al menos no había dicho que no.

Al día siguiente volví con el reportaje a Oscar en un VHS para verlo en su oficina. Vio creo que diez o doce minutos de la síntesis que le llevé y se quedó pensando.

«Lo que cuenta y cómo lo cuenta es muy creíble. Pero no». Había aparecido el «no» que yo no quería ni imaginar.

«Si queremos publicar tiene que ser con denuncia judicial, si no, es una denuncia mediática. En este caso no alcanza con tres fuentes para publicar. No es un delito privado, pero no alcanza… ¿Y si el chico después dice que se arrepiente y dice que no fue así? Así que veremos si el chico se anima a ir a la Justicia y denunciarlo», dijo.

El «no» había pasado a ser un «sí, pero». Y ese «sí» ya no estaba solo en nuestro equipo de investigación, ahora dependía de Oscar.

En las pocas cuadras que separaban al diario del canal llamé a Federico Cuervo para reunirnos con Miriam Lewin. El debate fue breve. Miriam pensaba que no era necesaria la denuncia judicial, que Oscar ya había hablado en cámara y que hacerlo ante la Justicia era revictimizarlo. «Y no sé si irá a la fiscalía a denunciarlo, francamente. Y si no va, ¿qué hacemos? ¿No publicamos nada?», cerró Miriam dirigiéndose a mí.

No le respondí porque yo tampoco aceptaba la idea de que después de semejante investigación no se publicara nada. Pero quedar expuestos a un arrepentimiento hubiera sido letal para *Telenoche Investiga*.

El doctor Andrés Torres —asesor legal del canal— pasó a ser la única persona fuera del equipo de investigación que sabía lo que estábamos preparando. Llegó a mi oficina y al entrar su cara cambió al ver que allí estaba buena parte del equipo de *Telenoche Investiga*, su cara cambió. Vernos juntos lo hacía imaginar montañas de trabajo para él.

Enmudeció mientras le contábamos y abría cada vez más los ojos y levantaba más aún las cejas. Se tomó unos segundos y dijo: «Tiene razón Magnetto, para que esto no sea mediático o para que no parezca un ataque al cura, el pibe tiene que hacer la denuncia judicial. Qué quilombo se va a armar».

Acababa de empezar la siguiente cuenta regresiva. Yo, mientras tanto, empezaba a pensar en cómo iba a titular semejante investigación.

Cámara oculta a Raúl Portal

Faltaban menos de dos meses para la publicación de la investigación cuando llamó Raúl Portal para reunirse conmigo. Lo había conocido a fines de los ochenta, cuando lo entrevisté para una revista por el *boom* que había generado su programa nocturno en la TV. Con dos pesos de producción y a puro ingenio dominaba la audiencia desde el ATC de entonces. Se había transformado en algo así como el payaso nacional, un rubro circense que él revalorizaba siempre que podía. Antes había sido periodista y funcionario de la Secretaría de Prensa durante la dictadura de Onganía y luego con Videla.

Portal fue el primero en apostar por Grassi y se convirtió rápidamente en su principal *sponsor* mediático: empezó a llevarlo a sus programas y luego se incorporó a la comisión directiva de la Fundación Felices los Niños, llegando a presidirla cuando Grassi fue preso.

Constituyeron un dúo en el que uno representaba lo mediático y el otro la bondad hacia los desposeídos; Grassi era invitado casi permanente en los programas de TV de Portal y este en los de radio de Grassi.

Su repentino interés en reunirse conmigo —seguramente no me recordaba de aquella entrevista— tenía un solo objetivo: Grassi. O «Julito», como le decía él.

Nos reunimos con Federico Cuervo y Miriam Lewin para ver «qué hacíamos con Portal». El debate pasaba en primer lugar por por qué sabría Portal de nuestra investigación y qué pretendería que hiciéramos. No habían tenido lugar aún ni la denuncia judicial ni la entrevista de Miriam a Oscar, por lo tanto la sospecha era que de tanto preguntar en la zona de la fundación algo hubiera llegado a oídos del cura, que mandaba a Portal de emisario.

Ante la duda y para evitar cualquier maniobra que pudiera hacer Portal, decidimos que lo iba a recibir, pero que grabaría con una cámara oculta la reunión.

La virgencita con cámara oculta que habíamos usado para desenmascarar a tres curas truchos terminó en la biblioteca que estaba detrás de mí. Desde allí podía tomar un buen plano de Portal y de mi nuca, y a esa distancia también sería bueno el audio.

Portal llegó puntual a las cuatro de la tarde. Para evitar que algo se supiera en el canal, instalamos la virgen de la cámara oculta mientras almorzaba en mi oficina, como casi todos los días. En el canal solo unos pocos miembros de *Telenoche Investiga* estaban al tanto de esta investigación.

Puse a grabar la cámara, me tomé unos segundos para pensar —o tratar de imaginar qué querría Portal— y lo hice pasar.

Estaba más serio que lo habitual —aunque esbozó alguna sonrisa tipo mueca— y arrancó un monólogo que me evitó responder preguntas.

«Mirá, Carlitos —dijo confianzudamente, como era su estilo—, me dijeron que están investigando a Julito, que tienen algo contra él… Julito es una persona única y su obra es increíble. Sería terrible que hagan algo contra su obra, son miles de chicos los que reciben su ayuda. ¿Vos sabés lo que es tener un plato de comida en este momento del país con la pobreza que hay? Yo no sé qué es lo que tienen, pero te puedo asegurar que Julito es intachable. Además, hay un montón de gente atrás de la fundación… Imaginate que si ustedes denuncian algo y se equivocan, podemos perder un montón de *sponsors*. Eso sería terrible».

Cada tanto insistía: «Yo no sé qué es lo que tienen, qué es lo que están investigando». Yo solo lo miraba en silencio, esperando que completara la frase.

«Julito puede no ser muy organizado… seguramente hay cuestionamientos por el manejo del dinero… por ahí no es muy prolijo o alguien sospecha algo. Pero te propongo lo siguiente: ustedes elijan una empresa auditora para que revise todas las cuentas de la fundación. Puede ser Price Waterhouse o alguna de esas. Podemos pedirle a alguno de los *sponsors* que pague la auditoría si querés, no hay problema. Y te prometo, te juro, que si aparece algo raro o que alguien se afanó algo, yo mismo lo echo. ¡Y les doy la auditoría a ustedes para que la publiquen! ¿Te parece? ¿Estás de acuerdo? Yo creo que le conviene a la fundación, a los chicos y a ustedes. ¿Qué decís, Carlitos?».

No hacía pausas ni para respirar: quería sacarse de encima todo lo que tenía para decirme e irse. Le dije que iba a averiguar con el

equipo de *Investiga*, pero que no había escuchado nada sobre corrupción económica. Y que si era algo de eso me iba a comunicar con él y veíamos si era factible lo de la auditoría.

«Mirá, si no es por ese lado, no sé qué será. Pero acordate siempre de algo: todos los seres humanos tenemos debilidades». Eso fue lo que dijo para cerrar la charla. Y se fue rápidamente.

Apenas salió, Federico y Miriam entraron a mi oficina. Coincidieron en que la reunión —salvo la insistencia de Portal en algún manejo económico sospechoso de la fundación— no aportaba nada. O Portal pretendía sacarme de mentira a verdad algo de la denuncia de abuso que todavía no habíamos constatado, o realmente no sabía nada. La falta de relevancia de esa grabación en cámara oculta tuvo su costado positivo: por torpeza o por nervios, no había puesto la cámara a grabar.

De eso no se habla

En aquel equipo de *Telenoche Investiga* había un periodista al que Grassi ya conocía. Se habían cruzado cuatro años antes, en 1998, cuando estando en la producción de *Telenoche* llevó adelante el caso que enfrentó a Grassi con Susana Giménez. En su programa, Susana tenía un concurso telefónico con premios millonarios —el «Su llamado»— en el que a la gente que participaba le cobraban un dinero por cada llamada. La empresa que gestionaba el tema era Hard Communication, propiedad del novio de Susana, Corcho Rodríguez, y del exmontonero Rodolfo Galimberti. Por norma, las empresas que manejaban los juegos de TV que usaban teléfonos debían destinar un porcentaje de lo recaudado a acciones de beneficencia. A Hard Communication le pareció que la Fundación Felices los Niños era el destino perfecto: el cura mediático y supuesto protector de chicos reunía todas las condiciones. Pero no tuvieron en cuenta el afán recaudatorio de Grassi que, con el argumento de que nada alcanzaba para proteger a esos chicos, empezó a reclamar públicamente más dinero y que el pago no fuera en cuotas. La polémica reinó en todos los medios durante casi dos meses y terminó con Grassi sentado en el living de Susana. En

aquella oportunidad, Susana soltó una de esas famosas frases: «Pero qué quiere, padre, ¿hacerles un Sheraton?». Días después Grassi aprovechó la intervención poco feliz de Susana para burlarse. Pero lo importante era que a través de un arreglo extrajudicial se llevó un millón y medio de dólares y así Rodríguez y Galimberti fueron sobreseídos.

En esos días intensos nuestro productor entrevistó al cura casi diariamente para seguir las alternativas del caso. Conmovido por los relatos y por su natural sensibilidad y empatía, también terminó contándole a Grassi sobre su propia vida y el complejo momento que estaba pasando: tenía una hija, pero su mujer no podía volver a embarazarse, por lo que la adopción era la única posibilidad para volver a ser padres. El tema de la adopción se diluyó junto con el escándalo de las llamadas telefónicas.

Cuatro años después, cuando faltaban más de dos meses para la publicación de la investigación, Grassi —que ya estaba alertado de que lo veníamos investigando aunque no tuviera muy en claro cuál era el tema— aprovechó de la forma más inescrupulosa esas confesiones que le había hecho nuestro productor.

«¿Tenés un minuto? Quiero que escuches algo», me dijo Ricardo Ravanelli, que coordinaba la investigación y muchos años después me sucedió en la dirección de noticias. Al ratito ya estaba en mi oficina. Estaba desencajado y muy nervioso. «Me parece que el cura ya sabe algo, no sé qué, pero sabe. Algo indudablemente se filtró». Puso el celular del productor sobre mi escritorio: «Escuchá esto. Acordate que cuando se conocieron durante el quilombo con Susana el cura estaba al tanto de que él buscaba adoptar. Hoy, cuatro años después, le dejó este mensaje. Indudablemente se siente acorralado y va a hacer cualquier cosa para defenderse. Escuchá», me dijo.

«Tiene un mensaje guardado», dijo la voz de la locutora de CTI, una operadora de celulares de aquel momento. Después apareció la voz de Grassi, que con su habitual tono cansino y desposeído, decía: «Hola, ¿cómo estás? Tanto tiempo. Quería decirte que siempre me acuerdo de vos… Y quería contarte que hoy pensé en vos porque dejaron una bebita muy chiquita, rubiecita y divina, para dar en adopción. Llamame. Dios te bendiga».

Mantuvimos esa conversación y ese mensaje entre nosotros. Fue nuestro secreto durante varios años. Cuando declaré como testigo en el juicio oral a Grassi, conté esto mismo ante la mirada furiosa del cura. No hubo ninguna acción judicial sobre este tema, pero sus manejos con las adopciones empezaron a estar en el debate público, sobre todo aquellas que otorgaban chicos de la fundación a famosos, algunos de los cuales se transformaron después en defensores «naturales» de Grassi.

Monseñor Laguna

Eran las nueve de la mañana y estábamos yendo en un remise desde el canal a ver al obispo de Morón, monseñor Justo Laguna. Faltaban siete días para que la investigación saliera al aire.

Conocido por su alto perfil mediático —habitué de espacios de reflexión en los programas de Mariano Grondona— y declarado antimenemista, Laguna era la autoridad natural de Julio Grassi, que tenía su feudo prácticamente enfrente de la casa de Laguna.

Íbamos Federico Cuervo, Miriam Lewin y yo.

En el remise no podíamos hablar del tema. No confiábamos en casi nadie y a cada minuto que pasaba íbamos tomando dimensión de lo que estaba por venir.

Mientras hablábamos de trivialidades, seguía pensando en cómo encarar al obispo, a quien apenas había cruzado un par de veces en el estudio del programa de Grondona cuando yo era productor de *Hora clave*.

Magnetto había sido claro: «Avisale, así se entera por vos y no por la tele. Es una demostración de que esto no es un ataque a la Iglesia y mucho menos a él, que es el jefe natural de Grassi».

Íbamos por la autopista 25 de Mayo y estábamos llegando al Acceso Oeste. Cada vez faltaba menos para las diez, la hora en la que nos había citado Laguna. Yo seguía sin encontrar las palabras.

Si bien algunos cercanos a la fundación hablaban de celos de Laguna a Grassi por su popularidad, los que conocían a Laguna decían que probablemente no lo quería por ser tan funcional al menemismo —tanto que Menem, a su manera, lo había bendecido—

y a la política económica de Domingo Cavallo, que requería de tanto asistencialismo, rubro en el que Grassi se había transformado en rey.

A quince minutos de lo de Laguna ya no tenía lugar en la cabeza para especulaciones políticas. El problema era cómo iba a reaccionar él y qué haría con esa información en sus manos. ¿Cómo reacciona un obispo cuando le dicen que uno de sus sacerdotes más renombrados es un abusador de chicos? ¿Se enoja con el mensajero? ¿Habla con su propio jefe, Bergoglio, para contarle, para alertarlo?

Estábamos doblando a la derecha para tomar el Camino del Buen Ayre. Ya estábamos en Hurlingham, la tierra de la Fundación Felices los Niños.

El remisero trataba de sacar temas ante el silencio de los viajeros. «Esta semana vine un par de veces por acá con los muchachos del *Investiga*», dijo. Los tres cruzamos miradas de horror: el remisero parecía saber lo que Laguna no y lo que nosotros considerábamos un secreto de Estado.

El espanto viró rápidamente en risas nerviosas. Una vez más la realidad nos decía que no éramos del FBI ni nada que se le pareciera, que éramos apenas un grupo de periodistas tratando de sacar adelante lo que podía ser la investigación más importante de nuestras carreras.

«Allá adelante está la Blanquita, que es una casa que tiene el padre Grassi enfrente de la fundación», dijo el remisero agregando detalles y sumando desconcierto a los pasajeros.

La casa de Laguna era más que una casa quinta. Se entraba por una tranquera —como en un campo— y eso hacía que uno la viera de otra manera, que pareciera una estancia.

El que apareció a recibirnos fue Santiago Olivera, auxiliar y amigo de Laguna. Tendió su mano, amistoso y cálido, sin imaginar el motivo de la reunión.

El living de la casa se encontraba en el primer piso, y tanto los muebles como la decoración eran sencillas y muy de los años cincuenta: muebles de lapacho, ventanas más bien chicas y de marcos gruesos; una carpetita tejida debajo de una lámpara en una mesa pequeña al lado de uno de los dos sofás.

Mientras Olivera sostenía una conversación de ocasión, yo decidí que ante Laguna iba a improvisar, que si quería detalles se los iba a dar, pero por sobre todo iba a tratar de que entendiera que la investigación no podía ser el problema. El problema eran las tropelías de Grassi.

«¿Cómo les va?», dijo con esa voz engolada y un tanto afectada que supo ser su sello, tanto que hasta llegó a tener imitadores en los programas cómicos de la TV.

Los que lo habíamos visto algunas veces nos dimos cuenta de que estaba serio, intrigado. Nunca habíamos estado en una situación así, de pedir una reunión y aparecernos el director de noticias, el productor del equipo de investigación y una periodista.

Laguna no estaba para rodeos, no estaba como cuando iba a un estudio y desplegaba sus reflexiones ante las cámaras. Estaba más bien molesto, como si hubiéramos irrumpido en su territorio.

—Bueno, Carlos, por qué no me cuenta para qué vinieron. Estoy un poco sorprendido por esta visita —arremetió.

—Los presento: él es Federico Cuervo, el productor de *Telenoche Investiga*, y supongo que a Miriam ya la conoce de la tele. Estamos por publicar una investigación, pero queremos contarle antes a usted de qué se trata para que no se sorprenda por televisión.

—Muchas gracias por ese gesto que desde ya lo valoro. Pero… ¡qué intriga! ¿Sobre qué es la investigación?

—Sobre el padre Grassi.

—¡Ay! ¡No! ¿Ahora qué pasa? ¡Por Dios! ¿Otra vez problemas? ¿Por qué? ¿De qué es la investigación? ¿De las cuentas? Yo ya tuve problemas con él por el manejo de los fondos, es muy peligroso lo que hace. Ya tuvo un subsidio de Cavallo de cinco millones de dólares y hay un montón de empresas que donan que yo no sé. Hasta hay gente de Yabrán y creo que uno de sus hijos viene cada tanto a ver a Grassi. Yo no me hago responsable de los manejos que haga con el dinero.

Laguna levantó temperatura y confesó sin querer sus reparos y su desconfianza a un Grassi que se manejaba con total autonomía, marginando a su superior inmediato y reportando —probablemente — solo a Bergoglio. Lo que empecé a percibir fue un cierto regodeo,

casi un deseo de que revelemos que Grassi manejaba una trama de corrupción. Pero tenía que seguir y volver al motivo de mi visita.

—Mire, no es un tema económico, aunque rumores sobre eso hay muchos. Hace dos años hubo una denuncia en un juzgado de menores. La denuncia quedó dormida, nosotros investigamos y ahora hay un chico que denuncia a Grassi por abuso de menores.

—¡Pero qué bárbaro! ¿Quién lo denuncia? ¿El rubiecito ese con el que anda últimamente? ¿Te acordás, Santiago? No me extraña, qué quiere que le diga, no me extraña. Qué barbaridad.

—No… bueno. No sé a cuál rubiecito se refiere. Este es un chico que se fue de la fundación hace dos años.

—Entonces no. No sé, no estoy seguro, pero era uno que andaba para todos lados con él. ¡Yo tampoco lo observaba tanto!

—Salimos el miércoles de la semana que viene con esta investigación y como le dije queríamos que usted conociera por nosotros de qué se trata. Así que si tiene dudas o preguntas aquí estamos.

—Les agradezco tanto que hayan venido. Creo que Grassi es especialista en meterse en problemas. ¿Los acompañás, Santiago, por favor?

Lo primero que pensé fue que monseñor Laguna nunca se había referido a Grassi como «padre Grassi». Santiago Olivera nos quería acompañar hasta el remise, pero nosotros queríamos aunque sea hablar unas palabras antes de tener al chofer como testigo.





«No lo puedo creer», dijo Miriam, y puso en palabras lo que sentíamos los tres. «¿A Laguna le preocupan más los manejos del

dinero que el abuso de los chicos? Estoy anonadada».

«Yo estaba preocupado por si me pedía detalles, pero parece que no los necesita», agregué.

«Hay una cosa que quedó clara de esta extraña charla —dijo Federico Cuervo—: cuando publiquemos, Laguna no va a ser un defensor de Grassi. Está claro que lo detesta. O tal vez le tiene envidia o celos. Y otra cosa: no nos hizo una sola pregunta».

El llamado de Mariano Grondona

El 24 de octubre por la mañana temprano —justo cuando estaba por subir al auto para volver, agotado y casi sin dormir, al canal— sonó mi teléfono. Era Mariano Grondona, con quien había trabajado en el lanzamiento y la primera etapa de *Hora clave* en ATC.

«Carlos», dijo. Ni hola. Lo noté alterado porque lo conocía, no porque tuviera mal tono. Cuando pensaba que me iba a felicitar por la investigación que habíamos emitido la noche anterior, recordé que él y Elenita Lynch, su mujer, eran colaboradores de la Fundación Felices los Niños. Participaban en algunas acciones de beneficencia que organizaba el cura; Grondona en su pose «progre» de la época colaboraba con los que *quedaban afuera del sistema,* tal como solía decir.

—No sé cómo pudo dormir después de lo que hicieron anoche —arrancó, e hizo silencio.

—No hubiera podido dormir si sabiendo esto no lo hubiera denunciado o lo hubiera callado —le dije en un rapto de lucidez que me alegró por unos segundos.

—Lamento lo que le han hecho al padre Grassi, es terrible.

—Yo lamento más lo que le ha hecho él a esos chicos. No sé si usted vio la investigación o habla por lo que le contaron. Me gustaría que la viera… —alcancé a decirle antes de que se despidiera sin perder nunca el estilo, a pesar de la furia interior que se percibía en su voz.

A los pocos días publicó una nota en *La Nación* en la que cuestionaba la investigación por «no pensar en los chicos» y por ser parcial e inmoral. A partir de ese momento se convirtió en una de las

espadas mediáticas del cura, a quien casi elevó a la calidad de mártir o santo. Luis Moreno Ocampo y Miguel Ángel Pierri, defensores de Grassi en distintos momentos, pasaron a ser habitués de *Hora clave*. Cuando sonaba la clásica música del programa —aquella que habíamos elegido de la banda sonora de la película *La misión* cuando empezamos con *Hora clave*—, ya no aparecían políticos, economistas o constitucionalistas: durante los dos o tres primeros años luego de la denuncia a Grassi aparecían todos aquellos que se animaran a defender al cura ante las cámaras; nunca jamás nadie que diera una versión diferente.

Con el tiempo pasó a Canal 26, y en 2010 lo llevó a Grassi. Presionó con su apoyo —y sin éxito— a la Cámara de Casación, que luego confirmó la condena que había dictado el Tribunal de Morón.

Fue recién después del fallo de la Suprema Corte de la provincia de Buenos Aires que lo mandó preso confirmando la culpabilidad, que Grondona empezó a abandonar lentamente a Grassi a su suerte.

Estela de Carlotto

A la explosión mediática que había generado la investigación apenas se emitió, le siguieron días de turbulencias difíciles de describir. Por un lado, éramos blanco de ataque de otros medios que buscaban minar la credibilidad de *Telenoche Investiga* y también la de todo el canal. Por el otro, decenas de programas de todos los horarios tomaban el tema como central. Algunos por la simple lógica de que había hecho casi 38 puntos de rating y otros por convicciones periodísticas. Era una batalla nueva para nosotros, que estábamos acostumbrados únicamente a los ataques que recibíamos de los gobiernos o de quienes creían que defendíamos a algún gobierno.

En el mientras tanto había que seguir investigando y —de alguna manera— protegiendo a las víctimas que la Justicia, en el arranque, tampoco atinó a cuidar. Más aún, nos dimos cuenta de que esos chicos desamparados no tenían abogados que supervisaran los expedientes o se anticiparan a las maniobras del ejército de abogados de Grassi. Claramente no era nuestra obligación y tampoco estábamos preparados para asumir todas esas tareas.

Fue Milena Zapata, la histórica productora de *Telenoche* en sus épocas más gloriosas, la que terminó sumando otro nombre inesperado. Si bien ella había estado lejos de la investigación, conocía la historia a la perfección y además era la que debía darle cobertura periodística diariamente. Me pidió que bajáramos al estacionamiento del canal para hablar tranquilos. Era un espacio al aire libre muy amplio y el ruido de la autopista 25 de mayo que pasa por arriba nos daba la tranquilidad de que nadie nos escuchaba. En la locura y el frenesí de esas jornadas terminamos creyendo que todas nuestras conversaciones debían ser secretas y confidenciales.

«Mirá —me dijo Milena—, la Carlotto preside el Comité Argentino de Seguimiento de la Convención por los Derechos del Niño, y me parece que esa puede ser la llave para que alguien proteja a las víctimas antes de que las sigan revictimizando. Tienen un abogado, al que no conozco, que se llama Juan Pablo Gallego. El que sé que lo conoce es Luis Otero». Así fue como el que era «la voz de *Telenoche*» y una de las caras del *Investiga* contactó a Nora Schulman, la directora del comité, y apareció en escena Gallego, figura clave en casi todas las instancias del caso Grassi en la Justicia.

Estela de Carlotto tenía reuniones periódicas con Schulman y Gallego y estuvo presente en varias jornadas del juicio oral. Con la sentencia se mostró disconforme porque el testimonio de Oscar fue el único que condenó a Grassi, dejando afuera a las denuncias de los otros dos chicos. También alzó su voz —potentísima por esos días— para exigirle a Bergoglio que separara a Grassi de una buena vez de la Iglesia.

Bergoglio la ignoró rotundamente.

Yabrán

A las pocas horas de publicada la investigación, cuando ya estaba desatada la locura mediática y no se hablaba de otra cosa, empezamos a sentir que algo no andaba bien. *Telenoche Investiga* era fruto de un equipo de pocas personas, hiperprofesionales y muy trabajadoras. No se trataba de un pequeño FBI, como algunos imaginaban, sino de gente con pasión, compromiso y no demasiados

recursos. Aunque sí con el recurso más valioso e infrecuente en la tele: el tiempo. Manejábamos la reserva y la discreción como uno de los capitales más importante de cada trabajo. Tanto que muchas veces el grado de reserva generaba comentarios y malos humores en los otros equipos de los noticieros y de TN.

«Está pasando algo raro. Por llamarlo de alguna manera», me dijo alarmado Federico Cuervo, que se caracterizaba por su semblante de tranquilidad permanente. «Estoy muy preocupado y no sé por dónde viene todo esto», cerró.

Al día siguiente de la publicación empezaron a aparecer síntomas muy claros de que estábamos siendo vigilados, escuchados y hasta seguidos. Llegamos a pensar que teníamos algún infiel en el equipo.

Solo tres personas sabíamos dónde se había alojado Oscar horas antes de la publicación y, sin embargo, había gente rondando el hotel y sacando fotos. La madrugada siguiente vimos una Trafic permanecer estacionada durante varias horas sobre la avenida Corrientes sin que ni un policía los molestara. Le sacamos fotos y grabamos a modo de acumulación de pruebas. El tercer día un móvil de Canal 9 estaba en el lugar de la Trafic. Repetimos la operación: lo grabamos. Al ver la cámara, se fueron.

Atrapados en la locura de esos días, en los que cada repercusión era noticia y donde quedaba todavía más por publicar sobre Grassi en los siguientes *Telenoche Investiga*, supusimos que habían sido falsas alarmas o infaustas casualidades.

Después vendrían los ataques personales y violentos a Oscar y más tarde a su terapeuta, Enrique Stola. La sensación de estar cubiertos por una nube mafiosa se había instalado en todo el equipo y era coherente con los ataques mediáticos que recibían las víctimas y nosotros mismos.

La sombra ominosa del empresario Alfredo Yabrán apareció pronto y se haría más fuerte con el correr del tiempo.

Yabrán se había suicidado cuatro años antes —en mayo de 1998 — de un disparo en el pecho en una de sus estancias en Corrientes, cuando era inminente su detención por el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas en enero del 97. El jefe de su custodia, Gregorio Ríos, fue condenado por el asesinato.

El abogado Jorge Sandro fue el defensor de Ríos. Julio Virgolini, de Alfredo Yabrán, al igual que Adrián Maloneay. Casualidades o no, los tres resultaron defensores de Grassi a lo largo del proceso.

Durante el juicio uno de los menores denunciantes —Luis, causa en la que no fue condenado Grassi— dijo que era frecuente ver en la fundación a Mariano Yabrán, uno de los hijos del empresario, que solía tomar contacto con un contador en la sede de Hurlingham.

Años después Grassi admitió en una entrevista que Héctor Colella —el heredero/sucesor de Yabrán— pagaba los sueldos de los empleados cuando se empezaron a cortar las donaciones luego de la denuncia.

En otra entrevista, Adrián Maloneay confirmó que Colella le pagaba los honorarios por defender al cura.

En 1999, el jurista Marcelo Sancinetti fue contratado por María Cristina Pérez, viuda de Yabrán, para dictaminar —a manera de juez privado por encargo— sobre la participación de Alfredo Yabrán y Gregorio Ríos en el asesinato de Cabezas. El primero de los dos tomos de más de mil páginas se llama *Análisis crítico de la muerte de José Luis Cabezas*. Se editaron y encuadernaron a mano unos veinte ejemplares. El destino fue el despacho de los jueces que tenían que juzgar a Ríos —Yabrán ya se había suicidado— y que estaban en pleno proceso de juicio. El libro de Sancinetti dictaminó que Yabrán y Ríos eran inocentes. Para esa época, se dijo que Sancinetti le había cobrado un millón de dólares a la viuda. El primer tomo lo terminó en el año 2000 y el segundo en 2002.

A principio de 2010, el mismo Sancinetti recibió un nuevo encargo. Se lo hizo el presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, el entonces monseñor Jorge Bergoglio. Esta vez fueron cuatro tomos y la encuadernación de las más de mil páginas de cada uno fue de altísima calidad. En cada tomo, Sancinetti se dedicaba a una denuncia y a un denunciante en particular. Y cada tomo llevaba el nombre de la víctima a la cual se dedicaba. Se llamaban *Estudios sobre el Caso Grassi.* La conclusión fue, una vez más, terminante: para Sancinetti, Grassi había sido tan inocente como Yabrán y Ríos. La cifra que trascendió que habría cobrado fue de 300 000 dólares.

Sancinetti no dudó en decir que fue Bergoglio quien le encargó el dictamen, pero jamás contó quién y cómo le habían pagado.

Como un calco de lo que hicieron con Yabrán, los libros terminaron en todos los juzgados y despachos —Corte Suprema incluida— a los que podía llegar la causa.

En marzo de 2013, cuatro meses antes de que la Suprema Corte confirmara la condena de Grassi y lo mandara a detener, el papa Francisco terminaba una misa en la Piazza San Pedro y se subía al papamóvil para saludar a las multitudes que lo vivaban. El papa distinguió a alguien en la multitud y se generó un hecho inédito que salió en todos los medios: pidió que detuvieran el vehículo y bajó a saludar efusivamente a un único fiel que estaba con parte de su familia: la emoción y la sorpresa de Héctor Colella quedó plasmada en todas las fotos. Se habían conocido en Córdoba y el vínculo seguía firme después de los años.

Bergoglio

El 18 de marzo de 2013, Daniel del Regno recibió el llamado telefónico más inesperado. Tardó en reaccionar, pensó que era una broma. Pero no, del otro lado de la línea estaba el flamante papa Francisco. Apenas habían pasado cinco días del cónclave que lo había elegido. Daniel estaba atendiendo el kiosco de su padre, desde donde le enviaban diariamente *La Nación* a su oficina del arzobispado en Buenos Aires. El papa lo llamó para avisarle que no mande más el diario. El insólito llamado apareció en todos los medios y empezó a construir la imagen de un papa más cercano a la gente y al mundo real. Después vendrían más llamados, cartas, envío de rosarios y audiencias en Roma. Desde una carta a Mirtha Legrand a un rosario con carta para Milagros Sala en su prisión, pasando por políticos, artistas, *socialites* y, por supuesto, los presidentes, de Cristina Fernández a Milei.

En noviembre de 2000 —dos años antes de que publicáramos la investigación—, el juez de garantías Alfredo Meade abrió una causa contra Grassi. La carátula: «Abuso deshonesto agravado y reiterado con corrupción de menores agravada por la condición de guardador

y sacerdote». La causa estaba basada en cartas anónimas enviadas por quienes decían ser exempleados de la fundación.

Meade citó a Grassi a su despacho. Además de proclamar su inocencia y de atribuir las cartas a exempleados enojados y resentidos, Grassi le dijo a Meade: «Mire, si usted desconfía de mí, hable con Bergoglio».

Meade niega haber hablado con Bergoglio, que era obispo de Buenos Aires, y no de Morón, que era territorio de monseñor Justo Laguna. La causa nunca prosperó.

Desde la denuncia de *Telenoche Investiga* en adelante, Bergoglio, luego Francisco, evitó pronunciarse de manera directa sobre Grassi. Sin embargo, en 2006 la desaparecida revista *Veintitrés* lo citó diciendo que las acusaciones contra Grassi eran «una crueldad informativa contra él, una condena mediática».

Pocos meses después, Estela de Carlotto le habló públicamente a Bergoglio a través de una entrevista en el diario *Página/12*: «Hago un llamado a la Iglesia, porque soy católica, a monseñor Bergoglio, que tiene este monstruo dentro de su feligresía, dentro de su lugar de la doctrina de Cristo, para que tome también medidas serias y contundentes. Porque este hombre tiene que recibir no solo la condena social, que ya la tiene, sino también la de la Iglesia argentina a la que pertenece y deshonra».

A principios de 2009, ante una pregunta directa de Mirtha Legrand, Guillermo Marcó, entonces vocero de Bergoglio, dijo que para él era «inocente».

Veinte días antes de ser condenado en el juicio oral en junio de 2009, Grassi le dijo en un reportaje en el diario *Perfil* a Jorge Fontevecchia que Bergoglio nunca le había soltado la mano.

Bergoglio, un jesuita meticuloso y preciso con las palabras, nunca desmintió a Grassi ni aun cuando dijo que fue su confesor.



Después de ser declarado culpable, algunos voceros de la Iglesia empezaron a decir que las acciones contra Grassi las tomarían cuando la condena estuviera firme. Faltaba la Cámara de Casación Penal, la Suprema Corte de la provincia de Buenos Aires y llegaría de manera casi inédita a la Corte Suprema de la Nación en 2017, última instancia posible en la República Argentina.

El juez Carlos Mahiques, miembro de la Cámara de Casación, fue el único que admitió públicamente haber recibido los libros de Sancinetti. Lo hizo en una entrevista en el diario de investigación francés *Mediapart*. El voto de Mahiques fue confirmatorio de la culpabilidad de Grassi.

Pasaron ocho años entre la primera condena del juicio oral y la confirmación de la Corte Suprema en 2017, es decir, a casi quince años de la publicación de la investigación y del comienzo de esta historia.

En ese lapso, Bergoglio jamás atendió ni recibió ni contestó las cartas que le enviaron las víctimas de Grassi. Tampoco se comunicó con nadie del equipo ni envió a nadie a preguntar cómo habíamos hecho la investigación —hasta donde me consta, ni él, ni su vocero

Guillermo Marcó, ni otras personas que lo rodeaban tomaron contacto con nadie del Grupo Clarín con pedido alguno—. Su respuesta siempre fue el silencio.

El 21 de marzo de 2017 —el mismo día que la Corte confirmó la sentencia—, la televisión pública francesa publicó una investigación sobre los abusos sexuales en la Iglesia. La periodista Élise Lucet encaró al papa en plena plaza San Pedro y en obvia referencia a los libros de Sancinetti le alcanzó a preguntar «si había intentado influenciar a la Justicia argentina por el caso Grassi». Con un abrupto cambio de expresión en su cara —que siempre fue su más efectiva forma de comunicación—, el papa dijo «para nada», dio media vuelta muy serio y se fue.

Al día siguiente de la sentencia de la Corte, el Obispado de Morón confirmó que se le prohibía a Grassi «el ejercicio público del ministerio», aunque se le permitía dar misa y los sacramentos a los internos que estaban en la cárcel de Campana.

Desviando la atención a Roma, el comunicado decía: «Oportunamente la Santa Sede dispuso una investigación preliminar sobre las denuncias de la conducta de este sacerdote de la cual surgió un informe enviado a la Congregación para la Doctrina de la Fe. El obispado actuará de acuerdo a los procesos canónicos vigentes que disponga la Santa Sede, los que serán informados debida y oportunamente a la opinión pública».

Hasta la muerte del papa Francisco no hubo más noticias desde la Santa Sede sobre Grassi.

Telleldín

El 18 de julio de 1994 se produjo el atentado más grande, trágico e impune de la historia argentina. Esa mañana un vehículo Renault Trafic cargado de explosivos destruyó la sede de la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) y dejó 85 personas muertas y 300 heridos, algunos muy graves. Poco tiempo después fue detenido Carlos Telleldín —revendedor y reducidor de autos—, acusado de venderle la Trafic a los terroristas que provocaron la voladura. El nombre de Telleldín fue asociado a los terroristas, a los servicios de

inteligencia y a internas en la Justicia Federal. Fue detenido, juzgado primero por partícipe necesario, luego por encubridor y condenado. Después se anuló ese juicio y fue juzgado dos veces más. Estuvo preso entre 1994 y 2004.

En 2006, el nombre de Carlos Telleldín volvió al olimpo mediático de la forma más inesperada. Después de recibirse de abogado en la cárcel, se sumó a la defensa de Grassi. Los medios pusieron el foco sobre él tratando de entender la jugada del cura. Mientras Grassi minimizaba la actuación, Telleldín afirmaba sin temor que se había sumado primero como estratega judicial y luego como abogado, pero sin firma, porque aún no tenía la matrícula para ejercer.



Clarín

UN TOQUE DE ATENCION PARA LA SOLUCION ARGENTINA DE LOS PROBLEMAS ARGENTINOS

Buenos Aires
República Argentina
Año LXIV Nº 22.793

Jueves 11
Junio de 2009

Precio en Capital Federal y GBA: $ 2,50 -Precio en Ptdos. de Vte. López, San Isidro, Morón, Ituzaingó, Hurlingham, Avellaneda, Lanús, L. de Zamora, Esteban Echeverría, Ezeiza, Alte. Brown, S. Martín, T. de Febrero, La Matanza, Tigre, San Fernando, San Miguel, José C. Paz, Malvinas Arg., Quilmes, Berazategui y Florencio Varela (incluye Zonal): $ 2,80 - Recargo envío al interior: $ 0,50 - Recargo impresión digital: $ 1,00 - Uruguay: $ 35 - Brasil: R$ 8,00 - Precios de opcionales, en el índice de la página 2.

El gran diccionario
El primer tomo del habla actual de los argentinos, en oferta de lanzamiento.
HOY CON CLARIN / COMPRA OPCIONAL

Juicio por Cromañón Argumentos de los acusados para declararse inocentes
P.28

SEGUIRA LIBRE MIENTRAS EL FALLO NO QUEDE FIRME

Condenan a 15 años al cura Grassi por abuso

El Tribunal consideró probado que abusó sexualmente y corrompió a un chico de 13 años, en el hogar de su Fundación. Para evitar ir preso, Grassi no podrá acercarse sin compañía a menores, ausentarse de su casa ni abandonar el país. P.38

Análisis
Héctor Gambini
Una sentencia que deja varias puertas abiertas

INSULTOS Y TROMPADAS
Veredicto rodeado de tensión, y un final con incidentes

MARCELO CARROLL

LAMENTO. MESSI, TRAS EL GOL QUE SE PERDIO A LOS 10 MINUTOS.

CAYO 2-0 EN ECUADOR

Una derrota y cada vez más dudas

La Selección mejoró y pudo sacar ventaja, pero desperdició un penal y tres posibilidades claras. Después se quedó, y Ecuador ganó bien. El equipo sigue sin convencer. Y ahora viene Brasil, que anoche dio vuelta el resultado: derrotó a Paraguay 2-1 y quedó como único puntero. P.43

FUERTE GESTO EN CAMPAÑA

Cobos recibió a De Narváez en plena polémica

El candidato de Unión-PRO pidió el encuentro. Se reunieron en el Senado y Cobos le dio su apoyo, ante la ofensiva judicial en su contra. Ayer, De Narváez recusó al juez Faggionato, que lo había citado por el caso de la efedrina. P.3

Además

EL PAIS P.14
Para el INDEC, la inflación fue 0,3%
Según la medición de mayo no subieron los alimentos.

EL MUNDO P.22
Fiat compró el 20% y salvó a Chrysler
Así, la legendaria empresa de EE.UU. evitó la quiebra.

ESPECTACULOS
A solas con Scorsese
El gran director de cine habló de sus maestros y de su discípula argentina.

FRASE DEL DIA: Daniel Scioli, gobernador bonaerense y candidato, sobre los dichos de su hermano, quien criticó la citación judicial a De Narváez: "Nadie habla por mí". P.5

Telleldín se convirtió en el único abogado que se fue de boca y reveló el misterio de cómo pagaba Grassi: le confesó a Eduardo Valdés —luego diputado y abogado por un tiempo de Oscar— que el dinero salía de la fundación, aunque la factura no salía a nombre de Telleldín.

Si algo de oscuridad faltaba al caso, la aparición de Telleldín completó una escena turbia y sórdida. Se tejieron todo tipo de teorías: desde un vínculo de Telleldín con el expolicía que manejaba la fundación —Juan Domingo— hasta una repentina y honesta conversión.

La explicación más certera surge del testimonio de Oscar en este libro. Telleldín es padre de dos hijos, y uno de ellos fue a parar a la Fundación Felices los Niños todo el tiempo que su padre estuvo tras la rejas. Allí compartió días con Oscar, que solo sabía que el padre de su compañero y amigo estaba preso, pero sin tener claro de qué lo acusaban.

Epílogo

Oscar Aguirre tiene 42 años y se dedica a trabajos de pintura, plomería y albañilería. Pudo volver a trabajar recién un año después de que Grassi fuera preso en 2013. Desde entonces logró completar cursos para especializarse en esos oficios y vive al día de las changas que va consiguiendo. Es un pintor tan detallista y puntilloso como lo es a la hora de relatar su vida.

Vive solo en el Gran Buenos Aires y mantiene un estrecho vínculo con la hija de la mujer con la que vivió por unos años.

Sigue diciendo su nombre con miedo, y la sombra ominosa de Grassi lo empuja de manera permanente a tratar de que no se conozca su cara. Logró con esfuerzo y terapia contar su historia únicamente a aquellos en los que confía. Pero guarda un temor que no oculta: que la publicación de este libro despierte a las fuerzas del mal que lo azotaron durante tantos años.

•••

Julio César Grassi está preso en el penal de Campana desde el 23 de septiembre de 2013, cuando la Corte bonaerense confirmó sus quince años de prisión. La Iglesia nunca le quitó su condición de sacerdote aun cuando el Obispado de Morón se comprometió a hacerlo luego de que la Justicia confirmara en todas sus instancias que Grassi era culpable. En 2017 la Corte Suprema de Justicia de la Nación —última instancia en nuestro país— confirmó la sentencia. Pero la Iglesia siguió en silencio.

En 2014 fue condenado en primera instancia por malversación de fondos: la casaquinta que estaba frente a la fundación, a la que solía

ir con varios chicos, estaba alquilada por él, pero la pagaba con fondos de la propia fundación.

En 2014, en el programa *PPT* que conducía Jorge Lanata, se presentó una investigación que complicó la situación de Grassi: se mostró cómo desviaba donaciones que llegaban a la fundación en Hurlingham. Los camiones con mercadería que todavía alguien donaba terminaban en el penal de Campana. Grassi usaba la mercadería para congraciarse con agentes del servicio penitenciario. Probablemente los mismos que le permitieron tener su propia oficina en la cárcel.

Durante los últimos años estudió y se recibió de abogado.

En agosto de 2024, durante una audiencia en la que reclamó su libertad ante el Tribunal Oral Criminal Nº 1 de Morón, Grassi se representó a sí mismo y —vestido con su alzacuello y su saco gris— apeló a una retórica lejana a la de sus tiempos de Menem y Cavallo. «Milité como sacerdote a través de la Fundación —dijo— y en muchas otras acciones en barrios populares contra todo tipo de maltrato contra los niños y los adolescentes».

El tribunal rechazó por unanimidad el pedido de libertad de Grassi.

De no mediar cambios, el todavía sacerdote dejará el penal de Campana en mayo de 2028.

•••

Carlos de Elía estuvo a cargo de los noticieros de Canal 13 desde 1995 hasta 2021 y fue el creador de TN en 1993, señal que dirigió hasta 2021, y de TN.com.ar. Actualmente es asesor ejecutivo del CEO de Artear, Lucio Pagliaro. En 2022 hizo su primer documental para plataformas, y este es su primer libro.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo de *Telenoche Investiga*, a todos los integrantes de los noticieros de eltrece y Todo Noticias por el esfuerzo, la pasión y el rigor que pusieron en cada aventura que emprendimos.

A las autoridades de Artear y del Grupo Clarín por confiar en mí y permitirme trabajar siempre con total libertad.

A los abogados que generosamente defendieron a Oscar: Juan Pablo Gallego, Sergio Piris y Eduardo Valdés.

Al Comité Argentino de Seguimiento de la Convención por los Derechos del Niño (CASACIDN), con Nora Schullman a la cabeza.

A los colegas que desde otros medios actuaron con honestidad y nobleza.

A los que se animaron y confiaron en nosotros.

A Marcelo Panozzo y a Matías Bauso por el aliento y la confianza.

Carlos de Elía

Grupo Planeta

¡Seguinos!

